



LOS DESAFÍOS DEL
CATÓLICO

VITTORIO MESSORI

*Descubrir la huella de Dios en el mundo que nos rodea.
Por el autor de Leyendas negras de la Iglesia.*

(Contraportada)



Vittorio Messori nació en Sassuolo di Modena (Italia) en 1941. Se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de Turín. Periodista de profesión, ha trabajado dentro del grupo del periódico italiano *La Stampa*. En el diario *Avvenire* ha publicado durante los últimos años, dos veces por semana, la columna «Vivaio» (Vivero) y cada mes, en la revista *Jesús*, «El caso Cristo», un estudio sobre la historicidad de los Evangelios. Después de *Hipótesis sobre Jesús* (más de un millón de ejemplares vendidos en Italia y superadas las veinte ediciones en todo el mundo) ha publicado varios libros, también de amplia difusión internacional: *Apuesta sobre la Muerte*, *Informe sobre la fe: entrevista al cardenal Ratzinger*, *¿Padeció bajo Pondo Pilato?*, y fue el periodista que entrevistó y colaboró con Juan Pablo II en el libro del Pontífice: *Cruzando el umbral de la Esperanza*. *Leyendas negras de la Iglesia*, se ha convertido en un gran éxito editorial.

LOS DESAFÍOS DEL CATÓLICO

VITTORIO MESSORI

Traducción de
JUANA MARÍA FURIÓ

1997

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
I. EL DESAFÍO DE LOS HERMANOS SEPARADOS: CRISTIANOS SIN PAPA	8
1. Germanos	8
2. Anglicanos	11
3. La religión en la cocina	11
4. Santa Rusia	13
II. EL DESAFÍO DE LOS ANTEPASADOS: HEBREOS.....	15
1. Un reino judío	15
2. Primo Levi	18
3. El «escándalo» de Yahvé.....	21
4. Judío errante.....	24
5. Esperanto	28
III. EL DESAFÍO DE LOS PARIENTES CERCANOS: EL ISLAM DE LA MEDIA LUNA	32
1. Islam/1	32
2. Islam/2	35
3. Islam/3	39
4. Islam/4	42
5. Islam/5	45
6. Islam/6	49
7. Islam/7	52
8. Mezquita en Milán.....	56
9. Musulmanes.....	59
10. Infieles	63
I. EL DESAFÍO DE LOS NUEVOS PAGANOS: EL ECOLOGISMO	65
1. Medio ambiente/1	65
2. Medio ambiente/2	68
3. Ecologismos.....	71
4. Otra vez los verdes	75
5. De nuevo los verdes.....	78
6. Naturaleza.....	82

7. Verdes y negros	84
8. Animalistas	87
9. Papel reciclado/1	90
10. Papel reciclado/2.....	93
V. EL DESAFÍO DE LOS PROBLEMAS DE CASA	97
1. En misa	97
2. Eufemismos	98
3. Teología	99
4. Burocracia clerical	101
5. Creyentes creíbles	104
6. Novísimos	105
7. El grano y la cizaña	108
6. Carta abierta a Hans Küng	111
VI. EL DESAFÍO DE LO SOBRENATURAL.....	118
1. Lourdes/1	118
2. Lourdes/2	121
3. La uva de La Salette	125
4. Las hostias de Siena.....	126
5. Teresa Neumann	130
6. Nostradamus	133
CARTA ABIERTA A JUAN PABLO II CON MOTIVO DEL CINCUENTENARIO DE SU ORDENACIÓN SACERDOTAL.....	136

INTRODUCCIÓN

La buena acogida que los lectores españoles han dispensado a las *Leyendas negras de la Iglesia* ha incitado al editor a publicar ahora esta otra «antología». En efecto, se trata de una selección posterior de los tres volúmenes italianos —que forman un total de casi dos mil páginas— en los que he recogido el contenido de la columna que desde hace años publico en *Avvenire*, el diario católico nacional.

Como ya ocurriera en Italia, también en España estos escritos míos han suscitado un interés y una difusión que algunas personas han juzgado de «sorprendentes». En lo que a mí respecta soy, obviamente, totalmente consciente de los límites de mi trabajo, pero no me ha sorprendido demasiado la positiva respuesta de tantos lectores. Los numerosos años de trabajo —y, por tanto, los muchos libros publicados— me confirman que existe en la actualidad una fuerte demanda de información objetiva y «no acomplejada», expresada desde una perspectiva cristiana en general y católica en particular. Esta «demanda» no se ve correspondida por una oferta adecuada. Demasiado a menudo, lo que queda de la *intelligentsia* creyente se muestra timorata a la hora de expresar su opinión. Muchos parecen olvidar que «diálogo», el auténtico, no significa «renuncia», y que es un deber para el católico —y también una muestra de caridad hacia quien no comparte su fe— hablar de lo que cree con tanta humildad como claridad. Así, tengo la impresión de que muchos lectores se acercan —y, generosamente, aprecian— a mis escritos «a falta de algo mejor». Y es que aquellos que deberían dedicarse a esto, a menudo se limitan a realizar discursos «humanistas» y «culturales». Estos temas son también importantes, pero no resultan suficientes para los cristianos, a quienes Jesús encomendó explícitamente anunciar el Evangelio.

En otros libros (*Hipótesis sobre Jesucristo, ¿Sufrió bajo Poncio Pilatos?, Apuesta sobre la muerte*, todos ellos traducidos al español) he intentado indagar en las razones de la fe, en la posibilidad misma de seguir creyendo. Con este libro, y con las *Leyendas negras* que le ha precedido, intento volver a presentar a los católicos que lo hubieran olvidado —y a

los no católicos que pudiesen estar interesados— una perspectiva de fe con la que contemplar la historia y el presente. En efecto, creer en el Evangelio significa dirigir a uno mismo, a los hermanos en humanidad, al mundo entero, una mirada nueva, original en cualquier caso, diferente a la del «mundo». Así, en los capítulos aquí seleccionados parto, como periodista que soy, de un apunte extraído de la realidad. Pero luego —como cristiano y como católico— intento profundizar y mostrar una posible lectura de creyente.

El Dios al que volvemos a ofrecer nuestra confianza se ha manifestado en la historia y es en ella donde sigue manifestándose, utilizando nuestras manos y bocas humanas. Por lo tanto, intentar descifrar los signos, las huellas, los indicios de la Divinidad en la aventura humana es uno de los primeros deberes del creyente.

Es un deber que se basa en una realidad frecuentemente olvidada: la caridad de la que derivan todas las demás es servidora de la verdad. El pan material para los necesitados parece ser la única obsesión de muchos cristianos de buena voluntad. Y así se olvida que «no sólo de pan vive el hombre», sino de conocimiento del Evangelio de Aquel que dijo «*Ego sum veritas*». Muchos, tal vez demasiados, de los discursos actuales sobre moral no van precedidos de una llamada de retorno a la fe, a esa «nueva evangelización» a la que nos exhorta el papa. También por esta razón he intentado con esta pequeña obra ofrecer mi contribución, cuyo resultado se materializa en libros como el que el lector tiene ahora entre sus manos. Un lector que (si ha leído la antología anterior) sabrá cuánto amo y aprecio la maravillosa epopeya católica de su país. Nosotros, los creyentes en Cristo, le debemos mucho a España, y yo me siento especialmente feliz al rebajar un poco mi deuda, también con estas páginas, hacia una tierra y un pueblo de los que todos hemos recibido tanto en lo referente a pasión y compromiso en la defensa y la difusión de la Verdad evangélica.

I. EL DESAFÍO DE LOS HERMANOS SEPARADOS: CRISTIANOS SIN PAPA

1. Germanos

Retomamos un tema ya iniciado cuando nos preguntábamos si, al margen de la misteriosa dirección general a la que tiende la historia, existen tendencias concretas, una serie de constantes históricas consolidadas a lo largo de los siglos cuyo conocimiento podría evitar engaños y el consiguiente derroche de energías, cuando no la aparición de peligros y desastres.

Sí: sobre la base de esa ciencia empírica que es el estudio de la historia es posible reconocer la existencia de dichas constantes. Poníamos como ejemplo a Gran Bretaña, enemiga secular de cualquier modelo de unificación europea, así como de una integración con el continente demasiado estrecha, que incluye el ámbito religioso. De este modo, bajo la óptica de esta constante, tal vez resultan injustificados los «si» del tipo: «¿Seguiría siendo católica Inglaterra si Enrique VIII no se hubiese prendado de Ana Bolena?» Los historiadores opinan que de no haber sido en 1534, y por obra de aquel rey tan poco modélico, más pronto o más tarde se habría producido el distanciamiento entre Londres y Roma.

En efecto, también el alemán Martín Lutero fue con toda seguridad instrumento, en parte consciente pero en mayor medida inconsciente, de una «constante» milenaria que lo trascendió: la incompatibilidad entre germanos y latinos. El clamoroso éxito de la avalancha activada por el oscuro monje (y que se extendió mucho más allá de sus propias intenciones), resulta inexplicable únicamente para quien carezca del suficiente sentido histórico, pues sólo se trataba de un episodio más de la eterna rebelión alemana contra Roma.

No hay que olvidar que sólo en una ocasión en toda la historia el Imperio romano aceptó no invadir y latinizar una región ante la perspectiva de una derrota, que en ese caso era más que remediable.

En el año 9 d. J.C., durante la emboscada en la selva de Teutoburgo, las tres legiones de Varo fueron aniquiladas por el jefe germánico Arminio (quien, significativamente, había sido oficial del ejército romano antes de rebelarse y convertirse en el enemigo más implacable de la Urbe). Arminio no era invencible, de modo que el sucesor de Augusto, Tiberio, decidió permitir la expedición de castigo capitaneada por su sobrino (denominado «Germánico» en honor a la victoria posterior), que concluyó con la muerte del jefe bárbaro a manos de sus propios leales, enfurecidos por la derrota ante las águilas romanas.

No sólo eso: en los años de la derrota de Teutoburgo, el imperio estaba en el apogeo de su poder, y aunque se habían aniquilado tres legiones, Augusto habría podido movilizar treinta más y llevar el *limes* del Rin al Elba o acaso al Oder e incluso hasta el Vístula. Así lo demandaban los estrategas y así lo reivindicaba el mismo pueblo romano, ávido de venganza. Pero Augusto se opuso y las legiones cerraron filas en el Rin y no se movieron mucho más bajo Tiberio, a pesar de las decisivas victorias de este último. Es más, una vez consumada la más bien tardía venganza, los romanos se retiraron espontáneamente para regresar a sus bases: un hecho singular en su historia de conquistadores insaciables.

Hay un párrafo en el que Giovanni Papini lanza una invectiva contra Octaviano y propone retirarle (debido a la incomprensible sumisión mostrada tras el descalabro, en el fondo menor, de Varo) el calificativo de «Augusto». La aceptación de tal humillación y la renuncia a desplazar hacia el este la latinidad le parecía intolerable al escritor toscano (y a muchos como él). Sin embargo, parece ser que el emperador, con su instinto de estadista y su olfato de político, intuyó que querer amalgamar a los germanos dentro de la esfera latina era una empresa al límite de lo imposible, tal y como se encargaría de confirmar toda la historia posterior.

La primera población germánica que llegó a Italia para instalarse en ella y no para acumular botines en sus incursiones fue la de los longobardos. Éstos fundaron entre nosotros un reino que duró más de dos siglos (568-774) en el que se mantuvo siempre en vigor el más estricto *apartheid*. Por una parte estaban los nórdicos, con categoría de señores, por otra los latinos, en condición de siervos. Entre los dos grupos étnicos y

culturales casi no se produjo asimilación, como había ocurrido en cambio en tantas otras ocasiones.

Muchos siglos después ¿acaso no constatamos la imposibilidad de un *modus vivendi* civilizado entre ambas culturas en el estrecho de Salomo, en el valle del Ádige, donde termina el Trentino y empieza el Tirol? La Triple Alianza, establecida por el joven reino de Italia en 1882 con los imperios germánicos —el *Reich* de Otto von Bismarck y el Austria de Francisco José— siempre fue considerada como «antinatural» por ambas partes. Y, de hecho, no superó la prueba: en 1915 Italia entró en guerra precisamente contra los presuntos «aliados». Tampoco la superó el denominado, tal vez para tratar de exorcizar las leyes de la historia, «pacto de acero». El llamado Eje Roma-Berlín se hizo añicos nada más aparecer las primeras dificultades y el «amigo» se convirtió en el despiadado invasor odiado por los ocupantes. «Italia siempre nos traicionará», advertía a los alemanes ese gran realista que fue Bismarck en su testamento político.

¿Por qué evocamos estas cosas? Para recordar a los entusiastas y a los soñadores (seguimos en el ámbito religioso) que un ecumenismo realista siempre ha de ser consciente de que detrás de lo que parecen ser problemas teológicos también existen (y quizá en primer término) «constantes» de la historia, diferencias de culturas y etnias, incompatibilidades creadas y consolidadas en el curso de milenios.

Antes que religiosa, la rebelión de Lutero fue geopolítica, étnica y cultural. Al este del Rin y al norte de los Alpes, el vínculo con la Roma de los papas se ha mantenido sólo allí donde había llegado la Roma de los Césares con su latinización: Renania-Palatinado, Baviera, algunos cantones suizos, parte de Austria, áreas que formaban parte de la Rezia y el Norico sometidos al imperio. En el fondo eran zonas marginales, periféricas respecto a la inasimilable «Alemania profunda».

Esta incompatibilidad parece actuar con idéntica fuerza únicamente en las relaciones latino-germánicas, pues castas intocadas por Roma, y aparentemente mucho más lejanas, se convirtieron en los más fieles baluartes del catolicismo. Naturalmente, nos referimos a los celtas de Irlanda y a los eslavos de Polonia. Pero también se da el mismo fenómeno fuera de Europa, como es el caso de los pobladores autóctonos de la

América latina, quienes a pesar de los brutales métodos iniciales, han hecho del catolicismo sangre de su sangre. Por el contrario, tratar de conducir a un prusiano, a un hamburgués o a un habitante de Schleswig-Holstein a converger con los fieles de Roma tomando como única base el «diálogo» a nivel teológico corre el riesgo de ser una ilusión. Parafraseando a Pascal diremos que «la historia tiene unas razones que la teología, por sí sola, ignora», y que hemos de ser conscientes de ello si realmente vamos a la búsqueda de un acercamiento entre quienes creen en Aquél que, a menudo, sólo aparentemente es el mismo Cristo, visto bajo ópticas diferentes, cuando no antitéticas.

2. Anglicanos

A pesar de las invocaciones, hechas incluso por el papa, a evitar poner nuevos obstáculos al ecumenismo, ya entrado en crisis pese al entusiasmo inicial, el Sínodo general de la Iglesia anglicana ha decidido proceder, con 31 obispos a favor y 14 en contra, a la ordenación sacerdotal de las mujeres.

Es digno de mención: cuando los católicos dicen, por ejemplo, no querer —ni poder— renunciar al papel de María en su sistema de creencias, los protestantes (al igual que muchos católicos que se consideran a sí mismos «abiertos») les acusan de «escasa sensibilidad ecuménica». Ahora, en cambio, esos ambientes presuntamente «dialogantes» (a menudo en sentido único) guardan silencio. Sin embargo, con su decisión la Iglesia anglicana pone un obstáculo que no sólo la enfrenta a los católicos sino también a las Iglesias orientales.

Como amargamente ha comentado el primado católico de Inglaterra y Gales, el cardenal Basil Hume: «En el Evangelio no hay nada explícito acerca de la ordenación de las mujeres. En cambio sí que se dice muy claro que no hemos de trabajar por la desunión sino por la unión entre los discípulos de Cristo.»

3. La religión en la cocina

Hablo con un anglicano y la conversación recae en la proverbial «hipocresía» británica y, en general, de los países protestantes. «Sí —

admite—, algo hay de cierto en ello. Y la causa ya la advirtió nuestro Oscar Wilde: la conciencia protestante no nos impide pecar. Sólo nos impide disfrutar con el pecado.»

Me viene a la mente la figura de Léo Moulin, el estudioso belga autor, entre otras obras, de una historia cultural-religiosa de la gastronomía, quien estaba convencido de que el arte de la cocina, como cualquier otro tipo de arte, era una revelación del inconsciente de los pueblos. Me decía: «La gastronomía de la Polonia católica es de primera calidad. La de la colindante Alemania Oriental, luterana, es pésima. ¿Cómo es posible si el clima y las materias primas son iguales para polacos y alemanes? Pero, en cualquier lugar del mundo, la cocina de los católicos es superior a la de los protestantes y ocupa un lugar mucho más importante en la vida de éstos. ¿Cuándo se ha visto gente sentada a la mesa en las películas del Oeste? En cambio, no existe película italiana, francesa, española o incluso sudamericana en la que antes o después no acabe apareciendo un restaurante. En las películas anglosajonas sólo existe el *pub* o el *saloon*; la gente bebe pero no come, si no es de vez en cuando carne con judías y barbaridades de ese tipo, engullidas a toda prisa. La Inglaterra y la América protestantes nos han aportado muchas cosas, pero no una gastronomía.» ¿No fue Oscar Wilde quien dijo que el infierno «es un lugar donde el cocinero es inglés»?

Para Moulin, la explicación del enigma es de cariz «religioso»: «El hecho es que el protestantismo ha oprimido en el hombre la *joie de vivre*: el creyente se encuentra solo ante Dios, debe asumir por completo toda la responsabilidad de sus actos, incluida la del abandono a la pecaminosa “concupiscencia” de la comida. El católico es más libre, está menos acomplexado, porque sabe que cuenta con toda una red de mediaciones culturales y eclesiásticas para ayudarlo. En primer lugar está la confesión, con su perdón liberador. La tragedia del protestantismo es que deja caer sobre el hombre un fardo insoportable. Al decirle: “La salvación es asunto tuyo solamente, apáñatelas tú solo con Dios”, el hombre se desmorona bajo ese terrible peso, o bien se ve obligado a fingir, incluso ante sí mismo, una virtud que es incapaz de practicar. De ahí la famosa hipocresía.»

Entre los lugares comunes de la cultura *liberal* que hoy día parece tener la hegemonía incluso entre nosotros, se encuentra el lamento por el

hecho de que Italia no haya conocido la Reforma. Según el parecer de estos «iluminados», el origen de todos nuestros males reside en el hecho de que la apatía popular y la aguda vigilancia de la Iglesia impidieron a los Luteros y Calvinos de turno dejarse caer al sur de los Alpes. Que sigan lamentándose, pero que sepan que cada vez que se sientan a la mesa para disfrutar de una cena a la italiana están en deuda con el catolicismo. De lo contrario, estarían comiendo *pudding* o *hamburger* o, como gran golosina —para los días de fiesta—, pollo con patatas fritas: lo dice un historiador (agnóstico) de la gastronomía...

4. Santa Rusia

Hablo con Beppe Del Colle (el colega subdirector de *Familia Cristiana*) de lo que denomina «un gran afán» (ha habido por medio dos viajes a la antigua URSS en un año) y que le ha inducido a escribir *Olga e Gorbaciov*, el libro para Edizioni Paoline. Aunque Del Colle partió con un proyecto concreto (una rápida biografía de la princesa Olga, santa de la Iglesia ortodoxa y abuela del gran príncipe Vladimiro que en el 988 realizó el bautismo de Rusia), al final quedó hechizado por una historia fascinante que le llevó a seguir el hilo de Ariadna que recorre las vicisitudes religiosas de Rusia desde sus oscuros inicios hasta la actualidad. De ahí el subtítulo del libro: *1000 anni di cristianesimo in Russia (Mil años de cristianismo en Rusia)*.

Me cuenta Del Colle que durante su inmersión en una dimensión religiosa que hasta el presente le era desconocida, ha sentido intensamente la fascinación de un cristianismo admirable, tanto por la riqueza de su liturgia y la belleza inmóvil que sonrío desde sus santos iconos como por la fidelidad, la devoción, y a menudo la santidad de muchos de sus fieles, hombres y mujeres.

«Sin embargo —se confía— el respeto, e incluso la admiración, no me impiden ahora comprender mejor por qué en la oración matinal que nos enseñaban de niños se agradecía a Dios el habernos hecho nacer católicos.» En efecto, una vez truncado el vínculo con Pedro y con Roma, es decir con un centro y un mando universales, las Iglesias de Oriente han recorrido la misma y dramática parábola de las Iglesias nacidas de la Reforma en Occidente. Al igual que estas últimas, después de negar a Pedro

han acabado bajo los Césares, transformándose en unas burocráticas y pasivas «Iglesias de Estado», de modo que también las de Oriente se han convertido en «Iglesias nacionales» bajo la absoluta tutela del poder de turno. Y luego, siguiendo con el ejemplo de Rusia, mientras durante largos siglos la jerarquía ortodoxa permaneció atada con doble cuerda a los zares, la que siguió a la revolución, después de pagar con sangre la sumisión al antiguo poder, tuvo que someterse totalmente al nuevo régimen, hasta el punto de inducir a la reacción (o el cambio a formas de cristianismo menos conformistas, como la de los baptistas) a la base de creyentes que, con no poca frecuencia, se sintió traicionada por los dóciles obispos nombrados y controlados por los ministerios estatales para los asuntos religiosos.

Además —observa Del Colle, mientras continúa haciendo balance de su aventura—, el hecho innegable de que Rusia sea tal y como su Iglesia la ha hecho a lo largo de un prodigioso y milenario trabajo, que es también cultural, social y artístico, tiene como contrapartida una peculiaridad inconfundible: «Es una Iglesia venerable, no hay duda, pero profundamente rusa, sin esa dimensión universal que hace que un católico como yo se sienta como en casa entre los hermanos de fe de cualquier parte del mundo.» También en este tema la separación de un centro supranacional como Roma, con un garante único de la fe encarnado en el papa, en cierta manera ha dejado al Evangelio preso de una gente y una tierra concretas. En efecto, incluso cuando hubieran podido serlo, las Iglesias de Oriente sólo fueron misioneras esporádicamente. En ellas no actuó la conciencia de la universalidad, eso que en griego se llama «catolicismo».

II. EL DESAFÍO DE LOS ANTEPASADOS: HEBREOS

1. Un reino judío

Se dice que ante la historia nunca hay que hacer preguntas del tipo «¿Qué habría sucedido *si...*?» Pero es una prohibición inaceptable que surgió a principios del siglo xix con Hegel, para quien las vicisitudes humanas están guiadas por un «Espíritu del Mundo», por una necesidad infalible que hace que lo que ha sido no pudiera dejar de ser, ya que produciría —siempre y en cualquier caso— lo mejor. Sólo lo que es «racional» se convertiría también en «real»; y viceversa.

Como es sabido, de Hegel derivan, entre otros, un Marx a la izquierda y un Mussolini y un Hitler a la derecha. Un motivo más para que los cristianos se rebelen ante dicha imposición y se planteen de vez en cuando esos «*si*» que nos recuerdan que la historia no está guiada por un hado implacable (como quisieran los paganos antiguos y los modernos poscristianos), sino por el Dios de la Biblia que dota a sus criaturas de libertad y responsabilidad.

Siguiendo con la actualidad recordaremos que se ha intensificado la campaña —que desde hace años dirigen todos los medios de comunicación internacionales— para alimentar en los cristianos el sentimiento de culpa y los remordimientos por antiguas actuaciones contra los judíos. A menudo, más allá de los cristianos, se ataca al mismo Jesucristo.

Pero sucede que uno de los muchos lectores que tienen la amabilidad de escribirme me plantea precisamente un «*si*»: «Por supuesto, los cristianos tienen sus culpas, a menudo graves, cosa a la que el mismo papa ha hecho alusión en la sinagoga de Roma. Pero ¿qué habría ocurrido “*si*” todo hubiera sucedido al revés? ¿”*Si*” los cristianos hubieran estado en minoría en el seno de países con mayoría judía?»

Le respondí que en este caso no es cuestión de «*si*», dado que al menos una vez —desde los tiempos de los apóstoles— tuvo lugar esa situación. Curiosamente, la mayoría de los textos de historia ignora el caso

de los jázaros (o kházaros), unos bárbaros que en el siglo vil irrumpieron desde Asia entre el mar Negro, el Caspio y el Cáucaso para fundar un poderoso imperio. Hacia el año 700, uno de sus reyes se convirtió al judaísmo y se impuso dicha religión a la población, creando de este modo, tras el antiguo Israel y antes del actual, el único Estado «judío» de la historia. En la corte se instaló un consejo de rabinos, que no eran judíos por conversión reciente sino de nacimiento. Entre las primeras medidas, los rabinos solicitaron y obtuvieron la expulsión de muchos cristianos presentes en el reino, y luego, la creación de algo que siniestramente se asemejaba a los futuros «guetos». Pero esta vez para los bautizados, no para los circuncisos. Sucedió que, debido a la presión de Bizancio, los jázaros tuvieron que resignarse a emplear una mayor tolerancia y, al ser invadidos, la mayoría acabó islamizada o cristianizada. No obstante, muchos de los judíos orientales que en el siglo xx acabaron en poder de los nazis todavía eran descendientes de los súbditos de aquel reino de conversos a la Torá.

Más allá de invectivas, de acusaciones unilaterales e injurias que ignoran la historia, la verdad es ésta: el hombre es siempre igual, y nadie —pero nadie, ni siquiera los judíos— está libre de aquel pecado original que nos expone a todos a la intolerancia, incluso de forma sangrienta. Todo lo que se conoce de la experiencia de los jázaros es que cuando se encontraron en una posición de poder, los judíos no se comportaron de un modo diferente al modo en que los cristianos se comportaron con ellos.

Arrepentirse y perdonar son dos verbos que ningún hombre —y menos si es religioso— debería olvidar jamás.

Pero, vayamos aún más al fondo de la cuestión. Quien conoce la historia de la Iglesia primitiva sabe que ésta se salvó de la destrucción auspiciada por los judíos sólo gracias al poder romano que imponía su ley. Los *Actos de los Apóstoles* muestran a Pablo y a los otros apóstoles y discípulos salvados en varias ocasiones de las manos de la Sinagoga gracias a la ruda intervención de la autoridad imperial. No se salvó Esteban, que fue lapidado por los hebreos con un golpe de mano, ni Santiago Zebedeo, el hermano de Juan, decapitado el año 44 por Herodes Agripa con la intención explícita de congraciarse con las autoridades judías. En el año 61 bastó (lo cuenta un judío como Flavio Josefo) que el

procurador romano Festo muriese y que su sucesor, Albino, tardase en llegar para que el Sanedrín condenase a muerte al otro Santiago, el «hermano» de Jesús, el primer obispo de Jerusalén, «y a otros (cristianos) culpables de haber violado la Torá», dice Josefo. Cuando cinco años después, en el año 66, explotó la primera y terrible revuelta, la comunidad cristiana, privada de la protección de la ley y las armas de Roma, sólo pudo escapar de la ira judía huyendo en masa a Perea, territorio de mayoría pagana.

Pero en el año 132 tuvo lugar la segunda revuelta, capitaneada por Simón Bar Kokheba, aclamado como Mesías hasta por el gran rabino Akiba. Esta vez no hubo tiempo para huir y refugiarse bajo la autoridad de esa Roma que en el cristianismo primitivo asumió simultáneamente un papel de protección y persecución. (En esta ocasión, la verdad impone no olvidar que al menos algunas de las persecuciones paganas se debían a las denuncias presentadas a la autoridad romana por parte de las autoridades del judaísmo, entonces *religio licita*, reconocida por las leyes del imperio, a diferencia de la «herejía de los Galileos». Para muchos historiadores, es cierto que en el año 64 Nerón lanzó sobre la comunidad cristiana la acusación de haber incendiado Roma —desencadenando una cruel masacre— atendiendo el consejo de Popea, quien, como muchas matronas, se rodeaba de rabinos, haciéndose con toda probabilidad «prosélita», es decir, conversa al judaísmo. Por otra parte, Suetonio nos informa que ya hacia el año 50, Claudio había sido obligado a expulsar de Roma a «los judíos que, bajo el empuje de *Cresto*, ocasionaban frecuentes tumultos». Citando a Max Weber, el famoso sociólogo experto en religión, diremos que: «El fuerte empeoramiento de las relaciones entre judaísmo y cristianismo estuvo provocado, en sus primeros siglos, principalmente por la parte judía y no por la cristiana. Los judíos, en una posición de seguridad ante los romanos, explotaron la precaria situación de los cristianos, que no compartían sus mismos privilegios cara al deber de culto al emperador, para poner contra ellos la fuerza del Estado. Éstos, pues, fueron considerados por los cristianos los primeros responsables de la persecución.»)

Volviendo al año 132, cuando los romanos son expulsados y el judaísmo vuelve a ser durante un par de años amo de Israel, acuñándose incluso monedas con la leyenda «Primer año de la era mesiánica», tenemos

a mano el testimonio de Justino, nacido en Palestina, quien escribe pocos años después de los hechos. «Bar Kokheba —atestigua aquel santo— hizo padecer a los cristianos, y solamente a ellos, torturas extremas si no renegaban y blasfemaban contra Jesucristo.»

A partir de esto —y de muchos inquietantes precedentes— parece seguro que, *si* con Constantino y sus sucesores el imperio se hubiese convertido al judaísmo y no al cristianismo, habrían existido pocas posibilidades de sobrevivir para este último, al menos a la luz del día. Lo que no significa, Dios nos libre, para los creyentes en Jesús como Mesías, que haya que negar la necesidad de revisar el propio pasado y hacer buenos propósitos para el futuro. Pero (*repetita juvant*) arrepentirse y perdonar —como muestra la historia— es un deber para todos, no sólo para los cristianos.

2. Primo Levi

Ya que en la actualidad todo culmina en un congreso, aquí tenemos reunidos nombres famosos para debatir sobre la figura de Primo Levi con motivo de su perturbador suicidio. Al igual que muchos de los que trabajan en el «ruedo» de la letra impresa, y sumándose el hecho de haber vivido durante largo tiempo en Turín, también yo lo conocí y aprecié su humanidad y discreción, sus cualidades de escritor rico en *patitos* y al mismo tiempo alérgico a toda retórica. Un caballero en quien la connatural reserva piemontesa no andaba reñida con una cordial apertura a la amistad.

En Primo Levi la condición de judío (que le había llevado a la deportación, a aquel pasado que él hubiera querido que no hubiese existido y que al final tal vez lo aspiró en su remolino) parecía convivir con un áspero agnosticismo de corte racionalista. Creo que en ello también influía su formación como técnico, el ser hombre de ciencia y de laboratorio (a pesar del éxito mundial de sus libros, continuó trabajando hasta su jubilación como químico de una fábrica).

No se negaba a las entrevistas, pero me presentó su rechazo cuando le propuse una cita para aquellos «diálogos» con personas de cualquier fe o sin ella que publicaba en *Jesús*. La rechazó porque el tema de la entrevista habría sido religioso. «Venga cuando lo desee para hacerme preguntas

sobre cualquier otro asunto, pero no sobre Dios», replicó cuando le expliqué el sesgo que habría dado al «diálogo». El hecho es que a la perspectiva racionalista ya citada se añadía la herida vivida en sus carnes, que le llevaba a repetir de viva voz y por escrito: «Auschwitz ocurrió, por tanto Dios no existe.»

Un argumento peculiar que ha sido recordado por algún participante en el encuentro al que aludía antes. Un modo de razonar que ha acabado por implicar a algún que otro cristiano, puede que hasta a teólogos. Más de una vez en estos años nos hemos topado con creyentes, no sólo en la Torá sino también en los Evangelios, que se interrogaban seriamente sobre si «después de Auschwitz todavía fuese posible creer en Dios».

Desde un punto de vista religioso, tanto los judíos como los cristianos coinciden en reconocer la existencia de un «misterio de Israel», un destino único e inexplicable mediante las superficiales categorías interpretativas empleadas para la historia «laica», que, sin embargo, se cree la única capaz de leer la aventura humana. En las experiencias vividas a lo largo de milenios por este «pueblo huésped» (Bergson) existe un enigma ante el cual se rinde hasta el más laico de los pensadores, el maestro del iluminismo Norberto Bobbio, autor de la introducción al encuentro sobre Primo Levi. El filósofo turinés, nombrado senador vitalicio por Pertini como símbolo de una cultura únicamente «racional», ha declarado: «A pesar de todo lo que se ha dicho sobre el tema, Auschwitz continúa siendo un misterio para mí, un acontecimiento incomprensible, porque no consigo incluirlo en ninguna de las casillas mentales que me había fabricado tras años de lectura y estudios.» Bobbio también ha añadido que Primo Levi negaba ese «misterio»: «Me respondía airoosamente que me equivocaba, que también se podía, y se debía, dar una explicación de la torpe atrocidad del campo. Nunca perdió el gusto de pensar, de añadir argumentos. Creía que la salvación llegaba a través de la comprensión de las cosas.»

Pero, entonces, desde esta perspectiva antimisterio que Primo Levi había hecho suya, ¿qué racionalidad puede haber en unir la existencia de Dios a los males que libremente realizan los hombres? Desde una perspectiva «iluminista», todo —por tanto incluso el nacionalsocialismo— halla una explicación en causas culturales, sociales, económicas. Además,

el historiador no carece de argumentos para situar en el trasfondo de la Europa central de los años veinte un antisemitismo que no fue inventado por Hitler, sino que se limitó a llevar al poder (todo hay que admitirlo, en un clima que se mostró muy receptivo, vista la convicción con que lo siguió hasta el último de los habitantes del que había sido uno de los pueblos más cultos y evolucionados del mundo). ¿No hay una concesión a explicaciones «mágicas», más que a una búsqueda de la «salvación a través de la comprensión», en esta demonización (en sentido «real», no metafórico) de Hitler que nos acompaña desde hace cuarenta años? Es como si el jefe austríaco no fuese un hombre surgido de la historia, tan innoble como se quiera pero explicable desde esa misma historia, sino un habitante de los infiernos, que asciende desde las oscuras profundidades casi como para demostrar que el Diablo (o la Nada, el Caos) son los señores del mundo.

Como observó alguno de los participantes en el debate promovido por Renzo De Felice, este tipo de antifascismo (Hitler, incluso Mussolini, como encarnaciones del anticristo, de un Mal radical y único en el devenir humano) pone fin a cualquier debate racional y se transforma en un bumerán porque —al impedir su comprensión— hace posible que se repita la tragedia.

Con todo el respeto —que es grande— hacia un testigo sufriente como Primo Levi, esa ecuación, que también hacen suya muchos otros, cristianos incluidos (Auschwitz prueba o al menos es el indicio de que Dios no existe), es peligrosa porque abre el camino a «razonamientos» similares ante las infinitas manifestaciones del pecado y de la culpa en la historia de los seres humanos. Para seguir dentro del mareo judío, es un dato real que la traumática inserción en el Oriente Medio del estado de Israel, sentida por la población de aquellas tierras como un cuerpo extraño, es causa de grandes sufrimientos. Así, tenemos decenas de miles de muertos en una continua sucesión de guerras y guerrillas; la destrucción apocalíptica de aquella utopía hecha realidad que era el Líbano, en la que musulmanes de diversas obediencias y cristianos de diversas confesiones habían conseguido un próspero equilibrio; crisis petrolíferas que casi han ahogado el mundo; una continua amenaza de catástrofe general (en estos días llega la noticia de que Israel no sólo posee la bomba atómica sino también la de hidrógeno, y que no vacilaría en emplearlas si se viese

forzada de nuevo); las dos mayores potencias obligadas a un continuo y arriesgado cara a cara como mediadores de árabes y judíos.

Así, ¿qué pensaríamos de un prófugo palestino que, ante su *bidonville*, devastada tras la enésima incursión de represalias judía (o ante el hijo asesinado, como otros miles estos últimos años, acaso después de que la policía judía le hubiera roto manos y brazos), de un palestino que ante esta tragedia de la que no se avista el fin extrajera la siguiente conclusión: «Existe el estado de Israel, por tanto Dios no existe»? ¿Absurdo? Desde luego. Pero ¿por qué entonces tendría que ser lógica la misma ecuación planteada por Primo Levi?

Un cultivador admirado de lo mejor de la cultura judía, como quien esto escribe, observa con disgusto este tipo de cosas. Pero nos parece necesario observar que negar a Dios porque Hitler viniera al mundo y encontrara un pueblo que lo siguiera durante doce años sólo puede derivar de una «sacralización» del genocidio judío (y, en efecto, se ha encontrado para el caso un término puramente religioso: «Holocausto»), sacralización que contrasta con el laicismo de la historia mantenido por el mismo Levi. También se opone a la experiencia histórica que, por desgracia, da cuenta de tantos otros genocidios: la masacre de los indios de Norteamérica obra de los protestantes anglosajones; la de los armenios por parte de los turcos; la de la Vendée a manos de los jacobinos; la de los camboyanos por los marxistas de Pol Pot... A pesar nuestro, el antisemitismo sólo es una de las muchas facetas (si bien de las más llamativas y abyectas) del rostro oscuro de la historia, donde el creyente reconoce la obra —siempre, y no sólo en este caso— del pecado. Auschwitz se ha transformado en un símbolo contemporáneo de ese lado oscuro. Pero hay que reconocer que sólo es una cara del enorme problema del mal, que es una dramática provocación para el creyente, cierto. Pero de por sí no es en modo alguno una negación de Dios. Al menos, si queremos seguir creyendo que el hombre no es una marioneta en las manos de un titiritero sádico, sino una criatura libre, capaz de escoger entre la santidad y la infamia.

3. El «escándalo» de Yahvé

Hemos observado que el verano, al ponernos en contacto con gente nueva y favoreciendo simultáneamente el relax y la ocasión de afrontar

temas relegados por la fatiga de las tareas cotidianas, nos lleva a menudo a discutir de «religión». Así nacen debates entre «incrédulos» y «creyentes» que con demasiada frecuencia revelan la dificultad de estos últimos para exponer su esperanza (1 Pe. 3, 15). Sin embargo —como también mencionábamos— un mínimo de catequesis podría ayudar a muchos católicos, dado que las dificultades y objeciones suelen ser las mismas y nacen con la misma frecuencia de la ignorancia acerca de lo que es realmente el cristianismo.

Hoy presentaré un par de ejemplos extraídos de experiencias recientes a partir del diálogo con ocasionales compañeros de mesa y de hotel.

La actual insistencia en llevar a cabo una lectura personal de la Biblia lleva casi siempre a escandalizarse con el Dios del Antiguo Testamento. No se llega a comprender qué tipo de Dios «bueno» puede ser ése, ni a reconocerlo como el Padre infinitamente amoroso presentado por Jesucristo.

Es un escándalo que viene de lejos, hasta el punto que no faltan en el seno de la Iglesia propuestas para dejar a Israel su Yahvé y aceptar solamente al del Nuevo Testamento. Pero, como se sabe, la Iglesia siempre se resistió a estas tentaciones de amputar a la Biblia de su primera parte. ¿Cuál es la causa de esta resistencia?

¿Cómo se puede justificar esta postura hoy día, ante interlocutores cuya fe parece detenerse, o vacilar, al descubrir una imagen de Dios más lejana que nunca de la sensibilidad moderna?

Siempre he creído que puede hallarse un inicio de respuesta en la anotación del *Diario* de Paul Claudel. El gran poeta y escritor católico escribió: «Continuamente se leen muchas tonterías y difamaciones acerca de la ferocidad de Yahvé, el Dios del Antiguo Testamento, al que se intenta enfrentar con el del Nuevo. Yo, por el contrario, lloro y siento ensancharse mi corazón al verlo tan lleno de dulzura y ternura. Son estos mismos ataques de cólera los que me mueven a simpatizar con este Padre tan cercano. Se advierte que no sabe qué hacer con esos hijos suyos tan díscolos, a veces tontos, camorristas, obstinados e ingratos. Se nota que le hacen perder la paciencia, pero nunca el amor. De esto se habla en el *ménage* de la Trinidad: “Aquí estamos obligados a hacer algo importante...” *Dimittite*

filium meum, Israel (Éx. 4, 23). ¡Qué bondad hacia su pueblo, resguardado así bajo sus alas!»

Dejando a Claudel lo que es del poeta (con ese «hallazgo» fascinante del *ménage* trinitario, en el que se decide la jugada final de mandar en misión al propio Hijo), creo que ésta puede ser una vía posible para encarrilar nuestra reflexión y la de esos hermanos que se encuentran en dificultades delante del Antiguo Testamento. Éste debe enmarcarse dentro de toda una historia de implicación divina que, partiendo de la alianza con Abraham, corre a su desenlace lógico e inevitable: la encamación, el hacerse hombre entre los hombres del propio Dios.

Así pues, es preciso volver a llamar la atención sobre la radical «diferencia» del judeocristianismo respecto al deísmo de los filósofos y los masones, para quienes el Ente Supremo, el Gran Arquitecto del Universo, permanece impasible, infinitamente por encima de una historia con la que no quiere comprometerse (el Dios que, según expresión de Pascal, «ha dado un golpecito al mundo para ponerlo en movimiento y se ha retirado en su lontananza»).

Pero también hay una radical «diferencia» judeocristiana respecto a la otra religión monoteísta que, aun siendo de raíz semita, ve en Alá al «misericordioso», pero no hasta el punto de ensuciarse las manos con las vicisitudes humanas. *Islam* quiere decir sumisión y no es por casualidad que una palabra semejante dé nombre a toda una religión. Sumisión, que es la clave del Corán, es lo contrario de las palabras que en la Biblia indican la relación entre el Creador y su criatura: «alianza», «pacto», luego incluso «bodas», para llegar al inaudito de «encarnación». «Y el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros» (Jn. 1, 14).

Una vez comprendida esta dinámica, realmente única en el panorama religioso de la humanidad, el escándalo de la Biblia puede transformarse en todo lo contrario: un motivo para tomarse en serio el mensaje en el que con toda la razón Dios recibe el nombre de Padre, un nombre que falta en la serie de 99 atributos de Alá que el musulmán piadoso repite mientras desgrana su rosario. Un Dios que no sólo nos ha creado sino que se nos toma tan en serio que se adapta a nosotros: es la «condescendencia divina» de la que hablan los Padres, y que lleva a Aquél llamado el Eterno a compartir el protagonismo de la historia con sus criaturas. Enfadándose,

arrepintiéndose, vociferando, alabando, premiando, castigando: en una palabra, amando. El «preludio» al Evangelio no podía ser el Corán sino el Antiguo Testamento, con su desenlace final en el Verbo, en la Segunda Persona de la Trinidad hecha persona con el nombre de Jesús el Nazareno.

Es preciso, pues, señalar (a nosotros mismos y a los demás) este movimiento general que se desarrolla a lo largo de etapas sucesivas, en el arco de los dos milenios precristianos, invitando al mismo tiempo a quien muestre su perplejidad a no detenerse ante episodios, expresiones y personajes marcados por diferentes géneros literarios, todos ellos condicionados por la mentalidad antigua.

No olvidemos que la ley fundamental para aquel que desee comprender la historia —y la Biblia también es historia, si bien sagrada para el creyente porque a través de ella nos llega la salvación— es que los acontecimientos del pasado no han de juzgarse de acuerdo con nuestra mentalidad sino con la contemporánea a los hechos relatados.

Lo que a nosotros nos escandaliza, habitualmente se juzgaba como bueno o indiferente por los antiguos. Y, al contrario, lo que nosotros juzgamos como bueno era motivo de horror para el piadoso israelita. Tomemos como ejemplo el caso del aborto que, a través de Moisés, Dios prohíbe sin contestación: «No habrá en tu pueblo mujer que aborte» (Éx. 23, 26). O el caso de la homosexualidad, hoy día casi motivo de orgullo, mientras que para el Antiguo Testamento era motivo de horror, hasta el punto de provocar de forma infalible y sin apelación la pena capital. No estaría mal, pues, reflexionar también acerca del hecho que el eventual escándalo no es en un solo sentido. En cierto modo, es el hombre del Antiguo Testamento quien tendría sus buenas razones para escandalizarse de nosotros.

4. Judío errante

Hay una serie de palabras en las Escrituras sobre las cuales hoy día se pasa por encima porque parecen demasiado cargadas de misterio; o bien se intenta banalizarlas con hipótesis exegéticas presentadas como «seguras», aunque tal vez no lo sean tanto.

Por ejemplo: «Y, convocando a la muchedumbre junto a sus discípulos, dijo: [...] «En verdad os digo: algunos de los aquí presentes no saborearán la muerte antes de haber visto el reino de Dios llegar con poder.»»

Citamos las palabras de Marcos (9, 1), pero podrían haber sido las de Mateo: «Ya que el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, para dar a cada uno lo suyo de acuerdo con sus obras. En verdad os digo: algunos de los aquí presentes no saborearán la muerte antes de haber visto al Hijo del hombre llegar con su reino» (16, 27ss.).

Pero también podríamos haber citado, prácticamente con las mismas palabras, a Lucas (9, 27), donde se dice que Jesús se dirigió no «a la muchedumbre» ni «a los discípulos» sino —de forma genérica— «a todos».

Por lo tanto, la frase es común a toda la tradición sinóptica, es decir, se la encuentra en cada uno de los tres primeros evangelios. Cuando ocurre esto, los exégetas hablan de un «testimonio múltiple», que es garantía de autenticidad histórica. Además, el hecho viene precedido por aquel «en verdad os digo» que puntúa las afirmaciones más solemnes, las amonestaciones más importantes.

¿Qué significa esto? Para algunos, ésta es una de las pruebas de que Jesús se equivocó: él pensaba que el final era inminente y, por lo tanto, creía que alguno de los que le escuchaban podría estar presente ese día. Detrás de esta frase se vislumbran los interminables debates acerca del «escatologismo evangélico» que han llenado bibliotecas enteras, sobre todo entre el siglo xix y las primeras décadas del siglo xx.

Ya que (digan lo que digan algunos exégetas alemanes y protestantes, y ahora tras sus pasos, como siempre con retraso, hasta los estudiosos de la Biblia latinos y católicos), repugna a la fe un Cristo que se equivoca —y sobre un tema tan decisivo—, los comentarios «clásicos» recurren a una distinción. Es decir, Jesús habría mezclado en sus palabras dos «retornos»: el primero, metafórico, tendría lugar cuarenta años después de su muerte, en el año 70, con la destrucción de Jerusalén y el final de la Antigua Alianza. El segundo, el «retomo definitivo», con el final de la historia misma y el fin del mundo presente, para que Dios «esté Todo en todos».

Es una hipótesis tan hábil como se quiera considerar, pero no deja de ser una hipótesis. Nada impide (salvo un prejuicio de corte iluminista) a un lector creyente del Evangelio leer esos pronósticos de los Sinópticos en el sentido que resulta más inmediato: ahora, mientras yo mismo leo esas palabras, ¿podría haber alguien contemporáneo de Cristo y que todavía no ha muerto...!

Es una perspectiva tan vertiginosa como para hacer saltar de golpe las defensas de aquellos que tienen miedo a «creer demasiado»; de quienes piensan que siempre y en cualquier lugar el deber del cristiano es desmitificar, desenmascarar el misterio, no permitir que el Evangelio se salga de los límites de una reconfortante sensatez que no trastoque la banal perspectiva del hombre medio occidental de nuestros días. De este modo, este tipo de interpretaciones se deja —con suficiencia cuando no con desprecio— en manos de aquellos que los especialistas de la Biblia y teólogos que se consideran a sí mismos como «adultos» llaman «literalistas», «fundamentalistas», o sea, maníacos y fanáticos que nada saben de exégesis, que quisieran reducir la fe a una superstición mítica, rechazando la aportación de profesores **universitarios** que han hecho de la Biblia una verdadera «ciencia»...

En cambio, cuando la fe era algo vivo (y, por tanto, cuando no se rodeaba a las Escrituras de vallas para impedirles traspasar los límites establecidos por los expertos, según su mudable criterio), se aceptaban las palabras de Jesús, tanto las misteriosas como las escandalosas. Y existía la convicción de que si los evangelistas querían decir algo, sabían hacerlo con la suficiente claridad. Por lo tanto, también en este caso habrían sabido comunicar, sin mover a equívoco, si Jesús hablaba del fin de Jerusalén o del fin del mundo.

Así pues, se estaba pensando en los solemnes versículos de los Sinópticos («en verdad os digo...») cuando durante siglos, o incluso milenios, desde las zonas más lejanas entre sí llegaban con desconcertante recurrencia noticias del denominado «Judío errante».

Tranquilícense de inmediato los suspicaces conformistas: a pesar de ciertos matices, éste no fue, esencialmente, un peligroso «mito antisemita». A esa misteriosa figura se le atribuían rasgos de hombre penitente, caritativo, no sólo sinceramente arrepentido —si es que tenía algo de que

arrepentirse— sino también anhelando el retorno de ese Jesús de quien (al igual que sucediera a todos los demás, incluidos sus discípulos) no había sabido reconocer los rasgos mesiánicos bajo su rostro desfigurado, pero en quien había creído inmediatamente después. De modo que, rigurosamente hablando, no debería hablarse de un «Judío» sino de un «Cristiano errante», si bien de raza judía. Éste es un testigo «positivo», como también demuestra el hecho de que se apropiaran de su figura muchos artistas, incluyendo escritores «paganos» como Goethe o virulentamente anticlericales como Eugène Sue, que vieron en ella un símbolo de toda la humanidad sufriente.

Una de las últimas ocasiones «ciertas» en que se advirtió la figura del Errante sucedió en 1898 en el estado de Nueva York. Era la culminación provisional de una vivencia milenaria y en verdad desconcertante: todos los estudios realizados (y los hay rigurosos) aportan indicaciones de su paso que se pierden en la noche de los tiempos y que proceden de las zonas más diversas. De Armenia a Portugal, de Escocia a Egipto, hasta de Sudamérica y Norteamérica: regiones a gran distancia unas de otras, así como de las tradiciones cristianas (y también de no cristianas) más alejadas se mostraron convencidas de la existencia de este hombre y registraron su aparición en una miríada de documentos y testimonios. En Florencia, por ejemplo, habría estado en 1320 y luego en 1411, en Toledo en 1547, en Brest en 1646, en Munich en 1721, en Londres en 1818...

Lo que todavía resulta más singular es que en los estudios al respecto se muestra que, al principio, no aparecen aquellos misteriosos versículos del Evangelio ya citados. Por el contrario, se los menciona para intentar hallar la solución a un «hecho» considerado demasiado universal y constante en el tiempo como para ser una mera invención. ¿Maleo, el criado del sacerdote a quien Pedro cortó la oreja en Getsemaní?, ¿o el portero de Pilatos?, ¿o un cierto Ahasvero que, en el camino del calvario, negó a Jesucristo el alivio de una parada gritándole «¡camina!» («Y tú caminarás sin detenerte nunca hasta mi retorno»)? Las diferentes tradiciones se muestran en desacuerdo a la hora de identificarlo, pero coinciden en lo esencial. Se trata de un hombre (¡al menos uno!) que «no ha conocido la muerte» desde los tiempos de Jesús, esperando su regreso, como si construyera con su interminable vida un puente vivo entre la primera y la segunda llegada del Mesías.

¿Es sólo una leyenda? Puede ser. Pero también puede que no lo sea. Y soy consciente de que confesar una tal apertura al misterio provoca hoy día furiosos escándalos (o, peor todavía, una piadosa indulgencia) precisamente entre aquellos que debieran ser custodios del Misterio.

Pero yo sigo manteniendo mi opinión: la razón puede y debe acompañarnos, utilizando todos sus recursos, al examinar la propuesta de aceptar los Evangelios como sede de la Verdad. No debe descartarse ninguna investigación previa a la hora de someter a criba la pretensión cristiana de ser la Palabra definitiva de Dios al hombre.

Así, en la constante y obligada compañía de la razón, podemos llegar al borde del abismo: allí se pide la elección. Por supuesto, podemos echamos atrás, pero también podemos confiar, apostar por el «sí», aceptar esa dimensión a la que nos ha conducido la razón, pero que al final la supera: no la contradice sino que la trasciende.

Si nos hemos decidido por ese paso, por ese «sí», todo parece posible. Es más, resultaría irracional proceder a una elección entre las palabras de la Escritura —todas igualmente inspiradas— como si algunas fuesen aceptables y otras no. Y, por lo tanto, entre las palabras que nos es lícito aceptar en sentido amplio podrían estar también éstas, misteriosas entre todas: «En verdad os digo: Alguno de los aquí presentes no saboreará la muerte antes de haber visto al Hijo del hombre venir con poder...»

Desde esta perspectiva de fe, ¿con qué lógica se puede excluir a priori que alguien de aquellos tiempos («errante» o no) siga todavía, vivo, entre nosotros?

5. Esperanto

Vitaliano Lamberti, almirante e ingeniero del Cuerpo Naval, acaba de morir poco antes de publicarse el libro en el que había trabajado durante años. Editado por Mursia, llega ahora a las librerías con el título *Una voce per il mondo (Una voz para el mundo)* y con el subtítulo *Lejzer Zamenhof, il creatore dell'esperanto (Lejzer Zamenhof, el creador del esperanto)*.

Zamenhof, un médico judío lituano nacido en 1859 en una Polonia reducida a provincia rusa y muerto en 1917, se sintió impelido a interesarse por una «lengua auxiliar internacional» debido también a su

experiencia personal. En efecto, en su lugar de nacimiento se hablaban al menos cinco lenguas y con frecuencia cada uno de los distintos grupos se veía incapaz de comunicarse con los demás.

Debido a esta situación (pero no sólo por ella, como veremos) Zamenhof decidió aventurarse en la creación de una lengua internacional que no suplantase a las demás sino que se amparase en ellas. Este intento fue llevado a cabo por muchos otros en la segunda mitad del siglo pasado y luego en la *Belle époque*. Se trataba de un sueño humanitario duramente interrumpido por los **cañones** que en 1914 dieron inicio a aquella «guerra civil europea» que ha llegado hasta nuestros días.

El esperanto («el que espera», tomado del seudónimo empleado por Zamenhof en sus primeros opúsculos) no fue el único intento. Por poco tiempo pareció prevalecer el Volapük (invención de un sacerdote alemán, Johann M. Schleyer), seguidamente otros competidores bajaron al ruedo, entre ellos algunos latines simplificados, y luego el *spokil*, el *balta*, la *mondo lingua*, el *ido*... Al final, sólo perduró la invención de Zamenhof, que fue reconocida como la más adecuada incluso por una comisión internacional.

A pesar de las tormentas de las guerras y las persecuciones de los regímenes totalitarios, el esperanto ha sobrevivido. Al parecer lo conocen unos veinte millones de personas en el mundo, posee una respetable biblioteca con obras originales y traducciones. Más aún, precisamente ahora podría haber llegado su momento: la unidad europea no puede seguir atribuyendo a cada una de las lenguas una «igual dignidad» en los actos oficiales, con los enormes costes de traducción y la lentitud y el caos consiguientes.

Con un acuerdo europeo para introducir en las escuelas primarias de la Comunidad la enseñanza de esta «lengua auxiliar», al cabo de pocas generaciones los europeos podrían entenderse entre sí, desde Sicilia hasta Escocia. Sin olvidar que en los países del este del continente, con Rusia a la cabeza, se considera a Zamenhof como uno de los suyos y parecen, pues, dispuestos a unirse, al menos en este tema, a la Comunidad Europea.

Sin una decisión al respecto, alemanes, franceses y españoles intentarán imponer de facto su propia lengua, pero al final el inglés volverá

a descollar con la suya, quitando a Europa lo que le queda de su identidad y acentuando su carácter de colonia americana.

Una opción comunitaria a favor del esperanto podría ser racional, pero, precisamente por ello, no esperamos mucho al respecto. Quien conoce la historia sabe que sólo en raras ocasiones se impone la razón, y pocas veces las obras de los hombres y de sus dirigentes están guiadas por ella. De lo contrario, la historia no sería ese enigma que es, sino un teorema cuya solución podría preverse por anticipado.

Pero volviendo a las implicaciones «religiosas» del esperanto, la única lengua que ha sobrevivido —no por casualidad, ya que su estructura es a menudo genial— a los muchos intentos de superar la maldición de Babel. Ya desde el principio, los eclesiásticos, incluso obispos, fueron esperantistas convencidos, hasta el punto de reunirse en grupos católicos especiales. No faltaron estímulos papales, desde san Pío X hasta Pablo VI; desde hace algunos años la Radio Vaticana mantiene un programa en esperanto. Beatos y santos tendentes a un esfuerzo de apostolado mundial se interesaron por esta posibilidad de un instrumento precioso para una comunicación que supere cualquier frontera. Existe también una misa en este idioma.

La crisis del latín (sea cual sea la interpretación que se le quiera dar) desgraciadamente está a la vista de todos, creando malestar en una Iglesia que se quiere por excelencia «católica», es decir, universal. Incluso en las órdenes religiosas internacionales sus miembros se comunican con dificultades entre sí. Los sínodos episcopales se ven obligados a dividirse en grupos lingüísticos. La misma teología, al verse privada de las fórmulas latinas limadas por un uso de siglos que formaban una sabia síntesis de debates seculares, sufre el caos de la multiplicidad de lenguas.

¿También en la casa católica el esperanto podría ser una solución, un «latín» para el tercer milenio?

No falta quien lo cree así. También nosotros creemos que será necesario decidirse a discutir el tema, pero manteniéndose lejos de las típicas utopías. Dios nos guarde de los entusiasmos ingenuos. Ante todo es preciso ser consciente de que para un hombre de la época de Zamenhof la palabra «universal» era sinónima de «europeo», de modo que su lengua lo extrae todo del Viejo Continente. Cierto es que también se ha visto recha-

zada en otros lugares, por ser tan «occidental» e «imperialista» como el latín, aunque —parece ser— es seis veces más fácil de aprender que aquélla.

Pero, sobre todo, la discusión en el seno de la Iglesia no debe olvidar lo que el libro de Lamberti documenta con entusiasmo y que un cristiano que no haya abdicado de su fe debería mostrarse muy cauto respecto al tema.

Zamenhof declaró públicamente querer poner a disposición de los pueblos una «lengua neutral», pero en realidad, en confidencias hechas a los amigos (o reveladas sólo bajo seudónimos), reveló su verdadero objetivo: el esperanto era un medio de difundir en el mundo un judaísmo «simplificado», que primero llamó *hillelismo* y luego *homaranismo*.

Él mismo definió el primer término como «un monoteísmo hebraico, filosóficamente puro, basado en el principio de Hillel¹ según el cual toda la ley consiste en no hacer a los demás lo que no quisiéramos para nosotros mismos».

El *homaranismo* significa «humanitarismo» y no es más que un *hillelismo* aún más partidario de aquella «religión de la humanidad», de aquel «espiritualismo ético» en el que cualquier diferencia entre las diversas formas de fe está condenada como «fanatismo» y que viene representada por la religiosidad masónica, a la que no era extraño

Zamenhof. No por casualidad ese conde Tolstoi, de quien todo cristiano «verdadero» debería desconfiar, fue inmediatamente un esperantista convencido; como también lo fueron aquellos burgueses «iluminados» en las logias, que a fuerza de buenos sentimientos y buenas palabras llevaron a la guerra fratricida de 1914.

Citando al mismo Zamenhof, el esperanto posee «una idea interior» —precisamente la de un «humanismo judío y humanitario»— que no se debería revelar de inmediato a todos para no obstaculizar la penetración de la lengua, la cual debería conducir a dicha «idea» lenta pero infaliblemente.

Al discutir, como es obligatorio, acerca de este posible medio de unir a los creyentes, será preciso no olvidar la existencia de un «secreto» seme-

¹ Un rabino fariseo de los tiempos de Jesús. (*N. del e.*)

jante para valorar los posibles efectos. El símbolo del Movimiento Esperantista Mundial propuesto por Zamenhof, quien impuso a amigos y colaboradores el silencio acerca de su origen judío, es una estrella verde de cinco puntas, es decir, el mismo de la masonería iniciática y de sus grados elevados, los más impenetrables.

Quizá esto no cuente respecto a las ventajas prácticas que esta lengua puede ofrecer. O tal vez, quién sabe, esto podría tener sus efectos en una Iglesia que ya parece tentada a reducir el Evangelio a «humanismo» y «moral universal».

III. EL DESAFÍO DE LOS PARIENTES CERCANOS: EL ISLAM DE LA MEDIA LUNA

1. Islam/1

Es una observación del cardenal Martini, arzobispo de Milán, una diócesis donde los inmigrados de África y Asia son ya cientos de miles: el enfrentamiento que en décadas anteriores mantuvieron los católicos con los marxistas se trasladará hacia los musulmanes. Así, desmintiendo todas las previsiones de quienes pensaban que el problema del tercer milenio sería —para los creyentes que quedan— el desafío del ateísmo y la secularización, aquí vemos que será el desafío de otra religión. Y la menos «secular» de todas ellas.

No se ha recalcado lo suficiente que mientras el marxismo era un judeocristianismo *laicizado*, el islamismo es un judeocristianismo *simplificado*. De ambos puede decirse que, sin el mensaje de los profetas de Israel —desde Abraham hasta Jesús inclusive—, no habrían tenido lugar o habrían sido muy diferentes. Así, el desafío para el cristiano es nuevamente un «asunto de familia», lo cual no es un consuelo, dado que precisamente éstos son los enfrentamientos más insidiosos y encarnizados.

Empezando por estas líneas, quisiéramos apuntar algunas de las reflexiones que hemos recogido a lo largo de muchos años sobre la fe proclamada por Mohamed, «el digno de elogio», al que nuestra lengua

llama de forma aproximada «Mahoma». Nos parece que la histórica migración, de la que ahora sólo vemos el principio, y que está llevando a una nueva invasión musulmana de Europa, justifica el espacio que pretendemos conceder al tema. Pero, dejando aparte la actualidad cotidiana, interrogarse acerca del islam es desde siempre uno de los deberes principales del cristiano consciente de su fe.

El Corán, en efecto, es ante todo un escándalo: el escándalo de un «Novísimo Testamento» que declara superado el Nuevo Testamento cristiano. Mientras los creyentes en Jesús estaban seguros de que con él terminaba la revelación divina empezada con Abraham y Moisés, vemos aparecer una religión que no sólo despoja a Jesús de su carácter divino sino que, aun deshaciéndose en respetuosos elogios hacia él, lo relega a la condición de penúltimo profeta, de anunciador de una parte pero no de toda la voluntad divina, sólo completada con las palabras que nos llegan a través del último y definitivo de los reveladores, Mohamed. Con éste, los cristianos quedan relegados al pasado, gente a la que hay que compadecer porque, aunque avanzaron del Antiguo al Nuevo Testamento, se quedaron allí, sin pasar al Corán, que se presenta como la tercera parte de las Escrituras, que empiezan en la Torá judía.

Así es, allí donde en los primeros siglos de expansión llegaban las hordas musulmanas, sólo a los politeístas, a los paganos, se les presentaba el dilema de convertirse y abandonar a los ídolos o ser exterminados. No ocurría lo mismo con los judíos y cristianos, «la gente del Libro», que eran sometidos a tributo y encerrados en sus anacrónicos guetos a la espera de que se decidieran a aceptar la realidad y reconocer que la historia de la salvación había dado un paso adelante, que Abraham y Jesús no debían ser abandonados sino superados.

Éste es, pues, el escándalo —y el misterio— del Corán y de la poderosa fe que logró suscitar. Acostumbrados a mirar a los judíos que han seguido siéndolo como gente con la visión empañada, incapaces de vislumbrar los nuevos tiempos, los cristianos se han visto a su vez considerados como si estuvieran parados en la penúltima etapa, sin saber alcanzar la última.

Por esta razón el islamismo podría aparecer como más creíble que el cristianismo a los occidentales que ahora conviven con aquél. Tiempo

atrás era la religión de los despreciados pueblos coloniales, y convertirse habría parecido una extravagancia indigna de un civilizado europeo. Ahora, en cambio, han empezado las conversiones y en algunos países, como Francia, ha devenido casi un fenómeno de masas.

Y esto sucede también porque, bajo nuestra perspectiva «progresista», lo último que llega nos parece siempre mejor que lo que había antes. Desde la estrella de David a la cruz y a la media luna ¿no existe quizá un progreso continuo? Precisamente por llegar después de Moisés y Jesucristo, ¿no será Mohamed el mejor?

En el fondo, son los mismos cristianos quienes han apuntado esta idea de progreso, de superación del judaísmo, para abrirse a la nueva anunciada por Jesús. En este paso de la Torá a los Evangelios tiene origen la visión, que Occidente ha hecho suya terminando por laicizarla en las ideologías «progresistas», de una historia como un ascenso que lleva siempre a nuevas conquistas. El Corán puede así hacer mella en la convicción —que hoy día está inscrita en la mentalidad del hombre moderno— de que lo nuevo siempre es mejor que lo viejo. Si el proselitismo musulmán sabe utilizar esta categoría del espíritu occidental, la perspectiva de una Europa si no islamizada sí al menos profundamente influida por este credo llegado del desierto árabe, podría parecer menos increíble. Al menos, se entiende, a escala humana. |

Por otra parte, este paso ha tenido lugar en varias ocasiones. Doce o trece siglos atrás, muchos de los antepasados de esos musulmanes norteafricanos que vemos pulular hoy por nuestras calles eran cristianos. En Egipto, en el Magreb, en Siria, en Anatolia, en los Balcanes, en la misma Palestina, pueblos enteros dieron el paso —y para siempre, a menos que lo quieran de otra forma futuros designios divinos— del Nuevo al Novísimo Testamento, de Jesús a Mahoma. El islam también ha conocido islas de resistencia cristianas que han durado hasta nuestros días entre los armenios, los coptos monofisitas de Egipto y Oriente Medio, los mozárabes ibéricos. Y ha tenido que retirarse de algunas regiones donde la vida cristiana volvió a tomar el poder, sin que la islamización arraigase, como en España, Grecia, Sicilia, Malta y buena parte de los Balcanes.

Pero en otros lugares la media luna ha sido más fuerte que la cruz; y no sólo en el campo de batalla (que, dentro de una perspectiva cristiana,

significa poco o nada) sino en aquello que significa más, en los corazones. Una vez conquistados para la nueva fe, esos pueblos han permanecido hasta el presente fielmente inamovibles. Ha ocurrido también en las Iglesias fundadas por el mismo san Pablo en la costa de Siria y en la actual Turquía, en Anatolia. Y si la española mezquita de Córdoba hace siglos que se transformó en iglesia católica, durante siglos la iglesia de Santa Sofía de Constantinopla, rebautizada como Estambul, se encontraba entre las mezquitas musulmanas más veneradas antes de ser transformada en museo.

El mismo Anuario Pontificio lleva todavía las marcas del drama: junto a los obispos «residentes», es decir los que están a la cabeza de una diócesis efectivamente existente, los obispos «titulares», aparece un listado de los présulos, es decir, aquellos a los que se les ha atribuido el «título» de una diócesis que desde hace más de mil años ha quedado reducida a un nombre, ya sin fieles, que se han pasado todos a las palabras del Corán.

Parece ser que sólo en el norte de África —ilustre por ser tierra de santos, de padres de la Iglesia y papas— se contaban casi unos seiscientos obispados y al menos había igual número de regiones situadas a oriente de Egipto. Aparte de algún que otro núcleo de resistencia (que, precisamente hoy, por la crisis del Oriente Medio están en vías de desaparición) casi no ha quedado nada de la abundante siembra del Evangelio. Todos los esfuerzos para volver a sembrar sus palabras han resultado estériles. En poco más de veinte años, del 632 al 656, bajo los primeros cuatro califas que sucedieron a Mahoma, los hombres del Corán se propagaron desde la Tripolitania al oeste, hasta el Indo al este y al norte hasta el mar Negro, regiones que eran en gran parte cristianas y donde la fe en Jesús acabaría por extinguirse.

¿Cómo ha podido suceder? ¿Qué enigmático significado puede vislumbrar el creyente? Esto es lo que quisiéramos ver.

2. Islam/2

El profeta de La Meca murió en el año 632. Ya seis años antes, el Califa (el decir, «el sucesor») Ornar despoja a los bizantinos de Jerusalén y en el año 640 los musulmanes entran en Egipto. Un año después

conquistan Alejandría, la gran metrópoli convertida en importante patriarcado cristiano. La carrera hacia el oeste continúa y, tras extenderse a lo largo de los miles de kilómetros del litoral mediterráneo, en el año 711 los árabes atraviesan el estrecho de Gibraltar para desembarcar en España. Harán falta siete siglos de luchas para echarlos.

Reservándonos la oportunidad de hablar más adelante de las otras conquistas de extensísimos territorios ya cristianizados en Asia, aquí quisiéramos examinar la suerte de ese norte de África que había sido una de las primeras regiones evangelizadas. Según la Tradición, el mismo san Marcos predicó la fe en Egipto; y en las sedes obispales de ese África mediterránea se encontraban pastores de la talla de san Agustín. La actividad teológica en las ciudades, principalmente en Alejandría, era en extremo rica y vivaz. En el desierto abundaban los eremitas y los monasterios en los que se vivía la ascesis con dramática seriedad.

¿Cómo pudo ocurrir que una vida cristiana semejante se apagase (con la parcial excepción de Egipto) y que la fe surgida del Corán haya podido cubrirlo todo?

En realidad, las cosas son mucho más complejas que lo que ciertas interpretaciones todavía pretenden. No es que, como fulgurados por la Palabra que traían los árabes, los cristianos repudiasen el Evangelio al descubrir que la Verdad residía en el Corán. El cambio religioso vino (al cabo de siglos, y a veces ni siquiera por completo) con las campañas militares y luego con la política social, fiscal y matrimonial.

Para entenderlo, primero hay que recordar que la islamización del África mediterránea posee rasgos distintos en Egipto y en la parte restante de la costa hasta el Atlántico. Las dos partes habían quedado divididas por la línea de demarcación entre el Imperio romano de Occidente y el de Oriente. Egipto hablaba griego y mantenía relaciones con Constantinopla; las regiones occidentales hablaban latín y miraban hacia Roma. Con la caída de esta última, todo el África septentrional recayó bajo el Imperio bizantino, que, sin embargo, sólo poseía el control de alguna ciudad costera.

Los árabes no tuvieron dificultades en invadir estos territorios porque, teniendo Siria en su poder, Bizancio ya no podía enviar refuerzos por vía terrestre. La resistencia también fue escasa porque los mismos

cristianos egipcios acogieron a los musulmanes como liberadores. Aquí, como en otros lugares, los árabes encontraron poblaciones dispuestas a abrirles las puertas en nombre de la antigua rebelión de Oriente, y de los pueblos semíticos en particular, contra el Occidente que, desde los tiempos de Grecia y Roma, había ejercido su hegemonía sobre poblaciones orgullosas de su independencia y su cultura.

En Egipto, además, se daban condiciones especiales porque el patriarcado de Alejandría se había alejado de Constantinopla por razones teológicas, detrás de las cuales se escondía una antigua rivalidad. Los egipcios habían escogido el monofisismo (Cristo sólo poseía una naturaleza, la divina), resistiendo al gobierno imperial que, remitiéndose a los decretos conciliares, pretendía afirmar el dogma ortodoxo de la doble naturaleza. La mayoría del pueblo apoyaba al clero monofisita, mientras que Bizancio había impuesto su jerarquía, llamada «melquita».

Es sabido que, por una lógica inmutable, cuando dos facciones de la misma religión se enfrentan, cada una de ellas prefiere la victoria de otra religión antes que la de la parte contraria. Así ocurrió con los monofisitas de Egipto *en* lucha con los melquitas griegos. El islamismo todavía estaba en periodo embrionario, los pueblos sometidos no sabían bien de qué se trataba, probablemente les debía parecer otra secta judeocristiana, ya que en cualquier caso era claro su monoteísmo y la reivindicación de los profetas bíblicos, así como la gran veneración por Jesús y María.

Así, se llegó a unos acuerdos y las puertas de Egipto se abrieron de par en par. Entre las primeras medidas tomadas por los árabes se cuenta la supresión de la Iglesia imperial melquita, de modo que los obispos monofisitas pudieron hacerse con el mando de la cristiandad. Fue una victoria pírrica porque también se aplicó el derecho religioso musulmán que en esa época daba sus primeros pasos: mientras que los musulmanes sólo estaban obligados a pagar la limosna legal, la comunidad cristiana —a cambio de la «protección» y el derecho a continuar residiendo en zona ocupada por los islamistas— debía pagar tasas exorbitantes, cuyo beneficio iba a parar enteramente a los musulmanes. Y no sólo eso: los cristianos no eran ciudadanos sino súbditos; todas las carreras en la administración y en el ejército quedaban reservadas a los árabes creyentes

en Alá, que seguidamente se trasladarían en masa a África para nutrir las exiguas tropas de los primeros conquistadores.

No debe olvidarse el derecho matrimonial árabe que siempre ha sido un factor poderoso en la lenta pero implacable islamización (como lo es también hoy día en la Europa de los inmigrados). Así ocurre que una mujer musulmana no puede casarse con un cristiano o un judío, mientras que un musulmán puede casarse con una mujer cristiana o judía, y los hijos comunes son, por ley, musulmanes. Además, para proseguir con la erosión de su comunidad, los cristianos tenían prohibido hacer proselitismo, así como construir nuevas iglesias e incluso restaurar las ya existentes. Estas condiciones empeoraron cuando los turcos sustituyeron a los árabes.

El resultado fue el que todavía persiste: los cristianos se estabilizaron en torno al diez por ciento de la población. Así pues, a pesar de todo, el Evangelio no fue completamente desterrado de Egipto durante los más de trece siglos de dominación musulmana. Junto a las conversiones por conveniencia se dieron muchos casos en los que, durante siglos, se prefirió el martirio antes que renegar de Jesús por Mahoma.

Esto no ocurrió en la zona occidental de Egipto, en el África «latina», donde la islamización fue completa, si bien no tan rápida como muchos afirman. Por los historiadores árabes sabemos que todavía en el siglo xi había en aquellas zonas obispos y algunas tribus que no habían renunciado al cristianismo.

Las provincias imperiales de África (la actual Tunicia y parte de la Argelia de hoy) y de Numidia (el resto de Argelia) estaban cristianizadas, pero casi solamente en el segmento ciudadano de origen latino. Las poblaciones beréberes casi no habían sido alcanzadas por la evangelización. El cristianismo apenas había llegado a las dos Mauritania, la muy extensa región a occidente de Numidia que llega hasta el Atlántico, la que constituye el Magreb y que corresponde a la parte más al oeste de la actual Argelia y todo Marruecos. Ésta era el «África olvidada». La colonización romana se había llevado a cabo teniendo como base la península tunecina, a derecha y a izquierda de Cartago. Sólo cuando ya era tarde y el imperio empezaba a desmoronarse, se decidieron a crear las dos provincias de Mauritania, que hasta el momento sólo habían sido reinos federados. La precariedad de la situación la muestra el hecho de que ésta

era una de las tres zonas del imperio donde los romanos habían construido un *limes*, una frontera fortificada, para defenderse de las incursiones llegadas del sur.

Muy pocos años después de la conquista de Egipto, los musulmanes iniciaron el ataque contra estas provincias africanas de Numidia y Mauritania. Encontrarán en ellas una cristiandad debilitada y agitada, a pesar del aparente esplendor. De ellas no quedará nada. El porqué lo sabremos en el próximo capítulo.

3. Islam/3

A partir de la mitad del año 600 (continuamos con el tema anterior) los árabes musulmanes salen de las bases egipcias y penetran en el norte del África «latina», superando lo que había sido la frontera entre el Imperio romano de Oriente y de Occidente.

Como ocurriera en Egipto, las escasas tropas del Imperio bizantino casi no opusieron resistencia, entre otras razones por estar completamente aisladas de sus bases en el remoto Bósforo. En cambio, las comunidades cristianas locales intentan organizar la defensa, puede que más preocupadas por la fama de saqueadores y estupradores de los árabes que por los aspectos religiosos. En efecto, como ya hemos señalado y conviene no olvidar, el islamismo era una novedad absoluta, no muy comprensible, pues el profeta sólo hacía diez años que estaba muerto y muchas partes del Corán todavía no habían sido puestas por escrito, habiéndose confiado a la memoria de los discípulos. Por lo tanto, todavía no se había forjado el conjunto de escritura y tradiciones musulmanas que nosotros, con la conciencia actual, conocemos perfectamente.

De todos modos, las numerosas y poderosas comunidades judías se constituyen en una fuerza secreta de apoyo, en cierta forma por odio hacia los cristianos y especialmente hacia la Constantinopla que les vejaba, pero también por solidaridad semítica, al ser los árabes de la misma rama lingüística y étnica. Los judíos actuaron habitualmente como quintacolumnistas para minar la resistencia cristiana. También eran de origen semita los orgullosos y belicosos beréberes que ni siquiera los romanos habían conseguido domesticar. A pesar de la comunidad «racial»

con los árabes, los beréberes se les opusieron, defendiendo su independencia y tradiciones politeístas, habiendo conocido una escasa o nula evangelización. Estos beréberes, que la tradición occidental considerará como los musulmanes más fieles, en realidad lucharon largo tiempo contra la islamización y una vez sometidos organizaron numerosas revueltas. Al final, tras la conversión, dieron una muestra más de su independencia al crear un cisma enemigo fanático del islamismo oficial de los árabes.

En cuanto a los cristianos, sus condiciones en el momento de la ofensiva islámica eran muy difíciles. Poco más de un siglo antes había acabado la terrible dominación de los vándalos, que habían irrumpido en el África romana desde España, devastando la Hipona de Agustín, muerto durante el asedio de la ciudad. Como muchos de los pueblos bárbaros, también los vándalos habían aceptado el Evangelio, si bien —conforme a su derecho— la conversión no era personal sino que era el jefe el que decidía por toda la tribu. Pero, también al igual que muchos de los otros pueblos germánicos, su cristianismo era el arriano (lo contrario del monofisismo dominante en Egipto; en el credo arriano, el Hijo está sometido al Padre y Jesús no es de naturaleza divina). *El arrianismo* era ferocemente contrario al catolicismo de obediencia romana que se profesaba en esas provincias africanas, lo que explica la devastación causada por los vándalos a lo largo de más de cien años en las comunidades cristianas preexistentes.

Y eso no era todo. A partir del año 300, esas mismas regiones habían conocido otra herejía fanática, la de Donato, el obispo que se había rebelado al metropolitano de Cartago manteniendo la tesis de que la Iglesia estaba reservada sólo a los justos, excluyendo por tanto a los pecadores, para quienes no había perdón.

Cuando los árabes aparecieron de repente en el litoral, llegando desde Egipto, la Iglesia todavía no había sanado de todas las heridas inferidas por los vándalos y aún albergaba en su seno la guerrilla del donatismo. Además, los católicos representaban el poco abundante sustrato de la población urbana de origen latino, que solía estar compuesta por los descendientes de los veteranos de guerra instalados por Roma en sus colonias. La población indígena, apenas salpicada por el cristianismo (o ni

siquiera tocada por el Evangelio, como casi todo el territorio de lo que luego se llamó Marruecos, con exclusión de algún puerto), se mostró dispuesta a acoger la invitación de esos otros semitas que llegaban desde Arabia y que hacían vislumbrar la posibilidad de un sueño largamente acariciado: devolver al mar a los extranjeros que habían vencido en Cartago. Muchos de los católicos latinos, dada la imposibilidad de detener las hordas musulmanas, se volvieron a embarcar rumbo a Italia. Muchos otros cayeron bajo los muros de las ciudades asediadas, apresados algunas veces por la traición de los judíos, pero también de los púnicos y los beréberes latinizados.

Sucedió entonces lo inevitable. Primero la Cirenaica, luego la Tripolitania, después las provincias de África, Numidia y Mauritania cayeron como castillos de naipes en poder del islam. Dado que, al contrario de lo sucedido en Egipto, aquí no se llegó a acuerdos con las comunidades de cristianos, muchos de ellos fueron masacrados, reduciéndose todavía más su número, ya diezmado por el éxodo y las batallas. Los que permanecieron en el país quedaron reducidos al rango de hombres de segunda categoría y, sobre todo, fueron aplastados con impuestos despiadados. Éstos parecían (y eran) mucho más inicuos que los también duros impuestos del fisco bizantino, porque eran a beneficio total y único de los musulmanes.

Convertirse a la nueva fe significaba ser ciudadanos de pleno derecho, tener abiertas todas las carreras, no pagar más impuestos; más aún, disfrutar de lo usurpado a quienes seguían siendo cristianos (o judíos). En estas condiciones no es de extrañar que la masa de renegados fuese tal como para poner en dificultades a los propios musulmanes, ya que cada cristiano (o judío) de menos era un contribuyente menos a exprimir. Además, también aquí se trasladaron masas de inmigrantes y se introdujo ese derecho matrimonial ya citado, según el cual los matrimonios mixtos significaban nuevas generaciones musulmanas. La misma resistencia de los beréberes, que había durado tanto tiempo, acabó por ser destruida, aunque los historiadores hablan de tribus cristianas que resistieron heroicamente en el desierto durante varias generaciones.

Pero al final cayó el telón sobre la cristiandad, entre otras causas porque no hay que olvidar que el islamismo no es simplemente una fe, sino

un modo de vida que abarca todas las actividades no sólo del culto, sino de la vida cotidiana. Además, ya que el Corán no podía traducirse, todos tenían que aprender la lengua árabe. Esa lengua se impuso tanto a los creyentes en Alá como a todos aquellos —cualquiera que fuese su religión— que vivían en esos territorios. Y la arabización significaba, tarde o temprano, la islamización.

Éstas son, pues, las causas históricas de la total desaparición (los últimos obispos indígenas, como vimos, eran del año mil) del cristianismo en el África latina.

Ésta fue la única «solución final» de los creyentes en el Evangelio. En Egipto quedó un «resto» no despreciable de vida cristiana entre los coptos. Tampoco en Asia fue completa la desaparición: los monofisitas de Siria, los maronitas del Líbano, los nestorianos (luego caldeos) de Mesopotamia y Persia, los armenios del Cáucaso siguieron siendo cristianos hasta nuestros días. Así como permaneció heroicamente fiel al Evangelio (si bien también aquí en la versión monofisita) Etiopía, que supo resistir a los muchos intentos de islamización violenta que llegaban desde el norte, a lo largo del Nilo, o desde el este, a través del mar Rojo. Entre los historiadores se habla mucho del fin del cristianismo en el África occidental mediterránea, pero se suele silenciar del todo la resistencia indomable del mismo cristianismo entre los miserables y despreciados etíopes (su nombre significa «cara quemada») que, cuando aceptaron el Evangelio, ya no quisieron abandonarlo.

Pero, si esto forma un cuadro histórico que cada uno puede reconstruir a su gusto, el creyente está llamado a ir más allá de los simples datos para interrogarse sobre su significado, sobre el misterio de la Providencia. Bajo este prisma, ¿por qué Mahoma? ¿Por qué tanto éxito, normalmente a expensas de la cruz, de su media luna? Es un intento de comprender al que el cristiano no puede sustraerse.

4. Islam/4

Volviendo a nuestras «hipótesis sobre Mahoma», quisiéramos seguir profundizando desde los puros y simples datos de la historia (de los que ya hemos señalado bastantes) a la reflexión de la fe sobre estos mismos datos.

«Entre las sombras y los enigmas, mirando como en un espejo», como diría san Pablo, ¿qué reflexión se puede extraer del escándalo del extraordinario éxito de una fe que proclama a Jesús como un simple profeta ya superado?

En primer lugar, hay que señalar que la súbita irrupción desde la profundidad del desierto de las hordas de caballería tras los estandartes de Mahoma, «el último de los divulgadores», inicia una constante que se materializará siempre —y enigmáticamente— a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Esta constante implica que la clausura de una región se acompañe de la apertura simultánea de otras regiones donde se revela la posibilidad de una nueva y abundante cosecha misionera.

Así, en el mismo siglo vil en que el cristianismo pierde el área meridional del Mediterráneo, la Iglesia realiza una espectacular expansión hacia el norte y el este de Europa. Los territorios conquistados por los musulmanes en Asia Menor y en el norte de África se ven ampliamente compensados por los territorios evangelizados en el oriente europeo por parte de los misioneros salidos de Constantinopla, y en el sur por los enviados de Roma (cuando la cristiandad todavía permanecía unida).

En Europa, la Iglesia sólo cubría la península griega y la Tracia, así como esa franja, apenas un pasillo, que va de Italia a Inglaterra pasando por los países francos.

Á causa de los primeros éxitos musulmanes, nunca en la historia se había visto la cristiandad reducida a un territorio tan exiguo. Y sin embargo, mientras el telón caía en el sur, se levantaba en el norte y en el este, de modo que la cristianización del resto de Europa es tan rápida como lo son las conquistas asiáticas y africanas del islam. El juvenil ardor de los caballeros de Alá lanzados a la guerra santa en Asia y África corre en paralelo al igualmente impetuoso esfuerzo de evangelización —coronado por éxitos inmensos, históricamente casi inexplicables— de los misioneros de Jesucristo en Europa. Desde Siria hasta Mauritania caen sometidas al poder musulmán antiguas Iglesias laceradas por las intrigas heréticas; pero, al mismo tiempo, se ve emerger otras Iglesias completamente nuevas, fieles, llenas de vida y cargadas de futuro. Para dar un solo ejemplo: casi en el mismo año del desembarco islámico en España, ese monje inglés que tomará el nombre latinizado de Bonifacio empieza la evangelización de

Alemania, creando una sólida Iglesia, que fue ejemplo de fidelidad a Roma durante casi mil años.

Pues, como íbamos diciendo, la dialéctica inaugurada en esas fechas de «cierre de una puerta y apertura de otra», se convertirá en una constante de la Iglesia. Esto se comprobará, para citar uno de los ejemplos más conocidos, también en el siglo xvi, cuando la Reforma protestante dejará a la Iglesia un área de influencia tan exigua como la que tuvo después de las primeras invasiones mahometanas. Pero también en esta ocasión con una perfecta simultaneidad que refleja que lo que se perdió en Europa quedó ampliamente compensado con la apertura del Nuevo Mundo.

La presencia católica se vio nuevamente reducida al mínimo en los inicios del siglo xix a causa de las tormentas jacobina, primero, y napoleónica después, que devastaron casi todo lo que se había construido en siglos de esfuerzo. Europa, además, empezaba ese proceso de alejamiento del cristianismo que conduciría a una secularización radical.

Sin embargo, precisamente a partir de ese pobre residuo, la Iglesia — por vez primera en su historia— se convierte en verdaderamente «católica», es decir, universal, con la expansión por los todavía vírgenes territorios del África negra y del Extremo Oriente asiático. La cota más alta de éxito misionero se consigue en las décadas en las que el papa, prisionero en el Vaticano, medita huir de Roma y la casta de los incrédulos burgueses europeos que tienen el poder en sus manos contempla con sarcástica compasión a una Iglesia que considera una reliquia del pasado, y en fatal proceso de extinción. Y, en cambio, precisamente en esos tiempos se da una expansión inaudita de las fronteras católicas.

Mientras que en el Occidente europeo los «papistas» se ven despreciados cuando no perseguidos, en ese Extremo Occidente que es América del Norte, la Iglesia pasa de tener unos pocos miles de fieles a contar con un cuarto del total de la población. Para dar otro ejemplo extraído de nuestra época, citaremos que el final, a causa de la revolución comunista, de la prometida misión en China irá acompañado de la extraordinaria (e imprevista) receptividad hacia el Evangelio de la vecina Corea.

Existe, por lo tanto, en la historia de la Iglesia una dialéctica de «pérdida/conquista», de «cierre/apertura» que constituye una misteriosa constante que se inicia precisamente con la invasión islámica.

La conquista musulmana de todo el litoral que va de Anatolia al estrecho de Gibraltar rompe, por primera vez, la unidad del Mediterráneo: el *Mare Nostrum*, la cuenca de la libre circulación de hombres, ideas y mercancías. Europa ya no tiene lazos de comunicación con África y Asia, cerradas por el muro islámico. Bloqueada de tal suerte en el sur y oriente, la misión cristiana se ve obligada a proyectarse hacia el norte y el noreste. Un efecto del islamismo es la creación de una cristiandad compacta en Europa; y esta parte del mundo (como veremos) parece ser el objeto de una atención privilegiada y no casual en los misteriosos planes de la Providencia. ¿Será quizá este «primero Europa y luego el resto del mundo», uno de los motivos «secretos» que explican el imprevisto bloqueo que la media luna impone a la expansión misionera cristiana?

Un motivo de reflexión posterior lo ofrece el hecho de que mientras las Iglesias de África y de Asia cayeron con la facilidad que hemos visto, la Iglesia de Europa se salvó gracias a dos auténticos milagros. David Knowels afirma: «Justo en el momento en que la tenaza se cerraba desde el oeste hasta el este, la flota y el ejército musulmanes fueron derrotados delante de Constantinopla (año 717) y Carlos Martel dispersaba a los sarracenos en Poitiers (año 732). Europa estuvo a salvo. Al oeste, los Pirineos señalaban el límite de los territorios musulmanes. Al este, el Imperio bizantino pudo sobrevivir todavía siete siglos, lo que, por otro lado, permitió la cristianización de la Europa oriental, Rusia incluida. Si Constantinopla hubiese caído entonces, nunca habría podido divulgarse la fe entre el Danubio y los Urales.»

Pero ésta es sólo una prueba del enigma planteado por el islam. Habrá que volver sobre el tema.

5. Islam/5

Parece cierto que Mahoma no previó (quizá ni siquiera lo deseó) la difusión de su mensaje más allá de Arabia y el pueblo árabe. Probablemente fueron sus sucesores quienes, frente a las conquistas, se

convirtieron a la causa del islamismo como religión universal, retocando con dicho fin ese Corán que Mahoma no escribió (al parecer era analfabeto) como tampoco lo hicieron sus discípulos, quienes se limitaron a escribir algunas notas sobre hojas de banano, piedras o incluso huesos de camello.

«Corán» significa «recitación oral», es decir que nació «de la voz» para ser aprendido de memoria. Sólo algunas décadas después de la muerte del Profeta, los califas hicieron transcribir por escrito el texto recibido. No faltaron, pues, las «adaptaciones», entre las que parece encontrarse la de considerar que estaba dirigido a todos los pueblos —y no sólo al árabe— el mensaje coránico, manteniéndose inmutable la lengua original.

Lo que el Profeta probablemente se proponía era únicamente arrancar a su pueblo del politeísmo, para conducirlo al monoteísmo de los numerosos judíos y cristianos que vivían en Arabia. Por esta causa, relacionó abusivamente a Abraham con su religión, entrando de este modo en enfrentamiento con los judíos, de quienes esperaba ser reconocido como profeta legítimamente inscrito en la genealogía de Israel.

En estas líneas quisiéramos tratar de las relaciones entre islamismo y judaísmo. El problema es de una dolorosa actualidad, dados los hechos sangrientos que cada día tienen lugar en Israel entre ambas comunidades.

Pero es también una cuestión importante desde el punto de vista de los cristianos. A menudo se apunta contra ellos la polémica judía, convencidos de que el Evangelio en sí mismo (con su vivencia de la pasión y muerte de Jesús también por responsabilidad del Sanedrín) constituye una fuente perenne de hostilidad antijudía. Como lo expresa con brutal sinceridad un escritor judío: «Mientras siga habiendo quien dé valor histórico a la narración evangélica de la pasión de Jesús, habrá peligro para nosotros.»

El islamismo no está considerado como tan «arriesgado» para los judíos, y se tiende a atribuir sólo a las especiales circunstancias históricas el enfrentamiento entre la estrella de David y la media luna musulmana en la tierra que para unos todavía es Palestina y para los otros nuevamente Israel. También fuera del ámbito judío domina el prejuicio de un fecundo encuentro en la historia entre los dos sistemas de fe de raíz semítica. Y no falta quien, por ejemplo, pinte la España islámica como una especie de

paraíso para los judíos, bruscamente terminado con la reconquista cristiana que vino a interrumpir el idilio.

También aquí nos encontramos frente a uno de los tantos mitos de la *vulgata* del hombre occidental. En contraste con este tipo de mentalidad ha aparecido una fuente libre de toda sospecha, la Asociación para la amistad judeocristiana, que ha editado una «Cronología de las persecuciones antijudías en los países árabes», desde el origen hasta nuestros días. Éstas son las palabras textuales con las que se abre dicha investigación: «La presencia judía en los países árabes se remonta a los años 500 o 600 antes de Jesucristo. Durante mil años, hasta la aparición de Mahoma, los judíos vivieron en condiciones de igualdad con las poblaciones locales. Pero, con la llegada del Profeta las cosas cambiaron de manera trágica. Ya en el año 625-627 Mahoma y los suyos aniquilaron a las tribus judías que rechazaban la nueva fe. Desde ese momento, insoportables cargas, humillaciones, saqueos, destrucciones y homicidios constituyen el hilo conductor de la historia judía en el mundo islámico.»

Es una historia sanguinaria que se inicia, pues, con el Profeta mismo, quien con respecto a los judíos se mancilló con uno de sus peores crímenes. Tras su huida a Medina desde La Meca, se enfrentó con la oposición de las populosas tribus judías locales que no hallaban confirmación en las Escrituras de las interpretaciones que ese árabe quería ofrecer o de los episodios que pretendía añadir. De aquí vinieron, primero las expulsiones y luego la masacre de los israelitas. La tribu judía medinense de los Quraiza (que incluso le había ayudado a repeler el asalto de los rivales de La Meca), la última que permaneció en la ciudad, fue exterminada fríamente. Los discípulos de Mahoma emplearon varias horas en degollar a todos los varones adultos (más de seiscientos) mientras que las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos. Como escribe uno de nuestros más importantes arabistas: «Este inútil baño de sangre ha quedado como la más perturbadora mancha en la carrera religiosa del Profeta. No compartimos las desenvueltas explicaciones de quienes se apresuran a sentenciar que “la ética de Mahoma no es la nuestra” [...] A partir de ese episodio derivó la idea, entonces y luego, de que quien derramase sangre por la causa del islam no actuaba en contra del espíritu de Mahoma, mientras que quien la derrama en nombre de la fe cristiana actúa siempre contra el espíritu de Jesús. El principio “la ética de Mahoma no es

la nuestra” puede ser suficiente para explicar el comportamiento guerrero del islam, pero no los asesinatos individuales y las masacres de gente inerme con que se manchó el Profeta.»

La historia que siguió estuvo a la altura de la masacre de Medina. ¿Cuántos saben que fue un jefe islámico, El Mutawakil, quien en el año 845 «inventó» la obligación de los judíos de llevar ropa amarilla? No fueron pues los cristianos —ni los nazis— sino los musulmanes quienes iniciaron la política del distintivo humillante, así como árabe es también otro «invento», el del gueto (*mellaha* en árabe) impuesto a los judíos de Marruecos en 1434, un siglo antes de su institución en tierra cristiana, en Venecia. Pero ya en el año 900 los musulmanes habían prohibido a los judíos construir casas más altas que las suyas, montar a caballo, beber vino en público y orar en voz alta.

En algún lugar se destacaron por las sádicas extravagancias, como en El Cairo del siglo xi, donde los judíos, además de la indumentaria de color, debían llevar en el cuello trozos de madera de tres kilos. Todo ello iba unido siempre, en todos los países islámicos, a la «tasa de protección» (a la que también estaban obligados los cristianos) a favor únicamente de los creyentes en Alá, quienes de este modo solían campar ociosos gracias al trabajo de los discípulos de Moisés y de Jesús. Este impuesto comportaba la confiscación de la mitad de los bienes de toda procedencia en dinero o especies. De vez en cuando, se pedía una contribución extraordinaria, que solía comportar la ruina económica. Eso cuando no se procedía a la confiscación total o a los pogrom que, como en el norte de África o en el año 1006, en la «feliz» España de los califas, llevaron a la muerte a miles de judíos. Otras veces la persecución era cultural, como en 1934 en Irak, cuando el gobierno prohibió bajo pena de muerte el estudio de la lengua hebrea.

La larga e impresionante cadena de violencia ayuda a comprender por qué el mundo árabe, antes y durante la segunda guerra mundial, se puso del lado del nazismo. Muchos testimonios concuerdan en el dato de que en la mesa de Himmler, el jefe de las SS, sólo había dos libros: el *Mein Kampf* y el Corán. Naturalmente, la violencia musulmana no justifica la cristiana. Pero es significativo que todo lo que se hizo en Occidente

contra el pueblo judío sólo fue una copia de lo que los creyentes en Alá habían empezado antes.

Adviértase también que no responde a la verdad la afirmación de que el cristianismo es más «peligroso» —teológica y estructuralmente— para los judíos porque se les atribuye a éstos parte de la culpa de la crucifixión de Cristo. Esta «culpa» también se la adjudica Mahoma, con la única diferencia que —por medio del vino— Jesús fue sustraído a los judíos (y a los romanos) y el que acaba en la cruz es un sustituto, un sosias. Aunque Jesús se libre, el Corán no deja de atribuir a los israelitas la intención de matarlo, alimentando de este modo la hostilidad hacia ellos.

6. Islam/6

Tal vez una de las claves para comprender el misterio del islam se oculta en algunos de los versículos del capítulo veinticuatro de Mateo. En primer lugar, en aquella advertencia de Jesús a los discípulos: «Vigilad que no os engañe nadie. Muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy el Cristo”, y llevarán a muchos a engaño. Luego oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras. Procurad no alarmaros: es necesario que todo esto suceda...» (Mt. 24, 4 ss.).

Mahoma se presentó a sus compatriotas árabes como «Cristo», como «Mesías», al menos en sentido del esperado revelador anunciado por las Escrituras judeocristianas, hasta el punto de falsificar (como veremos) el mismo Evangelio para demostrar que su aparición estaba predicha. Y se presentó «en el nombre de Cristo», en el sentido que el Corán atribuye esa presunta predicción al mismo Jesús; así, «muchos fueron llevados a engaño».

Y es un hecho curioso que Mateo hable inmediatamente de «guerras y rumores de guerras». Como ya ha sido observado en numerosas ocasiones —y no precisamente con intención difamatoria, sino apoyándose en los textos fundacionales musulmanes y en los efectos históricos de esos textos— islamismo y guerra van indisolublemente unidos. Se trata con toda seguridad del mensaje religioso (antes del comunismo y del nazismo, también «religiones guerreras») que más ha azuzado la agresividad humana. Incluso la poligamia —cuatro esposas más un número ilimitado

de esclavas concubinas para cada musulmán— está prevista primordialmente para permitir al creyente engendrar muchos hijos antes de caer aún joven en las batallas por la fe. Y el paraíso mismo se presenta como lugar delicioso diseñado para el «reposo del guerrero».

Esos cristianos de hoy día que se complacen con el pensamiento de un obligado diálogo a la par de una colaboración fructífera y pacífica con el islamismo olvidan que éstos dividen el mundo en dos partes: «el territorio de los musulmanes» y «el territorio de guerra». Este último alude a cualquier lugar donde todavía no se haya aceptado el mensaje de Mahoma; y donde, por lo tanto, es un deber sagrado llevarlo con la invasión armada. Guerra y Corán componen, desde sus inicios hasta hoy, un férreo binomio.

Pocos versículos después, en ese capítulo de Mateo que citábamos, Jesús repite, como si remachara un concepto que seguramente debía de sonar escandaloso a oídos de los discípulos: «Saldrán muchos falsos profetas y engañarán a muchos» (Mt. 24, 11). Es una advertencia que se repite con frecuencia en otros apartados del Evangelio, además de en las cartas de Pedro, de Juan y en el Apocalipsis.

Pero ahí están también las misteriosas palabras del propio Jesucristo: «Es necesario que todo esto suceda.» Como los otros escándalos, también los falsos profetas, los Mesías mentirosos son indispensables en la enigmática economía evangélica. Quizá lo son para poner a prueba la fe, para permitir que se defina, se depure, se fortalezca con el enfrentamiento, con las desviaciones, las «imitaciones».

Pero, prosiguiendo con el tema que Mateo refiere en ese capítulo veinticuatro, nos encontramos con otra frase de Jesús: «Mientras tanto, este Evangelio del reino será anunciado en todo el mundo para que se dé testimonio a todas las gentes...» (Mt. 24, 14). Una frase que va flanqueada por esa otra de Lucas: «Pero el Hijo del hombre, ¿hallará la fe sobre la tierra cuando retorne?» (Lc. 18, 8).

Lo que se predice, entonces, es que el Evangelio «se anunciará en todo el mundo», que «se dará testimonio a todas las gentes», pero no está en modo alguno asegurado que a esta siembra seguirá una cosecha justa, ni que de ese anuncio se derivará una fidelidad indefinida entre aquellos que la acepten. Es más, la apostasía será una realidad de tal calibre (Pablo: «En

efecto, antes llegará la apostasía...», 2 Tes. 2, 3) que no es ni siquiera seguro que la fe sobreviva hasta el retorno de Cristo.

También habrá, pues, pueblos cristianos que abandonarán el Evangelio en favor del agnosticismo o las sectas (y esto parece ocurrir en el Occidente actual) o que se pasarán a otra fe. ¿No es éste el caso de las vastas zonas de Asia y África que (ya vimos cómo y cuándo) han acabado por abandonar el Evangelio por el Corán? Desde este punto de vista, el escándalo —el que provocaron las conquistas musulmanas, pero también el de cualquier retroceso cuando no derrota a escala humana del cristianismo— se atenúa; es más, puede diluirse en la aceptación de una misteriosa necesidad. Aquí, como en otros lugares, el cristiano está llamado a llevar la cruz de la desgracia, del fracaso, del trabajo aparentemente inútil, no al triunfo del éxito conquistado de una vez por todas. Es un «siervo inútil» que debe anunciar la fe, dar testimonio, consciente de que esas semillas podrían ser estériles o podrían dar flores y plantas destinadas a ser arrancadas luego.

Para el cristiano el apostolado es un deber absoluto, independientemente de los resultados que, a ojos humanos, podrían también conducir al máximo desaliento: «Es necesario que esto suceda.» ¿No sucedió lo mismo con el «apóstol de las gentes», Pablo de Tarso? Releamos lo que nos dice con sus propias palabras acerca de lo que le costó la predicación del Evangelio: «Cinco veces recibí de los judíos los treinta y nueve golpes; tres veces fui apaleado con las vergas; una vez fui lapidado; tres veces naufragué; he pasado un día y una noche en poder de las olas. Incontables viajes; peligro de ríos, de bandidos; peligro de mis compatriotas, de los paganos, en las ciudades, en el desierto, en el mar, por parte de falsos hermanos; cansancio y aflicción, vigilias sin cuento, hambre y sed, frecuentes ayunos, frío y desnudez.

Y, además de esto, mi prurito cotidiano, la preocupación por todas las Iglesias...» (2 Cor. 11, 24-28). Y todo esto para fundar comunidades que luego fueron casi totalmente arruinadas y sofocadas por una fe que, en nombre de Mahoma, proclamaba a Jesús superado.

Esas epístolas a los Gálatas, a los Efesios, a los Colosenses, esas acciones de gracias y elogios por su generosa y entusiasta aceptación del Evangelio de Cristo... (aunque no deben olvidarse sus misteriosas palabras

al final de su vida: «Todos aquellos de Asia... se han separado de mí», 2 Tim. 1, 15). Desde hace siglos, en aquellas tierras, varias veces al día el almuecín recuerda a los *muslim*, los «sometidos», que no hay otro Dios que Alá y que Mahoma es su profeta. El campesino turco que se arrodilla ante esa llamada, quizá ni siquiera sospecha que en esas mismas tierras alguien aceptó una vez una fe —que le horroriza porque la considera blasfema— en la que un Dios se hace hombre y muere por la salvación de los hombres.

¿Una derrota? Desde luego, así lo sería para el «mundo»; y también lo sería para el islamismo, una religión que no tiene lugar para la cruz y que desea el éxito en la tierra para demostrar la fuerza y la potencia de su Dios. La cristiandad ha acabado por aceptar que incluso los lugares de la pasión y resurrección de Jesús quedaran en manos de otros (*Deus non vult*, Dios no quiere, fue la conclusión de místicos y teólogos ante el fracaso de las cruzadas). La *Umma*, la comunidad islámica, no se resignó —ni puede hacerlo— a verse obligada a retirar sus fronteras. El lema de batalla del actual movimiento de los «Hermanos musulmanes» es doble: «Palestina y Andalucía.» Expulsar a los judíos de Jerusalén, pero también a los cristianos de Córdoba, Granada, Málaga y Cádiz, de esos lugares donde durante siete siglos la mezquita sustituyó a la cruz.

El Dios de Mahoma se manifiesta en el guerrero victorioso; el Dios de Jesús en el siervo derrotado e inútil. El Corán exige la victoria; al Evangelio le basta con el testimonio. No hay que olvidarlo, hay que meditar sobre estos enigmas para evitar que se conviertan en escándalos.

7. Islam/7

«El secreto para aburrir es contarlo todo», advertía Voltaire. El escritor francés se equivocaba en muchas cosas, pero al menos no en esto. Renunciaré, por tanto, a utilizar «todo» lo que contienen mis libretas de apuntes sobre el islam, limitándome a algunas consideraciones finales. Que, por otro lado, no lo serán, ya que habrá que volver de nuevo sobre el tema.

Hoy que no tenemos que ir a buscar a los «sarracenos» allende los mares, como en los tiempos de las cruzadas, ahora que los tenemos —y los

tendremos siempre— en casa, hemos de ser conscientes (y evitar ilusiones y parciales desilusiones) de una amarga realidad que se ha visto confirmada por mil trescientos años de historia: con el islamismo es imposible un verdadero «diálogo».

En estas últimas décadas, muchos católicos han hablado de «diálogo», siempre y en todos los casos, como si fuese un mágico *pass-partout* capaz de abrir cualquier puerta. Pase lo que pase con las otras puertas, la musulmana es impenetrable a este tipo de llave, como demuestra toda la historia que dejamos a nuestras espaldas.

La *Umma*, la comunidad musulmana, es un bloque cerrado, sobre todo porque niega toda distinción entre lo temporal y lo espiritual: el Corán y los *hadit*, las sentencias atribuidas por la tradición a Mahoma, son la base religiosa, social y política. Son incluso la fuente del derecho de sucesión, del «protocolo», del derecho electoral, de las prescripciones alimenticias y de las normas de guerra.

Los poquísimos conversos del islam al cristianismo o eran gente aislada, marginados sociales, o lo fueron posteriormente, repudiados con violencia por su pueblo. Fueron expulsados de la mezquita y de la vida misma, al estar ésta reglamentada por las prescripciones coránicas. En algunos lugares (por ejemplo, en esa Arabia Saudí que los americanos nos han pedido que defendamos con la guerra) todavía hoy está prevista la pena de muerte para quien abandone el islamismo. Pero la muerte civil es en todos lados la condena para quien deja eso que no es solamente un conjunto de creencias, dogmas y ritos, sino también un modo de vida, una visión totalitaria del mundo.

Este aspecto es bastante conocido. Pero quizá es menos conocida otra de las razones de la imposibilidad de diálogo con un musulmán. Dialogar significa enfrentarse, examinar junto al interlocutor las razones de cada uno.

En el caso cristiano-islámico sería necesario, en primer lugar, enfrentar el Evangelio y el Corán. Pero es esto lo que el musulmán se niega y se negará siempre a hacer, so pena de desmentirse, es más, de destruirse a sí mismo. El mahometano afirma venerar las Escrituras de los judíos y los cristianos, pero se niega a leerlas porque le basta el Corán. Y no solamente porque es la culminación de la Revelación, el texto que

contiene a todos los demás. No, es porque Mahoma lo ha puesto en guardia: allí donde la Torá y el Evangelio no coinciden con la Escritura islámica, es porque los judíos y cristianos han falsificado sus respectivos libros.

Los han falsificado sobre todo donde anuncian su llegada, el camellero de La Meca, el enviado escogido por Dios como «culmen de los profetas». Ya hemos mencionado la desilusión de Mahoma, que esperaba ser acogido con los brazos abiertos por las comunidades judías y cristianas, que habrían tenido que reconocerlo como el que completaba la ley de Moisés y de Jesús. Cuando en lugar del triunfo se encontró frente al rechazo, porque ni los judíos ni los cristianos encontraban referencias de él en las Escrituras, se lanzó a una polémica virulenta (que sus discípulos todavía continúan ahora), componiendo muchas suras con maldiciones hacia quienes «adulteraban los libros de Dios». Ya en la segunda sura aparece una llamada de Alá a los judíos: «Oh, hijos de Israel [...] creed en aquel que he hecho descender junto a vosotros para confirmar cuanto aparece en las Escrituras [...]. También vosotros leéis el Libro, ¿es que no comprendéis?» Y como no fue escuchado, lo vemos cambiar de talante, hasta airarse: «¡Pobres de quienes transcriban el Libro y lo alteren!»

Muchas veces nos han preguntado si Mahoma fue «sincero». O dicho de forma brutal, ¿se inventó él este Corán que afirma le dictó palabra por palabra, repitiendo el texto original, el arcángel que desde siempre está situado junto a Alá? En nuestros días existe acuerdo sobre el hecho de que, al menos al principio —cuando no podía prever adonde le llevaría su aventura y tuvo que soportar duras pruebas—, fue realmente protagonista de los fenómenos místicos de los que nada sabemos, pero que, subjetivamente, tuvo que vivir con sinceridad y con auténtico y doloroso fervor religioso.

Las cosas tal vez cambien con posterioridad, cuando alteró la revolución divina para resolver sus problemas personales, acaso no demasiado nobles (como la excepción concedida directamente por Alá, y sólo a él, de tener doce esposas —aunque parece ser que tomó al menos quince— además de un número ilimitado de concubinas). Sobre todo, se vio obligado a modificar la voz del mismo Dios para construir en su mensaje una especie de árbol genealógico que le concediese legitimidad,

insiriéndolo en el monoteísmo judeocristiano. Ahí lo tenemos asegurando que la Kaaba, el santuario pagano de La Meca, había sido construido por Abraham mismo, ayudado por Agar, la mujer esclava, y por su hijo Ismael. Ahí lo tenemos construyendo lo que Francesco Gabrieli llama «una fantástica e increíble protohistoria árabe» de la que hay ecos en todo el Corán, para intentar colarse él, el profeta aislado, en la historia precedente.

Si a los judíos les aseguró (si bien sin el menor éxito) que era del linaje de Abraham, a los cristianos intentó hacerles creer que Jesús mismo predijo su llegada. Leamos lo que dice la sura 61, versículo 6: «Recuerda cómo Jesús, hijo de María, dijo: “Oh, hijos de Israel, yo soy el apóstol de Dios enviado para confirmaros el Pentateuco que se os dio antes de mi llegada y para anunciar que vendrá tras de mí un apóstol cuyo nombre será Ahmad.”»

En efecto, el Profeta tenía dos nombres, Muhammad y Ahmad. Ambos derivan del verbo «alabar». Ahmad es un superlativo que significa «alabadísimo». Pero ¿dónde anuncia Jesús la llegada de un tal Ahmad? En el Evangelio de Juan, responde el islam, antes de que los cristianos lo manipulasen para no reconocer al apóstol árabe. .

En efecto, en Juan se lee el discurso de despedida de Jesús a los suyos: «Rogaré al Padre y él os dará otro Consolador para que permanezca con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir porque no lo ve y no lo conoce» (Jn. 14, 16 ss). Ese Consolador (que, como explican mucho mejor otros fragmentos, es el Espíritu Santo) en griego se llama *Paràkleton*, del que deriva nuestro «Paráclito». Pero, también en griego, existe una palabra de sonido semejante, *periklytòs*, que quiere decir «nobilísimo» o también «alabadísimo», en árabe *Ahmad*, el nombre de Mahoma...

¡Aquí tenemos, pues, la falsificación operada por esos pérfidos cristianos! Jesús anunciaba, llamándolo por su nombre, al profeta árabe y sus indignos discípulos adulteraron los textos para que no se supiese, ¡poniendo «consolador» en lugar de «alabadísimo»...!

La verdad objetiva es que no son los cristianos sino acaso Mahoma quien «maquilló» el Evangelio. El Profeta había entrado en contacto con el cristianismo herético, apócrifo, que circulaba entonces en la península arábiga. Analfabeto, engañado por lo que oía decir por esos presuntos

«cristianos» con los que trataba, Mahoma nos dejó en el Corán una imagen falsa de la fe en Jesús, una caricatura. Está convencido, por ejemplo, que la Trinidad la componen el Padre, el Hijo y María. Cree que la eucaristía se instituyó haciendo bajar del cielo una mesa preparada. Confunde a María, la madre de Jesús, con Miriam, hermana de Moisés. Afirma que en el lugar de Jesús se crucificó a un sosias.

El Corán es insostenible en lo que dice respecto al cristianismo. Pero, por otro lado, para los *muslim*, ese libro es infalible, perfecto, está dictado palabra por palabra desde el cielo. Así, quien se equivoca no es este texto divino: se equivocan las Escrituras judeocristianas porque han sido manipuladas. Es inútil, pues, leerlas. Es inútil, pues, el diálogo con falsarios como los judíos y los cristianos.

8. Mezquita en Milán

Uno de estos días, en el barrio milanés de Lambrate, se instalará la media luna musulmana sobre el minarete de la mezquita. El director del centro islámico, un jordano, se regocija: «Es un hecho histórico: tras mil cuatrocientos años de islam, por primera vez el signo de Alá, el verdadero Dios, y de Mahoma, el verdadero profeta, se alza hacia el cielo de la Italia del norte, de Italia entera.» También se muestran complacidos muchos católicos, incluidos muchos sacerdotes. Por otro lado, desde hace tiempo, tanto en Francia como en otros lugares, entre los pocos practicantes católicos sobrevivientes, las colectas de la misa se recogen con el fin de ayudar a los musulmanes inmigrados a construir sus mezquitas. Me aventuraré a hacer algunas modestas observaciones, se sobreentiende que bajo mi propio riesgo y sin ninguna pretensión de estar en posesión de la verdad. Además del sacrificio psicológico personal sé perfectamente cuán gratificante resulta lo moderno y bondadoso que hace sentir un ecumenismo que, ignorando la historia y el presente, se vuelve irenista, echándose los fardos a la espalda, con una mansa bonhomía que no quiere ser molestada con el eco de «viejas disputas».

Sin embargo, me parece que, mientras se alza la primera media luna de la historia ambrosiana junto a la Virgencita del Duomo, la verdad y la justicia imponen que a la desconcertante complacencia «cristiana» se una la conciencia de la tragedia de muchos hermanos bautizados en tantos

países de mayoría musulmana. Éstos sufren discriminaciones feroces, prohibiciones para practicar, incluso en privado, su fe (con frecuencia con el riesgo de la pena capital); represión de la libertad de expresión (prohibición rigurosa incluso de solamente referirse al Evangelio); prisión y muerte civil para los eventuales conversos a la fe de Cristo; masacres populares nada excepcionales, toleradas cuando no instigadas por algunas autoridades. Desde el Líbano a la Arabia Saudí, desde Sudán a Libia, desde Asia a África, ésta es la realidad actual de muchos de nuestros hermanos en tierras islámicas.

Una realidad por la cual (no pudiendo ser instrumentalizada políticamente) nadie organiza manchas, cortejos o huelgas de hambre. Es un buen dato que los cristianos luchen contra el *apartheid* en Suráfrica, pero no deberíamos olvidar el aún más feroz *apartheid* que estrangula a los creyentes en Cristo allí donde el islam impide (como en la Arabia del «liberal» rey Fahd) la apertura de una simple capilla. Es estupendo que los cristianos ayuden a mantener viva la memoria del genocidio judío, pero ¿quién recuerda el *tercer* genocidio de la historia moderna (el *primero* fue el exterminio de los indios de Norteamérica por obra de los protestantes anglosajones que, creyéndose el nuevo «pueblo elegido», consideraban a los indígenas despreciables «hijos de Cam», insectos a los que aplastar; el *segundo* fue la masacre sistemática del pueblo católico de la Vendée por obra de los jacobinos de la Revolución francesa), aquel espanto ocurrido en las primeras décadas de nuestro siglo por parte de los turcos musulmanes contra los cristianos armenios? Una «solución final» con millones de muertos que, unos cuarenta años después, inspiró a Hitler su propio genocidio.

Molestos ante tales recuerdos, en la actualidad muchos se remitirían con gusto a la filosofía de una cancioncilla napolitana: «Quien tuvo tuvo, quien ha dado ha dado, *olvidemos el pasado.*» Podría dar resultado, pese a que otro napolitano, Croce, gustaba de refunfuñar: «El que desea olvidar la historia está condenado a repetirla.» Pero, por desgracia, en este caso no se trata solamente de olvidar el pasado sino de remover el presente, de abandonar a unos hermanos al olvido, a un destino de humillación y, en muchas ocasiones, de muerte.

Hablemos claro: ser cristianos significa rechazar la semítica (y también musulmana) ley del taitón, rechazar la lógica del «ojo por ojo». ¡Sólo faltaría que abandonásemos el diálogo, la tolerancia, el reconocimiento de valores del Corán, la acogida fraterna, por una especie de represalia! Además de la oposición con la severa advertencia evangélica de «dar bien por mal», semejantes «venganzas» serían impracticables. Y ello precisamente por la liberadora distinción marcada por Cristo (primero y único, también aquí, en toda la historia religiosa de la humanidad) entre lo que es de Dios y lo que es del César. Es una distinción ignorada en el Corán, el cual sólo puede dar lugar a estados teocráticos; pero también ignorada por el judaísmo ortodoxo (David Flusser me lo confirmó con palabras bien claras en Jerusalén); y también olvidada por los protestantes y una cierta ortodoxia oriental que, con sus «Iglesias de Estado» e «Iglesias nacionales», confundieron las cosas de Dios con las del César.

Es esta distinción la que, volviendo a los actuales estados laicos, aleja cualquier veleidad si un afán absurdo moviera a los católicos a pagar con la misma moneda. Pero, dado que la lógica evangélica es la del *et-et* (*illa facere et allia non omitiere*), el diálogo y el amor fraternos pueden y deben convivir con la conciencia de que no nos está permitido trastocarlo todo, poniéndonos en el lugar de quien tan duramente paga la fe en el Evangelio. Tampoco nos es lícito olvidar a nadie, mientras tantos cristianos consideran hoy día impresentables unas palabras que, sin embargo, son fundamentales para el cristianismo: «apostolado», «misión», «conversión». A pesar de este clima, ¿nos está permitido olvidar que, desde los primeros discípulos de Francisco de Asís a Charles de Foucauld, pasando por millares de mártires, una innumerable multitud de cristianos ha dado su vida precisamente tratando de convertir a alguien del Corán al Evangelio? ¿Y qué les decimos, nosotros que hoy hacemos colectas para que se erijan mezquitas, qué les decimos a los misioneros que todavía padecen y peligran en tierras islámicas? ¿Qué hacen todavía allí, si la mera propuesta de anunciar el Evangelio a los musulmanes que actualmente se cuentan en nuestras ciudades por centenares de millar, suscitaría sorpresa cuando no desdén por «el intolerable proselitismo»? ¿Todavía debemos «recorrer mar y tierra para hacer un sólo prosélito» (Mt. 23, 15), dado que consideramos absurdo hablarles de Cristo cuando se encuentran entre nosotros?

Ya sé que son preguntas desagradables, propias de un aguafiestas. ¿Pero podemos rechazar el planteárnoslas?

9. Musulmanes

Hay una gran fiesta entre las decenas de miles de musulmanes de Milán por el fin del Ramadán. Entre la multitud de africanos y asiáticos que llenan el palacio de deportes se encuentran algunos centenares de italianos convertidos a Mahoma. Sólo son la vanguardia de los muchos que los seguirán, como ya ha ocurrido en Francia, donde el colapso de la Iglesia católica ha permitido el trasvase de una creciente masa de europeos, tanto a las sectas y a los nuevos cultos como al Corán.

Tuve una experiencia personal, tanto de la cantidad como de la «calidad», de este imponente fenómeno del que se habla poco. Cierta año, durante la Feria del Libro de Frankfurt (que es el mercado mundial para la venta y adquisición de los derechos de autor), un gran editor parisino, representante de una casa de antigua tradición «católica», adquirió la exclusiva de la traducción francesa de un libro mío recién publicado.

Al cabo de cierto tiempo, el editor comunicó su renuncia a los derechos de traducción, que de este modo pasaron a otra editorial.

En efecto, el director editorial, un exponente de la *intelligentsia* católica francesa, se había convertido recientemente al islamismo y, con fervor de neófito, consideraba insuficientes y poco satisfactorias las menciones, si bien respetuosas, que reservaba en mis páginas a los musulmanes. Ahí había un libro, el mío, para poner en el índice coránico...

Así pues, como ocurriera en los tiempos de las invasiones sarracenas y turcas, Europa es la nueva frontera del islam. Éste, que no ha renunciado al espíritu misionero de su fe, halla aquí párrocos que abren sus iglesias de par en par para que, al menos los viernes, puedan ser utilizadas como mezquitas. Lo que está sucediendo, como advierten los observadores más realistas, no es una *inmigración* (fenómeno, pues, limitado y controlable) sino una verdadera y total *migración*, es decir, el traslado de pueblos enteros que llevan consigo sus propias tradiciones, empezando por las religiosas, de las que no quieren abdicar en modo alguno.

Los magrebíes de Marsella o París, los paquistaníes de Londres, los turcos de Berlín, no saben qué hacer con las típicas «buenas almas» de los progresistas locales que exhortan a una «integración pacífica», a la creación de una «sociedad fraternal multiétnica y multicultural». Por el contrario, se encierran en los barrios que van ocupando poco a poco y donde recrean una sociedad islámica cerrada y desconfiada hacia el exterior.

Hay un cierto provincialismo optimista a la italiana (que también cuenta con católicos), que avista para nuestro futuro una cultura de lazos amigables y de recíproco enriquecimiento, también religioso, a partir del intercambio, que debería sacar la nariz fuera de nuestras fronteras y meterla en aquellos países europeos donde la emigración no es un hecho reciente como en nuestro caso, sino un fenómeno que cuenta décadas. En éstos no ha provocado esa sociedad solidaria y multiétnica prevista por los utópicos, sino dos sociedades paralelas y a menudo hostiles entre sí, y esta tendencia parece que tiende a consolidarse. Una, la musulmana, gira en torno a valores religiosos bastante caducos donde el Corán es más que nunca la norma de vida en la esfera personal y, tanto como sea posible, en la social. Mientras que la otra, la que fuera cristiana, a menudo sólo conserva del Evangelio y su significado pasado y presente un confuso recuerdo, y halla su identificación en los nuevos ídolos del consumismo o, en el mejor de los casos, en un humanismo que lo acepta todo y deja espacio, mientras dure, a todo lo que surge.

Es, pues, comprensible y casi inevitable que quien todavía se siente atormentado por la sed de Dios, por la búsqueda religiosa, suela acabar llamando a la puerta de la ciudadela islámica importada a Occidente.

Entre la multitud de franceses que han dado ese gran paso se halla, como es bien conocido, Roger Garaudy, curioso personaje éste, que (respetando, como es obvio, el misterio impenetrable de la conciencia) parece afligido por la típica inestabilidad y desconfianza que marca a los intelectuales: siempre intentando saber por dónde sopla el viento, para embarcarse en aquello que parezca más actual y asegure mayor cota de «protagonismo». Pero, justo por esta causa, el ejemplo Garaudy (que primero fue ideólogo del marxismo y luego pareció convertirse al cristianismo) merece una reflexión: su paso al Corán al menos confirma

que el islam puede ser considerado por aquellos que husmean los «signos de los tiempos», el «futuro» del propio Occidente, como abiertamente declara este ex marxista y luego ex cristiano. No por casualidad, uno de los libros apologéticos de su nueva fe (como buen converso, Garaudy pretende convertirnos también a nosotros, con la misma intransigencia con la que otrora quería conducimos al marxismo o a ese cristianismo «humanista» suyo), una de sus obras, decía, se llama *L'islam habite notre avenir (El islam habita nuestro porvenir)*.

En otro libro reciente, también con un título revelador: *Promesses de l'islam (Promesas del islam)*, Garaudy llega a lamentarse de que en el año 732 los francos de Carlos Martel hubieran cerrado el paso en el campo de batalla de Poitiers a los árabes que, desde España, intentaban la invasión de la Galia y, desde allí, de todo el Occidente. En su opinión, los «bárbaros» estaban en la parte cristiana.

Garaudy predica a los creyentes en el Evangelio que se muestran más recalcitrantes a la hora de reconocer a Mahoma como el verdadero y último profeta, que al menos muestren una apertura lo más amplia posible a las «verdades» del Corán. Pero es significativa la forma en que concluye su libro: «Esta llamada no implica ningún confucionismo o eclecticismo religioso. No hay nada peor para establecer un diálogo recíprocamente fecundo que el sueño malsano de algunas diplomacias eclesiásticas de Occidente y de Oriente: fundir todas las religiones en un solo credo. No se trata de enmascarar, o bien de negar las diferencias, que son numerosas y profundas, entre el islamismo y el cristianismo.»

Resulta, pues, interesante conocer cuáles son, para él, estas «diferencias» insoslayables que bloquean la utopía —también cultivada en el ámbito católico— de un *embrassons-nous* general apoyado en un eslogan del tipo «en el fondo todos creemos en el mismo Dios», «seamos todos hermanos en Abraham», «unámonos en los valores comunes»; et similia.

Garaudy, como neomusulmán europeo buen conocedor de la tradición cristiana enumera como sigue (citamos textualmente) las divergencias de fondo:

«1) El islam rechaza la Cruz. Para un cristiano, ésta constituye una revolución de la idea de Dios que, torturado, deja de verse según la imagen

de un monarca. Pero para un musulmán, éste es el grado mayor de blasfemia.

»2) El islam rechaza la Encarnación: en su afirmación de la trascendencia divina más intransigente (*Allah Akbar*, Dios es siempre más grande de lo que nosotros podamos pensar) no puede aceptarse que se hable de un “Hijo de Dios” y aún menos de una “Madre de Dios” (por más que el Corán proclame la virginidad de María).

»3) El islam rechaza la Trinidad. Aunque es cierto que las formulaciones heréticas de este dogma cristiano podrían explicar el rechazo musulmán, más allá de estas fórmulas todavía se mantienen diferencias de fondo: en el islam el amor no tiene el mismo lugar y el mismo sentido que en el cristianismo. En el Corán, el amor no es un “nombre” divino (como por ejemplo la misericordia, que es el primero de los atributos de Dios). Ésta es la razón de que el único Dios del musulmán no sea, como ocurre con los cristianos, una “comunidad” que guarda dentro de Sí “al otro” como a otro Sí mismo.»

A pesar del entusiasmo un poco grotesco de Garaudy por esta fe del desierto, nos parece necesario reflexionar seriamente sobre lo que para él es la mayor lección que los cristianos actuales pueden extraer del islamismo y cuyo centro, citando sus palabras, es el *tawhid*, esa unicidad de Dios en cuyo nombre se ha rechazado toda idolatría, que, para un musulmán, es el primero y último de los pecados. «Sólo Dios es divino»: esta afirmación fundamental de la profesión de fe islámica elimina los fetichismos que pululan en nuestra sociedad: el fetiche del crecimiento y del progreso, el fetiche de la ciencia y la técnica, el fetiche del individualismo y del nacionalismo, el fetiche de las ideologías políticas. Fetiches que cuentan todos ellos con sus propios tabús, sus símbolos «sagrados», sus liturgias. No, recuerda el islam: «Sólo Dios es divino, *Allah Akbar*.»

Quizá de verdad haya que meditar, dado que la gente del Occidente poscristiano no ha abandonado al Dios de Cristo para pasarse al ateísmo sino para regresar al politeísmo pagano, a las supersticiones, a los atributos que en otro tiempo poseyera Dios, y que hoy se reconocen en los nuevos ídolos y fetiches de una presunta cultura «secular» y «laica».

10. Infieles

En un momento en que el Occidente que un día fuera «cristiano» derrocha dinero y sangre para permitir el regreso a Kuwait City del emir local (con sus setenta esposas, sesenta millardos en dólares de patrimonio personal, puestos a buen recaudo en bancos europeos y americanos), y mientras se sigue combatiendo para defender la feroz teocracia islámica de la Arabia Saudí, aparecen noticias significativas que, sin embargo, no superan la autocensura de los medios de comunicación. Por ejemplo, la noticia que, al parecer, sólo ha sido publicada por *Le Monde* de París.

En los tablones de los comunicados internos de las oficinas públicas y de las empresas de Arabia en las que también trabajan cristianos «infieles», se ha colgado en los días navideños una circular del gobierno saudita (que según la perspectiva musulmana de identificación entre fe y política, entre Dios y el César, posee plena responsabilidad también sobre asuntos religiosos). La circular calca el modelo que ya conocía el Santo Oficio romano: primero, las preguntas, y luego, las secas y terminantes respuestas.

Éstas son las preguntas: «¿Es lícito según el islam felicitar con motivo de la Navidad y del año nuevo a los cristianos que trabajan entre nosotros? ¿Permite el islam asistir a sus fiestas si nos invitan? ¿Cometería pecado el musulmán que aceptase semejante invitación, sea por cortesía, por respeto humano o por obligación social?»

Éstas son las respuestas de los funcionarios político-religiosos saudíes, dotados de particular autoridad y prestigio como custodios de los lugares santos musulmanes: «No está permitido felicitar a los infieles con ocasión de la Navidad ni durante cualquier otra de sus celebraciones religiosas porque ello sería un modo de aceptar sus prácticas. No está permitido acudir a sus fiestas religiosas porque ello desagrade a Alá. No está permitido intercambiar felicitaciones con motivo de sus fiestas aunque ellos nos feliciten por las nuestras, porque el islam ha superado y anulado a las demás religiones. Si un cristiano nos ofreciera sus felicitaciones no debemos responder.»

La inobservancia de semejantes disposiciones por parte de los ciudadanos saudíes no sólo es un «pecado» sino también un «delito» punible con severas medidas. Unas medidas nada teóricas, en un país

donde mucha gente va por el mundo con un muñón en el lugar de la mano derecha. Y donde otros van con dos muñones en el lugar de las dos manos porque han reconocido ser reincidentes en el acto de robar. Y donde muchos no caminan por ningún sitio porque yacen bajo tierra tras la conveniente ejecución (horca, alfanje, lapidación) tras ser descubiertos bebiendo alcohol, hojeando una revista atrevida o cortejando a la mujer de otro.

Quizá estas noticias pueden explicar el escaso entusiasmo que suscita la guerra en defensa de los kuwaitíes o saudíes en muchos ambientes cristianos. Los mismos que se apresuran a felicitar a los musulmanes de su propia tierra por el inicio del Ramadán. Y que ignoran que desagradan a los «verdaderos fieles», quienes caerían en grave pecado si aceptaran dichas felicitaciones.

I. EL DESAFÍO DE LOS NUEVOS PAGANOS: EL ECOLOGISMO

1. Medio ambiente/1

Los recientes desastres ecológicos nos han confirmado por enésima vez que nos esperan años todavía peores. Además, cada uno en su vida cotidiana puede constatar de qué manera ha quedado reducido ese «bien finito y no renovable» que es el medio ambiente.

Dado que uno de los deberes principales del creyente es saber mirar a la cara a la realidad, estaría bien intentar aclarar cómo están verdaderamente las cosas. Al cabo de treinta años de discursos ecológicos, al igual que de importantes inversiones y leyes severas, hoy sabemos con dramática certidumbre que la vía de salvación no está en el aumento de las depuradoras, de los contenedores para residuos o en las advertencias desde los medios de comunicación. Aunque haya poca gente que quiera admitirlo, hoy día sabemos que el remedio no reside en un *ajuste* sino en un *vuelco* en la forma «moderna» de mirar a la vida y al mundo.

Pero se trata de un vuelco que nadie quiere llevar a cabo, que, peor aún, nadie *puede* realizar sin que se produzcan consecuencias sociales y económicas insoportables. Para dar un solo ejemplo de entre los más significativos: si basta la clausura parcial del centro histórico a los automóviles para hacer caer un consejo municipal, ¿cuántas barricadas se levantarían si un obligatorio *Diktat* sancionase que no está en modo alguno entre los «derechos del hombre» el ir siempre y a cualquier sitio en un medio motorizado individual? La locura del objetivo perseguido durante ochenta años, y que ya se ha alcanzado en Occidente (una persona, un coche), es sin la menor duda uno de los factores de intoxicación más importantes. No sólo de modo directo (las emanaciones venenosas, el ruido), sino también de forma indirecta: para llenar esos insaciables depósitos se bombean los dos tercios del petróleo, con todo lo que esto conlleva.

También con el fin de servir a Su Majestad el Coche, desde hace décadas y a un ritmo cada vez más acelerado se abaten prados y bosques, se destruyen paisajes y se cercan ciudades artísticas para extender por todas partes una capa de cemento y asfalto que nunca resulta suficiente (en Italia, en tan sólo veinticinco años se ha destruido de este modo una décima parte del territorio). Pero el coche también ha contaminado la cabeza y el corazón del hombre, que plasma sobre esas planchas metálicas sus sueños de libertad, de felicidad e incluso los sentimientos frustrados. Sin olvidar que ha planteado sobre esos motores toda su organización social y económica y la base de su trabajo, ¿Quién podría quitarle (o si acaso racionarle) este juguete que también es el medio ya indispensable para ganarse el pan?

A menos que caigamos en un ecologismo irreal, ideológico y, por lo tanto, impotente, ¿qué sucedería con la economía mundial en caso de que se limitara drásticamente la producción y utilización de un producto como el automovilístico, cuyas derivaciones implican directa o indirectamente a la mayoría de los trabajadores? Quizá cielos más limpios, pero, quizá, cielos para contemplar con el estómago vacío. ¿Y quién podrá quitarles a las mujeres los mortíferos detergentes o limitarles el uso de electrodomésticos? ¿Quién les quitará a los agricultores los mil y un diabólicos productos químicos que permiten alcanzar cosechas antes impensables, si bien tóxicas? ¿Quién, y con qué criterio, podría establecer el *numerus clausus* para llegarnos a una playa, una montaña, para visitar un museo o para viajar en avión, ahora que hasta las vías celestes se muestran finitas?

Además (y en primer lugar), ¿quién podrá impedir al denominado Tercer Mundo que continúe caminando hacia el desastre de un «desarrollo» —el único, por otro lado, conocido por el Occidente secularizado— que nos está ahogando a nosotros? Sólo la ingenuidad de algún que otro utópico (por desgracia no faltan ejemplares entre los católicos) puede pensar que los buenos negritos, los juiciosos asiáticos o los humildes indios se ayudarán entre sí a alcanzar un modesto y digno nivel de vida y permanecerán tranquilos y satisfechos en sus ecológicas casitas de Blancanieves, apuntándose en masa al WWF. El corazón del hombre, de todos los hombres, es una insaciable fábrica de deseos. El consumismo, el derroche —tan pronto como es posible— son la norma; la

renuncia y el ascetismo, una excepción atípica. Cuando íbamos a pie soñábamos con la bicicleta; cuando la tuvimos, con el ciclomotor y luego con la moto; después con un coche y luego con dos y tres, cada vez más potentes, por familia. Y ahora queremos el helicóptero, el avión personal.

¿Hay alguien tan racista que crea que el malgache, el zulú, el boliviano o el cingalés son tan diferentes de nosotros? En estos tiempos, los casi trescientos millones de habitantes de la antigua Unión Soviética se hacen oír tras apenas vislumbrar las posibilidades de aspirar al modo de vida occidental. Tienen todo el afán que cabe en setenta años de deseos reprimidos. Pero la realización de algunos deseos tiene un coste, tal vez el de la muerte ecológica. Si ya no podemos más, ahora que sólo un cuarto, o incluso menos, de la humanidad vive, consume y viaja a nuestro nivel, ¿qué ocurriría si a la mesa de nuestros desperdicios se sentara el otro setenta y cinco por cien? Y sin embargo, ¿con qué derecho se podría intentar detenerlos?

La verdad es que hemos abierto una jaula en la que creíamos encontrar unos simpáticos y bondadosos cachorros y en cambio hemos despertado perros feroces que nadie sabe (ni puede) volver a encerrar. O, si se quiere, el tigre sobre el que cabalgamos se llama «progreso» (un cierto tipo de «progreso») y nadie puede apearse de su lomo. ¿Servirán para amansar a la fiera al galope, y que nos llevará donde es fácil imaginar, los pronósticos de los políticos, los consejos de los moralistas o los sermones de los verdes?

Precisamente un líder de los defensores del medio ambiente fue golpeado con dureza por los obreros cuya fábrica (causante de un alto grado de contaminación) había hecho clausurar. En los lugares donde, como en el caso de Milán, los ecologistas han entrado a formar parte de la mayoría, ni siquiera han conseguido filtrar a los mosquitos, mientras se colaban todos los moscones. Las razones de la política, pues los electores no soportan a los aguafiestas, y las de la economía, para la cual resulta vital el crecimiento continuo de la producción y el consumo, desbarajustan las veleidades de los bienintencionados.

¿No hay nada que hacer, entonces? Por supuesto, el discurso continuará.

2. Medio ambiente/2

Volvemos al discurso «ecológico» intentando encuadrarlo al margen de los consabidos escamoteos reconfortantes. Tal como intentábamos explicar, la experiencia y el sentido común nos enseñan que cabe una esperanza de salvación a partir de un giro en la manera «moderna» de mirar a la Tierra y al hombre y no mediante un simple ajuste. Todo el mundo sabe que la esencia de esa «manera moderna» era la idea del «progreso» científico y tecnológico, considerado bueno de por sí, sin importar adonde nos condujese. En cierto momento, pero sólo hacia finales de la década de los sesenta, hubo que admitir que ese «progreso» también tiene una cara oscura, y que si las cosas seguían el mismo curso en Occidente (y si empezara a ir del mismo modo, como ya lo ha hecho, también en el Tercer Mundo), el planeta no podría soportar dicho peso.

Pero el problema es que una vez que se ha abierto la caja de Pandora, nadie puede volver a cerrarla. Nadie parece capaz de obligar a los países ricos a serlo menos, nadie parece capaz de detener a los países pobres en su carrera por una vía que nosotros mismos les hemos enseñado. Quienes conocen El Cairo, Lagos, Ciudad de México, Calcuta, y tantos otros lugares semejantes, llegan contando el infernal cóctel creado por la mezcla de subdesarrollo y mimetismo de los peores modelos de vida de los países denominados «avanzados».

Pero, a diferencia de lo que desearía un neologismo lunático (para el que lo que sobra en el mundo es el género humano, considerado como el único «animal nocivo») no es el hombre como tal el que destruye el medio ambiente, sino el hombre al que se le ha enseñado que el «progreso» (visto como un continuo aumento de bienes, de consumo, de placeres y de deseos que satisfacer) es algo sacrosanto, y al que le repiten que «no hay vuelta atrás».

Quede claro en estas líneas que la contaminación, la destrucción de los recursos medioambientales no son solamente tal como quisieran algunos demagogos verdirrojos el resultado del retorcido cálculo especulador de algún industrial unido a la complicidad de castas políticas corrompidas. Éstos van a lo suyo y si prosperan es porque nosotros lo queremos, porque es la demanda, nuestra insaciable demanda, la que crea la oferta. Somos nosotros quienes exigimos bienes, baratos y en cantidades

crecientes, y aparecemos dispuestos seguidamente a indignarnos ante las consecuencias que sufre la naturaleza.

El típico esquema maniqueo ha convencido a la gente (que, en realidad, no esperaba otra cosa) de que a un lado se encontraban unos pocos «malvados» a los que hay que neutralizar, y al otro lado, muchos «buenos», es decir, el pobre pueblo inocente, intoxicado por los capitalistas con sombrero de copa y puro y por politicuchos sin escrúpulos. En realidad, si es cierto que el mundo se está muriendo es porque todos somos asesinos o, al menos, cómplices. El que disfruta de las llamadas «comodidades» está dispuesto a la revolución con tal de no renunciar a ninguna de ellas; el que no las tiene también está dispuesto a empuñar las armas con tal de procurárselas.

También aquí el realismo del cristianismo muestra su verdad: no hay nadie completamente inocente, cada uno tiene su parte de pecado.

De todas maneras, ha sido el mismo drama ecológico el que ha llevado a la cultura que se consideraba «de vanguardia» a cambiar sus perspectivas. El derrumbamiento del mito del progreso ha llevado la crisis a la modernidad. Así, justamente la cultura considerada «progresista» por excelencia, la denominada «de izquierdas», ha acabado rechazando el marxismo y los «principios inmortales» del jacobinismo burgués: el rojo (o el rosa) se han diluido en el verde. Este verde (no lo olvidemos, tal como hacen muchos piadosamente) no es de hecho una variante del rojo, sino su perfecto contrario.

Como dice, embargado por el estupor, ese buen hombre que es el alcalde socialista de Milán y que ha incluido a los ecologistas en el pleno: «Antes, la izquierda protestaba porque no se hacía nada. Ahora, los mismos protestan porque se actúa.» En electo, lo poco que hoy día se consigue decidir entre los cenagales burocráticos y políticos es bloqueado invariablemente por aquellos que en esta lucha contra lo *nuevo* emplean la misma intransigencia «religiosa» que usaban en la lucha *por* lo nuevo.

Así ocurre que hoy día son los denominados «conservadores» quienes quieren la acción, el cambio. Mientras entre los hasta ayer «progresistas» sólo hay una palabra de orden: ¡todos quietos!, ¡bloquear!, ¡restaurar al máximo!, ¡no construir ni proyectar nada ex novo! A partir de ahora es desde la «derecha» desde donde se grita «¡adelante!» y desde la

«izquierda» «¡atrás!» Quienes antes soñaban con el hombre nuevo, tecnológico y liberado de las «esclavitudes premodernas» ahora tienen como ideal al pastor de cabras, si no es al hombre de las cavernas. Quien antes fantaseaba con la fábrica como «nuevo templo de la humanidad» ahora sueña con los tiempos en los que «los molinos eran blancos». Quien vivía de la utopía del Sol del Porvenir (el *Manifiesto* de Marx y Engels es un himno al dinamismo burgués que ha cambiado la faz del mundo, y cuya fuerza se desea acelerar más que frenar, dándola como herencia a la clase trabajadora), ahora idolatra cualquier huella del pasado y está dispuesto a bloquear cualquier cosa —aunque sea una escuela, un hospital o un acueducto— para salvar una chabola, un trozo de pared vieja, una mata de robinias, un seto o un trozo de maleza.

Hemos estudiado textos escolares que, para mostrar los ridículos extremos alcanzados por el oscurantismo clerical, ironizaban sobre los presuntos obstáculos presentados por el Estado Pontificio a la construcción de vías ferroviarias. Pero las vías ferroviarias de hoy son las autopistas, y aquí tenemos a los hijos y nietos de la misma cultura que se mofaba de esos reaccionarios de Gregorio XVI y Pío IX (que, por otro lado, nada tenían contra los trenes...), calificando precisamente las autopistas como el principal enemigo.

El punto culminante del «progreso» es la energía atómica. Frente a este símbolo de la modernidad se invierten los papeles. La «Democracia proletaria» y los radicales (herederos, según ellos, de la izquierda jacobina) se muestran ferozmente contrarios a la misma. Mientras tanto, ahí está un Indro Montanelli, considerado *maître à penser* de los conservadores, que vocifera contra «la vía del subdesarrollo que desea la *ideología reaccionaria y antimoderna* del ecologismo». ¡Como ejemplo de cambio de barajas no está mal!

¿Qué conclusión se puede extraer? Muchas. Por ejemplo, que aun siendo conscientes de la gravedad de los problemas ecológicos, estaríamos frescos si siguiésemos el ejemplo de quienes (adviértase que, como de costumbre, sin el menor rastro de autocrítica) hoy arman ruido reivindicando exactamente lo contrario que en el reciente pasado. Que los modelos que han aterrorizado a tantos católicos, temerosos de ser «situados fuera de la historia» (derecha/izquierda; conservadores/progresistas), revelan una

vez más su rostro abusivo. Que tras haberse reído con desprecio (puede que incluso en el seno de la Iglesia) de lo que llamaban el «pauperismo», el «espíritu de renuncia», el ascetismo del cristianismo «a la vieja usanza», ahora, aun sin confesarlo, descubren cuánta sabiduría humana contenía.

Y después de que tanto compromiso verde por parte de tantos ex rojos sólo haya demostrado hasta ahora saber poner trabas a lo ya existente, empeorando por consiguiente el sistema, que al estar paralizado se gangrena, sin saber proponer una alternativa realista. Como ha demostrado la historia, las propuestas de ayer eran utopías impracticables, al igual que las que nos presentan en la actualidad.

Encontramos la acostumbrada y misteriosa verdad en las palabras del Evangelio; también aquellas que desde hace dos siglos más escandalizaban la sabiduría del mundo apasionado por el «desarrollo» entendido solamente en sentido material. Aquellas palabras que, por ejemplo, dicen «felicis los pobres» y, pese a cualquier apariencia, «desventurados los ricos». Y aún más, el Evangelio también tiene razón cuando centra el origen de todo mal en el corazón del ser humano. El drama del mundo devastado y contaminado tiene su principio, como cualquier otro, en el pecado de todos y cada uno de los hombres. Pero, para derrotar al pecado, ciertamente no bastan las leyes, multas, cortejos y cursos escolares. En este caso, la salvación llega con la conversión, del saber «tener menos» para «ser más». Pero una conversión de este tipo está más allá de las posibilidades humanas; como también lo está del militante ecologista con la mayor buena fe del mundo, pero que ignora su necesidad de redención, la imposibilidad de salvarse él solo.

3. Ecologismos

También yo vivo dentro de esa nube mefítica llamada Milán, que en estos días ha ocupado la primera plana de los periódicos y telediarios a causa de su venenosa atmósfera.

Yo también respiro, pues, este tóxico cóctel. Pero, a diferencia de algunos de mis colegas, no me siento capaz de ir a provocar a ciudadanos ilustres o anónimos con encuestas para que, como de costumbre, clamen contra «las autoridades» denunciando los habituales «retrasos le-

gislativos», las «reformas ausentes» y la «inercia administrativa». Existen, por supuesto, pero detenerse únicamente en este aspecto parece muy hipócrita.

En efecto, todos nosotros, algunos más que otros, vivimos desde hace décadas por encima de toda posibilidad de resistencia del medio ambiente. La contaminación creciente es la consecuencia lógica de una perspectiva ideal y de un comportamiento concreto que nos implica a todos. Los mismos que con tono de vírgenes violadas claman contra las malvadas «autoridades» que «no hacen lo suficiente por el medio ambiente» gritarían más fuerte si esas mismas «autoridades» (en el caso de que tuvieran la lucidez, el coraje y la fuerza) hicieran mención de quitarles, o tal vez sólo limitarles, algunas de las «comodidades» que forman parte integrante de la visión «moderna» de la vida, a las que nadie quiere o puede renunciar. Todo el mundo pretende «degustar» una naturaleza intacta, pero conservando al mismo tiempo el automóvil, utilizándolo siempre y en cualquier lugar a placer; utilizando cualquier tipo de electrodomésticos y «antojos» tecnológicos; disfrutando de otros presuntos «derechos», como segundas residencias de mar y montaña, vacaciones donde y como resulte más agradable, casas bien caldeadas y refrigeradas todos los días y las noches de todas las estaciones del año; y cosas por el estilo.

Todos estamos dispuestos a protestar demagógicamente contra los estropicios de la «modernidad», pero pocos lo están para ir hasta el fondo y reconocer que estos estropicios son el resultado lógico de esa misma «modernidad». La gran mayoría de esos ecologistas que pegan en los cristales de sus coches —los cuales, como es notorio, funcionan con energía solar o con agua...— adhesivos con consignas del tipo: «¿Energía nuclear? No, gracias» y realizan encuentros en salas bien caldeadas o bien refrigeradas, piden lo que por definición es imposible: la naturaleza respetada e intacta del mundo premoderno sin renunciar al mundo moderno.

Un observador atento, Enrico Nistri, ha escrito recientemente en *Studi Cattolici*: «Radicales verbalmente, los defensores profesionales del medio ambiente no suelen tener el valor de serlo en serio, yendo a las raíces. Muy pocos de entre ellos tienen la coherencia de admitir que el

derroche de energía, y la consiguiente degradación del planeta Tierra, no son producto de un retorcido complot capitalista (por más que muchos capitalistas tengan sin duda su parte de responsabilidad en el tema), sino que constituyen el resultado de fenómenos generalizados en el mundo moderno, como la democratización del bienestar que, inevitablemente, es también una democratización del derroche, con la extensión del consumo superfluo (y contaminante) a crecientes masas de población.»

El mismo autor continúa diciendo: «Sería demasiado duro para muchos ecologistas reconocer que el corolario inevitable de la condena a la revolución industrial tendría que ser el rechazo de otra revolución: la Revolución francesa, entendida como el fin de la sociedad y la cultura tradicionales que dio inicio a la visión moderna del ser humano, de la vida, de la sociedad y del mundo. Siendo de extracción “progresista”, los ecologistas no pueden admitir que para conservar la naturaleza haya que ser “conservadores”. Los hijos predilectos de la modernidad, de la que también advierten confusamente los peligros y contradicciones, encuentran dificultades insuperables para reconocer que la degradación del medio ambiente suele ser solamente el reflejo de una degradación humana más vasta y profunda, cuyos orígenes coinciden con los del mundo moderno; que en el “reino de la cantidad” no hay lugar para la calidad de vida; que la contaminación del medio ambiente suele ser consecuencia de una contaminación de las conciencias mucho más funesta; y que un hilo rojo francamente evidente une el racionalismo cartesiano con la fatal ecuación de Einstein.»

Hemos de procurar siempre que no se confundan «ecología» y «ecologismo». La ecología es una ciencia conocida, si bien con otro nombre, desde tiempos remotos. De todos modos, con la actual definición y los métodos científicos modernos ya se enseñaba en las facultades de técnica agraria desde principios de este siglo. El ecologismo, en cambio, es una ideología, tal vez con buenas intenciones, pero afligida por todos los riesgos, deformaciones, contradicciones y esclavitudes a la manera de los demás «ismos» que han caracterizado el mundo moderno, volviéndose los magníficos proyectos teóricos siempre del revés, con los peores resultados, cuando se los lleva a la práctica.

Hablábamos de contradicciones. Para escoger un ejemplo concreto entre los muchos a mano (un ejemplo que también deriva de la contradicción inicial antes citada: querer defender el medio ambiente de los estropicios de la modernidad sin cuestionar esta última), pensemos en los estrechos lazos existentes entre el ecologismo y otra ideología contemporánea, el feminismo. Desde los inicios ha existido una relación, a menudo una identificación, entre ambos «ismos». Pero se ignoraba o silenciaba que entre las causas más importantes del problema ecológico puede encontrarse precisamente el que es el objetivo principal del feminismo: el arrancar a la mujer de lo que llaman «la esclavitud doméstica», empujarla fuera de casa a competir con los hombres en el mercado del poder, del prestigio y del dinero. Aquí no se discute este propósito, sólo se apuntan sus elevadísimos e inevitables costes, no sólo humanos sino también ecológicos. La amarga sátira contra la mujer a la que la retórica burguesa decimonónica veía como el «ángel del hogar» no puede olvidar que esos «ángeles», reales o imaginarios, se encontraban entre los defensores más evidentes y puede que inconscientes del medio ambiente.

La renuncia de la mujer al papel de ama de casa comporta una organización doméstica en la que es obligatoria la presencia del mayor número posible, y del mayor voltaje posible, de esos devoradores de energía que son los electrodomésticos (lavadoras, lavaplatos, neveras y congeladores de grandes dimensiones previstos para una compra no diaria sino semanal, quincenal o mensual). Comporta el confiar a los hijos desde muy pequeños a guarderías y parvularios: es decir, hay un consumo de energía en el transporte de los pequeños y de quienes los cuidan, consumo de energía para caldear esos locales, para darles de comer y demás. Luego, es conocido el nefasto papel en el envenenamiento del medio ambiente de los detergentes y todos los productos para la limpieza «rápida e integral» de la casa y sus efectos. ¿Habría alguna feminista que apoye el remedio radical, con la renuncia a esos venenos y el regreso de las mujeres al lavadero a base de cenizas, jabones de aceites vegetales y otros productos «naturales» para el lavado de las prendas de ropa y la vajilla? ¿Saldrá alguna vez una feminista que admita que el retomar al denostado «hogar» podría reducir drásticamente el consumo de energía? En efecto, la chimenea, la «cocina económica» de leña o carbón aseguraban las tres

funciones que hoy se presentan separadas, con la consiguiente multiplicación del derroche: calentar el ambiente, cocer los alimentos y disponer de agua caliente.

¿Cómo conciliar, entonces, el trabajo fuera del hogar, que reduce al mínimo el tiempo para la preparación de las comidas con la renuncia a todos los ingenios fraguados por la industria alimentaria, precisamente con el fin de ayudar a las mujeres a ir de prisa: conservas, embalajes, precocinados, congelados? Y, sin embargo, la misma industria alimentaria dedicada a la mujer que ya no permanece en el hogar se encuentra entre las más contaminantes y ávidas de energía (se necesita una cantidad impresionante aunque sólo sea para obtener los envases, sean metálicos o plásticos).

Pero también sería posible considerar otros aspectos. Tanto para su ciclo mensual como para el cambio de los niños pequeños, la tradicional «ama de casa» usaba pañales de tela que, por lo tanto, eran recuperables tras el lavado. ¿Cómo conciliar la polémica ecologista contra los productos de «usar y tirar» con los paños de «usar y tirar» utilizados por las mujeres para sí mismas y sus hijos? ¿Y las escarnecidas labores de punto y confección de las amas de casa no preservaban también el medio ambiente, al limitar la invasión de esa otra grandísima causa de contaminación que es la industria del vestir?

Obviamente, es inútil precisar que estas observaciones no intentan entrar en la oportunidad de los problemas —que son graves y reales y a menudo compartibles— de las mujeres y su condición. Sólo era un intento de mostrar de qué modo cierto feminismo y ecologismo (como, en general, el ecologismo y cualquier otra ideología «moderna») viven en una contradicción insuperable. Y como hay que aclararse las ideas convenimos en que el *aut-aut* es la dura ley del mundo. Para asegurarse un bien hay que renunciar a otro, pero ¿estamos dispuestos a ello?

4. Otra vez los verdes

Para interpretarse a sí mismo y al mundo, el hombre occidental ha optado por rechazar cualquier *revelación* y confiarse únicamente a la

razón. De este modo, la perspectiva religiosa —en particular la cristiana— ha sido sustituida por la «ideológica».

La ideología es un modelo de pensamiento elaborado desde fuera de la experiencia que quiere explicar y modificar la realidad, haciéndola discurrir por vías trazadas «racionalmente». Desde el siglo xviii en adelante, primero Occidente y luego el mundo entero se han visto devastados por el enfrentamiento de las ideologías, pues tal cosa son el jacobinismo, el liberalismo, el marxismo, el fascismo y el nacionalsocialismo. Todos los ideólogos se remiten a la «razón», definen como «científica» su visión del mundo. Para el liberal serían científicas las «duras leyes del mercado»; para el marxista es científica la lucha de clases; y científica es para el nazismo la existencia de razas inferiores y superiores.

De esta pretensión de objetividad y, por tanto, de verdad irrefutable, deriva otra característica que une a las distintas ideologías: el desprecio por la realidad cuando ésta se opone a la teoría. Limitándonos a la ideología que mayor seguimiento y duración ha conocido a lo largo del siglo xx, diremos que los setenta años de marxismo-leninismo de la Unión Soviética han sido una única y trágica lucha contra las cosas, los hechos, la realidad, que iban en una dirección muy distinta a como deseaba el modelo denominado «científico». Eso no podía durar siempre y el giro dado por Gorbachov fue solamente el principio de una vuelta desesperada a la evidencia, el obligado redescubrimiento del sentido común, la relajación de una cárcel ideológica que ha traído el desastre económico y social.

Pero, dado que una vez abandonada la perspectiva religiosa el ser humano sigue necesitando de una «explicación» de sí mismo y del mundo, siempre está a la búsqueda de un «plan» que cumplir, el crepúsculo de una ideología se acompaña fatalmente con el surgimiento de una nueva.

Y eso es lo que está ocurriendo con la también sacrosanta preocupación por el medio ambiente, que se ha transformado en uno de esos «ismos» que no prometen nada bueno: el *ecologismo*. Ajenos a la tosca contradicción (el «rojo», basado en el mito decimonónico del progreso, es lo contrario del «verde», enemigo jurado de dicho «progreso»), también los huérfanos del marxismo buscan un nuevo campo de batalla en el campo ecologista. Pero ya no queda político concienciado e

intelectual *engagé* que no empuñe la nueva bandera, que tan oportuna y noble parece.

Y lo sería si no se hubiese abierto una nueva jaula en el paso de la ecología al ecologismo. Éste ya muestra las habituales características de la ideología, empezando por los mitos, las leyendas y las supersticiones presentadas como «científicas». Entre las fábulas parece que está esa que para el «verdismo» es fundamental: la de los «recursos energéticos alternativos y renovables». Así, nada de petróleo, carbón y átomo, sino sol, viento, biomasas y leña. En una reciente edición italiana de la prestigiosa revista *Scientific American*, Alberto Clò, profesor de la Universidad de Bolonia, director de la revista *Energía* y miembro de las más prestigiosas comisiones medioambientales, ha vuelto a confirmar con datos en la mano que, no por obra de la maldad capitalista ni por miopía de los políticos, pese a todos los esfuerzos, la energía producida por las míticas «fuentes limpias y renovables» sólo daría para cubrir las necesidades mundiales de un solo día. Son límites insuperables los que impiden que *esta* sociedad, con su economía, pueda utilizar semejante energía de manera significativa.

Pero, más allá de los «mitos fundacionales», todas las ideologías se caracterizan por los efectos perversos provocados por las decisiones que siguiendo el modelo debían ser excelentes. Un ejemplo entre miles: está a punto de lanzarse una campaña de ámbito mundial para abolir los embalajes y envases para alimentos a base de poliéster expandido, que se sustituirán con material «natural» a base de pulpa de madera. Estudios libres de toda sospecha demuestran que el probable «éxito» de los ecologistas comportará un posterior desastre ecológico. En efecto, el poliéster está compuesto por un 95% de aire y sólo un 5% de plástico, que arde sin emitir gases nocivos y está producido con una energía cuatro veces inferior a la necesaria para producir pasta de madera. La sustitución de los embalajes plásticos por otros «naturales» provocaría un aumento del 404% del peso y el 256% del volumen de desechos, mientras que el consumo energético aumentaría en un 201%. También la higiene (y por tanto la «vida según las leyes de la naturaleza») se resentiría, ya que, a diferencia de la madera y sus derivados, el poliéster no puede ser atacado por microorganismos, aspecto primordial en la fabricación de alimentos. Pero, como siempre, semejantes consideraciones racionales son irrelevantes para el «creyente» porque lo que importa es el triunfo del modelo ideológico.

Es un modelo que luego se traduce en la «cultura del no», que menosprecia las exigencias del hombre real y las contradicciones. Para resarcirse en Milán, donde comunistas y socialistas forman coalición con dos consejeros «verdes» cuyo voto es esencial en la arriesgada y pendenciera tropa que forma una «mayoría» improbable: desde hace años se ha bloqueado la construcción de las depuradoras («estropean el paisaje»); el incremento de vías para los trenes pendulares («se destruye un trozo de prado»); la construcción de aparcamientos subterráneos («los coches no deben existir y si existen hay que hacer ver que no»); las incineradoras de residuos («producen mal olor»); del metro ligero («hace ruido»); de viviendas («hay que disminuir la densidad de edificación»). Como de costumbre, al teórico no le importa nada el hombre concreto.

En el futuro del cristiano (a quien, en cambio, sólo el hombre debería importarle) probablemente está el compromiso de defender la naturaleza, también para defenderse a sí mismo y a los demás, de aquellos que han hecho de esa defensa la típica jaula, tan seductora en la teoría como desastrosa en la práctica.

5. De nuevo los verdes

Me choca principalmente un titular de las páginas que los diarios han dedicado al fracaso del referéndum de los «verdes» para abolir la caza (o mejor dicho, para permitir su práctica solamente en las reservas, e impidiéndosela a los «pobres», que deben caminar errantes en territorios ajenos: un extraño objetivo para los «progresistas»), así como para abolir los productos químicos en la agricultura (o para imponer, de todos modos, normas mucho más restrictivas que en el resto de Europa, restando así cota de mercado a lo que queda de la agricultura italiana y obligando a los últimos campesinos a huir del campo; también ésta es una meta singular para los «amigos del pueblo»...). Oliéndose que no todo era tan fácil como aseguraban los ecologistas, y harta de costosas liturgias electorales, la población no ha respondido y, por primera vez, se ha hecho anular el referéndum, que solamente resulta válido si se supera el cincuenta por cien de afluencia a las urnas.

De ahí también el graznido de insultos por parte de los «ambientalistas» derrotados, dedicado a todos los que no hemos ido a

votar. Al igual que tantos otros, tampoco yo, que ignoro de qué lado se coloca un fusil de caza, que a duras penas distingo una liebre de un faisán, que no poseo ni un metro de terreno cultivable, y menos aún acciones de cualquier empresa de productos químicos, también yo he sido tachado de «esclavo de la industria armamentística» y de «adulador de las multinacionales que envenenan la agricultura en beneficio propio».

Paciencia. Infinitos precedentes nos han demostrado bien cuán «democráticos» son los autodenominados «paladines de la democracia». Y también sabemos que para ellos el «pueblo» y su sagrada voluntad sólo es digna de aprecio cuando le otorga la razón. Si les contradice se convierte en «chusma manipulada», «plebe ignorante» e insultos de ese cariz. ¿No es lo mismo que ha ocurrido después de las elecciones que han perdido los marxistas en Nicaragua?

Pero volviendo al título que mencionaba y que en *La Stampa* (aunque muchos otros diarios han obrado en modo parecido, al proceder de una agencia nacional) decía lo siguiente: «Han perdido los católicos.» Sorprendido, me pregunté si por casualidad se me había escapado alguna indicación de voto emitida por el Magisterio. Pero no me vino nada a la memoria. Tampoco podía entenderse «católicos», en el sentido, un tanto abusivo pero ya habitual, de «democristianos», dado que el partido había concedido libertad de opción a sus electores.

Pasando entonces del extraño título a la noticia, se leían entrecomilladas afirmaciones irrefutables y rabiosas: «Una ocasión perdida para los cristianos. La falta de quorum es una derrota para la democracia y una lucha vergonzosamente perdida por los católicos... Las enseñanzas de san Francisco caen en el vacío.» La lectura aclaraba que, a diferencia de cuanto pretendía hacer creer el título, no eran «católicos» quienes hablaban de esta sorprendente manera sino un solo «católico», un sacerdote franciscano cuyo nombre me resulta desconocido pero al que se presenta como una «autoridad».

Estaría bien que en previsión de futuras ocasiones de este tipo, ese religioso aclare que habla sólo en su nombre, que expresa una opinión del todo personal, sin pretender implicar a «los católicos» y con ellos a la Iglesia misma y a san Francisco en persona.

Como ya hemos intentado mostrar aquí, con los textos en la mano (y como con mayor autoridad ha confirmado el medievalista Franco Cardini en la biografía del de Asís), el respeto por la extraordinaria figura de Francisco impone no banalizarlo ni deformarlo catalogándolo como «ecologista» o «verde» en el sentido actual. Ese hombre maravilloso sólo es comprensible desde una perspectiva de cristianismo —más aún, de catolicismo— integral, y nada tiene que ver con las tentaciones paganizantes de un «verdismo» que no por casualidad tiene su origen histórico (ya desde los tiempos de Hitler, un ecólogo coherente que lo quería todo puro, empezando por la sangre de la raza) en una Alemania en constante y ávida espera de revancha, en nombre de sus bárbaras divinidades, pobladoras de los bosques y los ríos, contra Jerusalén y contra Roma.

Resulta sacrílego (que lo sepa nuestro sacerdote) entroncar al luminoso autor del *Cántico de las criaturas* con personajes como el mayor líder del ambientalismo americano, cuyo lema es: «El hombre es el cáncer de la naturaleza. La desaparición del ser humano es el único modo de salvar el medio ambiente.» No por casualidad, un miembro del comité promotor del referéndum italiano ha dejado escapar que muchos «verdes» preferirían el retomo de las antiguas y devastadoras carestías antes que la producción agrícola actual, abundante gracias a los productos fitofarmacéuticos.

En cuanto a la «derrota de la democracia» que dicho sacerdote (al igual que numerosos creyentes, todo hay que decirlo) ve en el fracaso de los referéndums antes citados, precisamente no hace mucho exponíamos cómo ese presunto instrumento de «democracia directa» que se supone es el referéndum está en realidad muy próximo a las demagogias e hipocresías que el cristiano está llamado a combatir. A las consideraciones ya desarrolladas —y que, por supuesto, no repetiremos— cabría añadir el hecho, muy poco «democrático», que con la actual e ilustradísima Constitución, medio millón de firmas recogidas en la calle entre los apresurados y desinformados paseantes obligan al voto a 48 millones de electores. Así pues, algo más de un uno por ciento hace que se convoque a las urnas al restante noventa y nueve por ciento. De lo que se derivan insultos si, como ha ocurrido ahora, esa elevadísima mayoría (o ¿es que no

son las mayorías lo que cuenta en la democracia?) no secunda el «antojo» refrendario deseado por el uno por ciento de turno.

Cierto es que, gracias a Dios, es posible no ir a votar. Pero ningún italiano puede escapar al pago de la cuenta, que esta vez supera los seiscientos millardos de liras sólo en lo referente a la organización electoral a cargo del Estado y los ayuntamientos. Si a esta cifra se le añade otro centenar por los costes indirectos y la propaganda de las organizaciones implicadas, se advierte que el montaje verde diluido en la nada ha costado algo así como setecientos mil millones de liras. Es decir, el coste de más de la mitad de los estadios construidos para aquellos mundiales de fútbol contra los cuales esos mismos «verdes» gruñían, y no sin razón, denunciando el «derroche de dinero público». O el coste de una decena de kilómetros de ese metropolitano del que la ciudad de Roma tiene una desesperada necesidad para recuperar un mínimo nivel de supervivencia «ecológica» y para el que el Estado y el Ayuntamiento de la ciudad juran no tener dinero.

Cuesta imaginar lo que el pobrecillo de Asís hubiera hecho con una cifra de setecientos mil millones tirados literalmente a la basura, para imponer a todos los costes de un espectáculo refrendario en pro de unos objetivos que (como susurraban también algunos «verdes» razonables que, gracias a Dios, también existen) podían lograrse con mayor facilidad por vía parlamentaria. Pero, detrás del extremismo de unos cuantos, también se encontraba el cálculo astuto del grupo dirigente del antiguo partido comunista que, abanderando cualquier causa demagógica, empezando por la del ecologismo radical, intenta crearse un espacio, una razón para sobrevivir.

Quién sabe si el franciscano que habla de «batallas vergonzosamente perdidas por los cristianos» sabe cómo y dónde se decidió ese otro referéndum «verde» que llevó a prohibir en Italia (y sólo en Italia, entre las grandes naciones industrializadas) el empleo de la energía nuclear. La gran central atómica en construcción en Montralto di Castro (abandonada después del referéndum, con el consiguiente derroche de otros miles de millones de liras) tenía una desgracia: era visible desde Capalbio, la pintoresca villa medieval elegida como lugar de vacaciones por la *Nomenklatura* romana de la política y de la cultura «progresistas». En

Capalbio, junto al mismo Occhetto y a muchos otros políticos e intelectuales rigurosamente «de izquierdas», también poseen su «dacha» algunos importantes líderes verdes. ¿Cómo tolerar que ese *buen retiro* se viese turbado por la vista, allá lejos en la llanura, de la inquietante central? Los futuros historiadores que reconstruirán los sucesos de la política energética italiana no deberán olvidar que el referéndum que alejó al país de la energía nuclear y causó derroches colosales por obras ya iniciadas o acabadas y forzosamente abandonadas, se decidió bajo las pérgolas de los veraneantes de lujo de Capalbio. Decían que luchaban por «la salud del pueblo». Quizá. Seguro que también por la comodidad (y el valor inmobiliario) de sus hermosas casas de vacaciones. ¿Tal vez Francisco de Asís tiene algo que ver con «florecillas» de este tipo?

6. Naturaleza

A propósito de mitos y tabús destinados a ser destruidos de inmediato.

En el libro de Guy Soeman, *I veri pensatori di nostro tempo (Los verdaderos pensadores de nuestro tiempo)*, editado por Longanesi, aparece una entrevista a James Lovelock, un nombre mítico entre los «verdes». Se trata del científico británico considerado el verdadero padre de la ecología, el que ha querido devolver a la Madre Tierra el nombre griego de «Gaia».

El entrevistador escribe: «A pesar de estar en los orígenes de la ecología, Lovelock siente escasa simpatía por los movimientos que se remiten a la misma. “Los ecologistas —dice— tienen buen corazón pero poco juicio. Por ejemplo, consideran la energía nuclear como algo demoníaco, mientras que se trata de una energía natural. Todo el universo está afectado por explosiones nucleares; cada estrella es un reactor nuclear y en nuestro planeta existen *reactores espontáneos* creados por microorganismos (se ha descubierto uno de ellos en Gabón). Las centrales nucleares se limitan a producir algunos fenómenos ya existentes en la naturaleza en beneficio humano. Por el contrario, no es en absoluto *natural* quemar el carbón o el petróleo. Obviamente, es deseable que las centrales atómicas funcionen de manera correcta, pero se trata de un aspecto *técnico*, no de una discusión *ideológica*.” Y más adelante: “No hay nada

más contaminante que un rebaño de vacas, las cuales producen desechos y gases tóxicos en cantidades superiores a las de una fábrica.”» |

Para este padre fundador del «verdismo», «una buena parte de las campañas organizadas por los movimientos ecologistas son erróneas o se basan en peligros imaginarios». Entre los muchos ejemplos citados por Lovelock se encuentra el de la protección de la capa de ozono, que — como demuestra— no corre peligro por los vertidos industriales sino por el gas metano que emana de los arrozales: «¿Deberíamos prohibir el cultivo de arroz por esta causa?»

La lucha a favor del medio ambiente, dice este patriarca verde, «no ha de combatirse *contra* la técnica sino *gracias a* la técnica, sin ese odio por el progreso que distingue a los ecologistas y que es una constante en la historia desde que los ludistas destruyeron las máquinas textiles».

Para Lovelock, «el medio ambiente se protege mejor en las sociedades industriales que en las sociedades primitivas. La destrucción forestal, la erosión del suelo, la desaparición de tierras de cultivo son realidades del Tercer Mundo, consecuencia directa de sistemas de explotación arcaicos. La causa de la verdadera ecología no gira en torno al retomo a la agricultura “natural”. Al contrario: bastaría con que los países pobres también industrializasen su propia agricultura. Solamente el recurso a las técnicas intensivas permitiría alimentar a todo el planeta, con una explotación de la superficie menor y la devolución de terreno a la naturaleza».

Continúa Lovelock haciendo añicos otros mitos y tabús del fanatismo medioambiental: «La ecología consiste principalmente en una buena utilización del suelo, que relativizaría los problemas de superpoblación. Casi todos los países denominados “superpoblados” del Tercer Mundo poseen una densidad demográfica inferior a la de Gran Bretaña. Y, sin embargo, los ingleses no están desnutridos ni tienen la sensación de ser demasiados en su isla.»

Son signos inquietantes: ¿después de los arrepentidos «rojos», vienen ya los arrepentidos «verdes»?

7. Verdes y negros

Desde hace cinco años Italia posee la primacía mundial en cuanto a bajo nivel de fertilidad. El año pasado, ese récord de infertilidad no sólo se mantuvo sino que alcanzó niveles (1,2 hijos por pareja) que no tienen parangón en la historia. Si la cosa sigue así, en el curso de pocas décadas los italianos, en tanto que especie en vías de extinción, deberán estar protegidos en reservas preparadas al efecto. El resto del territorio nacional fuera de esos «oasis» no se verá abandonado, obviamente, sino ocupado en su totalidad —quizá con tasas de densidad superiores a las actuales— por poblaciones procedentes del Tercer Mundo.

La naturaleza detesta el vacío: el antiguo principio de la física también sirve para la demografía, como olvidan «verdes» y «ambientalistas» de todo pelaje que se regocijan con la desaparición del *Homo italicus*, vislumbrando maravillas para su adorada Diosa Naturaleza por lo que denominan «benéfica aligeración de la presión antrópica».

Ya veremos (bueno, lo verán nuestros nietos) qué es lo que sabrán hacer con el territorio peninsular esos musulmanes del norte de África, por ejemplo, que al parecer constituirán la mayoría de la población si continúa nuestro declive demográfico. Como decía Ernest Renán, quien deseaba disolver el catolicismo pero que, por haberlo frecuentado, conocía bien el mundo musulmán: «El islam lleva consigo el desierto.»

Antes de la invasión árabe, la franja que va de Egipto a Mauritania (el actual Marruecos) era un éxito en materia de cosechas, viñedos y frutales. Y no solamente en la costa, también en una larga franja hacia el interior. Con la llegada de los fieles de Mahoma se empezaron a arrancar todos los viñedos, a causa de la prohibición coránica de beber vino. Pero esos viñedos se habían plantado, primero por los colonos romanos y luego por las comunidades cristianas, precisamente como línea de defensa contra el desierto.

Una vez destruida esa especie de línea Maginot verde, el Sahara ha avanzado también debido a otras opciones de los invasores. Así, el musulmán rechaza la agricultura por considerarla demasiado fatigosa, en beneficio del pastoreo, una actividad más «relajante» y «contemplativa». Pero, como es sabido, no hay nada más destructivo para cualquier tipo de

vida vegetal que un rebaño de ovejas o de cabras. Antes que invertir en agricultura, el musulmán prefiere claramente el comercio. O bien, prefería armar aquellos barcos piratas que tenían sus bases en el norte de África incluso a mediados del siglo pasado, cuando las potencias europeas (aunque también intervino la marina de un joven Estados Unidos: el himno de los *marines* recuerda su primera empresa en la libia Trípoli) tuvieron que organizar expediciones para liberar el Mediterráneo de las correrías berberiscas y sarracenas.

El resultado de esta y otras tantas opciones de los devotos del Corán aparece a la vista de quienquiera que viaje por esa desolada zona en que ha quedado convertida una amplia parte del norte de África, antaño cantada por los poetas latinos y griegos como paraíso de frutos y campos, granero y vivero del imperio.

El desierto ha vuelto de nuevo allí donde los colonos europeos — sobre todo franceses e italianos— habían vuelto a llevar la vida a partir del final del siglo pasado.

¿El consuelo para nuestros verdes (entusiasmados con el «crecimiento bajo cero» por infecundidad de los italianos) llegará con los negros, también atraídos por el vacío demográfico de la península itálica? Entre las leyendas que el hombre occidental —que tan crítico se considera consigo mismo— toma por ciertas está la de un África negra poblada por seres «ecológicos», y caracterizada por culturas que, a diferencia del malvado blanco, habrían conseguido un equilibrio perfecto entre hombre y naturaleza.

Es un mito semejante al de las «izquierdas» occidentales acerca del ecologismo en los países del «socialismo» del este europeo. Dado que la teoría decía que sólo el capitalismo destruía la naturaleza, empujado por el apetito de sus intereses particulares, se tenía por cierto que la propiedad pública de los medios de producción conllevaría automáticamente el respeto por el medio ambiente.

Como es sabido, tan pronto fue posible inspeccionar lo que realmente había sucedido tras la caída del telón de acero, nos llevamos las manos a la cabeza. Ni el capitalismo más «salvaje» había provocado jamás un desastre ecológico parecido al que había tenido lugar en las «repúblicas populares» de obediencia marxista-leninista. Pero los conservacionistas de

Occidente siguen impertérritos llamándose de «izquierda», o incluso de «extrema izquierda».

Volviendo al África negra, hay que resaltar que si durante milenios se ha salvaguardado el hábitat de gran parte de esa zona fue por falta de medios y energías de que valerse más que por una mítica «sensibilidad ecológica» por parte de esa cultura. Incluso en estas condiciones de penuria no han faltado daños enormes. Y también en este caso por una especie de «pereza», por la búsqueda de un resultado obtenido con el menor esfuerzo posible. Así, multitud de tribus han practicado ese sistema de agricultura destructiva que consistía en incendiar el bosque y cultivar el terreno liberado y fertilizado con los restos de la combustión. Al cabo de unas cuantas cosechas, cuando este terreno se agotaba, se volvían a incendiar otros bosques.

La destrucción de la fauna africana era relativamente limitada hasta que los europeos llevaron armas de fuego; entonces empezó esa matanza que —en cierta forma reglamentada por las potencias coloniales— se hizo indiscriminada con el advenimiento de la independencia. Recuérdese la despiadada matanza de los rinocerontes, sólo porque las creencias locales atribuyen ciertas propiedades afrodisíacas al polvo extraído de su cuerno. O la aniquilación de elefantes de cinco toneladas que luego se dejan pudrir en las sabanas con el único fin de arrancarles los cincuenta kilos de marfil de los colmillos.

La reciente institución de los parques naturales y las reservas (luego laceradas por un furtivismo masivo) se debe a la presión de europeos y americanos y con frecuencia se han conseguido sólo tras amenazas de represalias políticas y económicas o haciendo tambalear los beneficios turísticos.

Según opinión generalizada, si se dejara a África librada a sí misma, sin la intervención del Occidente ex colonialista, a pesar de sus muchas virtudes (que amamos y apreciamos pero que no son las de los soñadores «verdes»), el continente correría al encuentro de la destrucción total.

Si éstas son las tradiciones ecológicas de los pueblos que llenarán el vacío dejado por los italianos, estaría bien que los ambientalistas que se regocijan con nuestro descenso demográfico se preparen para recibir alguna desilusión. Como de costumbre, por otra parte.

8. Animalistas

Tengo ante mí una viñeta que apareció en los años treinta en un periódico nazi. El creador de la *Luftwaffe*, Hermann Göring, con su camisa parda adornada con la esvástica, desfila con el brazo en alto en aquello que para los italianos era el «saludo fascista» y para los alemanes el «saludo ario». Delante del jerarca aparecen alineados perros, gatos, conejos y ratones, todos ellos erguidos sobre las patas traseras y con la pata anterior derecha elevada sobre el suelo. Al fondo aparece un manifiesto con las palabras *Vivisektion ist verboten*, la vivisección está prohibida. Debajo, la firma de Göring.

Mediante este dibujo, el periódico del partido quería mostrar la «gratitud» de los animales hacia quien, en tanto que zoófilo apasionado, había obtenido una ley tutelar realmente extraordinaria para los animales, incluida la prohibición de emplear cobayas para la experimentación de nuevos fármacos o de nuevas técnicas quirúrgicas. Hay que reseñar que Göring no tuvo que superar dificultades, pues es también conocida la zoofilia de Hitler.

Es más, muchos historiadores mantienen que la verdadera esencia del nazismo era la de un movimiento ecológico: una ecología, por otra parte, mucho más coherente con sus premisas que la actual. En efecto, el nazismo lo quería todo «natural», «sano», «genuino», sin limitarse hipócritamente a los alimentos, al aire y al medio ambiente, ya que incluía también al hombre.

Mirándolo bien, el denominado «racismo» nazi no es más que «ecologismo» aplicado a la especie humana. Para Hitler y sus secuaces, del mismo modo que existen aguas puras y aguas contaminadas, hay diferencias en la sangre, la especie y la raza. Los *lager* para judíos, gitanos y homosexuales eran meras «plantas depuradoras» para aislar el material humano «tóxico» del «limpio».

La práctica de quemar los cadáveres procedentes de aquellos *lager* respondía a esta obsesión ecológica. Era la llama purificadora que impide que la sangre y la carne «infectadas» acaben contaminando el terreno.

Asimismo, los decretos a favor de la eliminación de los recién nacidos malformados y de la eutanasia de los enfermos mentales,

paralíticos y desahuciados en general respondían a una lógica «ecologista» llevada a sus consecuencias naturales, a diferencia de lo que, contradiciendo sus edificantes premisas, hacen nuestros actuales «verdes».

El «animalismo», también éste compartido sin reservas por la actual corriente medioambientalista, formaba parte plenamente del ecologismo nazi. Góring fue condenado a muerte en Nuremberg por «crímenes contra la humanidad», pero no sólo debería haber sido absuelto sino además proclamado patrón de los «amantes de las bestias», si se hubiesen tenido en cuenta sus «méritos en pro del reino animal». Pocos hubo que hicieran tanto como él por los animales. Tanto él como su Führer (vegetariano, como es sabido, por el horror que sentía al pensar que pudiera matarse a los animales; en una soflama contra Francisco Franco lanzó virulentos insultos contra los españoles por mantener la tradición, que le parecía intolerablemente bárbara, de la corrida de toros) estaban angustiados por la suerte que correrían sus perros y, al aproximarse el fin, Góring sentía especial preocupación por poner a salvo a los animales que alimentaba y cuidaba en su granja cercana a Berlín.

Además, la zoofilia también fue un rasgo distintivo de la élite de otro imperio, que con los hombres, sobre todo los de raza «inferior», tal vez se comportaba con los mismos miramientos, si bien con un grado de hipocresía mucho mayor que el demostrado por los alemanes. Hablamos, naturalmente, del Imperio británico, en el cual la protección de los animales a menudo y de buena gana se acompañaba con el desprecio hacia los indígenas de las colonias. Alguien ha dicho con razón que era mucho mejor ser perro, gato o mono antes que hombre de piel negra, amarilla o gris en los cuatro rincones del mundo en los que ondeaba *the Union Jack*, la bandera británica.

Todavía hoy, en las antiguas familias inglesas sigue vigente la costumbre de dejar una importante parte de la herencia a los animales de la casa para permitirles una cómoda existencia.

Pero los ejemplos inquietantes podrían multiplicarse: desde Calígula (que amaba a los caballos hasta el punto de nombrar senador a su pura sangre preferido, mientras aterrorizaba al imperio con masacres) hasta Stalin (apasionado zoófilo), cuyo afecto por los animales usualmente iba acompañado de indiferencia hacia los seres humanos. Algo que

instintivamente ha reconocido el sentido común del pueblo, que siempre ha desconfiado de los excesos zoófilos de poderosos e intelectuales.

El que suscribe —quede claro en previsión de equívocos— también es un gran amigo de los animales y hace lo que puede para que también los demás los amen, o al menos, los respeten. Pero, por una mínima experiencia de vida y conocimiento de la historia, es consciente al mismo tiempo del peligro inherente a cualquier «ismo», de cualquier faceta humana derivada en ideología.

Por lo tanto, no es el obligado respeto a los animales el problema en cuestión; lo inquietante es la corriente «animalista». Será preciso recordar a los «animalistas» que sus batallas, que tan inmaculadas parecen, pueden acercarlos a compañías inquietantes, como nos enseña el caso nazi.

Sobre todo será necesario advertir a los creyentes que esta obsesión «bestialista», cada vez más fanática e intolerante, supone una devastadora subversión del orden querido por el Creador. La ideología animalista más radical (y, como es sabido, dentro de estos movimientos siempre acaba por prevalecer el radicalismo) se basa en la negación de una diferencia «ontológica», de naturaleza, entre el ser humano y los otros seres vivos. La «democracia ecológica» anuncia la perfecta igualdad de derechos entre un ser humano y, por ejemplo, una araña.

Es más, incluso se niega el concepto de «persona», una de las aportaciones más valiosas y gloriosas del cristianismo y que muestra su superioridad respecto al paganismo, para incluir a todos sin distinciones en una «especie animal» que muchos quisieran hacer extensiva al reino vegetal.

Todo lo que tiene vida se hallaría en pie de igualdad, revelando un desquiciamiento total del orden y la jerarquía que el lector de la Biblia (tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento) ve en lo creado; es la negación de ese destino de eternidad, de salvación o de perdición que constituye la dramática dignidad del hombre.

Jesús tiene palabras para los niños, las mujeres, los enfermos, para los que padecen el sufrimiento en todas sus variantes, pero no tiene palabras para los animales. En su *Cántico de las criaturas*, Francisco de Asís no nombra a las bestias. Quizá ahora empecemos a ver las razones de tal silencio: protegernos de un «ismo» que acaba por preocuparse más de los

huevos de tortuga que de los fetos humanos; recordarnos que el amor se dirige a todos y a todo, pero tiene sus jerarquías.

9. Papel reciclado/1

Tengo la suerte de contar con unos vecinos de escalera muy amables. Sólo en una ocasión se ha producido una amigable discusión entre nosotros. Cada dos días, la masa de papel que tiro —periódicos, embalajes de libros llegados por correo, sobres, manuscritos de artículos y libros míos ya publicados— es tal como para llenar un gran saco. Por la noche lo deposito delante de la verja del jardín para que sea retirado junto a los otros residuos. Y hago esto con la mejor intención y por evidentes razones. Pero para mis vecinos esto es poco menos que una mala acción: uno de los fundamentos de la fe ecológica que ya ha entrado en la mentalidad general dice que «reciclar siempre es bueno».

Como por desgracia ocurre con muchas otras de las supersticiones contemporáneas, también los católicos se han mostrado especialmente vulnerables a la superstición «verde». Así, también en la pequeña ciudad donde resido actúa no sé qué grupo de jóvenes bienintencionados que, con el apoyo de la parroquia, exhorta a la mítica «recogida diferenciada de residuos», sobre todo de papel. Éste es retirado por los voluntariosos muchachos y, mediante trabajosos procedimientos de almacenamiento y entrega, se destina al «reciclaje».

Me disgusta realmente enfriar estas buenas voluntades, pero —como he explicado a mis amigos cercanos— el verdadero «ecólogo» soy yo, que tiro el papel junto a todo lo demás, y no quien va recogiendo los periódicos viejos, pensando que ayuda al medio ambiente, cuando en realidad lo daña.

Para llegar a esta conclusión sólo hay que pensar un momento. Pero me parece que la razón y el sentido común no abundan entre los «verdes», como sucede con todos los grupos ideologizados, que actúan en función de eslóganes, esquemas y emociones.

Recientemente ha retomado el argumento una publicación fuera de toda sospecha como es la edición italiana del *Reader's Digest*, entre nosotros conocida por *Selezione*-, y digo intachable, porque ya conocemos la obsesión americana por los temas ambientales. Basándose en un gran

número de investigaciones desarrolladas por centros caracterizados por su seriedad, el *Reader's Digest* mostraba el absurdo de esos complacientes anuncios que se encuentran en algunas publicaciones que se creen «modernas y sensibles»: «Impreso sobre papel reciclado. Ningún árbol ha sido sacrificado.»

¡Por desgracia!, es el único comentario de quienquiera que posea un poco de sentido común.

Tratemos de reflexionar, dado que un tema como éste no es en absoluto superficial, sino uno de esos puntos donde se mide la irracionalidad de los que se consideran más informados. Confiados, como están, al servicio municipal de limpieza urbana junto a cualquier otro residuo, mis dos o tres sacos semanales de papel son retirados con el medio de transporte habitual. Éste lo deposita todo en un solo viaje en el lugar de descarga más próximo. Si, en cambio, para sentirme bien según el dictamen de la *vulgata* corriente cediese al mito de «reciclar es bello», esos sacos llevarían a cabo una serie de viajes —al menos tres o cuatro, incluso largos trayectos— para llegar a los lugares de recogida y finalmente a las instalaciones para crear papel nuevo a partir del viejo. Pero todos estos traslados exigen otros medios de transporte, queman carburante y por tanto aumentan la contaminación atmosférica y acústica, a la vez que despilfarran energía. Algo que se ahorrarían si no se diferenciara la recogida de residuos, dado que con un solo y breve viaje (lo hemos observado) basta para llegar al punto de descarga o al incinerador.

Pero sólo estamos al principio de la corriente de derroche. Para conseguir papel de otro papel ya usado (sobre todo si se trata de un producto de calidad menor, como el empleado para la fabricación de periódicos) se necesita mucha más energía de la que se emplea para obtener papel «nuevo» a partir de la celulosa de madera. A la mayor cantidad de energía necesaria hay que añadir las sustancias químicas necesarias para el laborioso reciclado, sustancias que producen una gran cantidad de descargas dañinas e incluso tóxicas. El proceso, pues, parece que es más bien desastroso, tanto por los gastos como por el *fall-out* tóxico, cuando se trata de reciclar papel de mayor calidad, como el «satinado» que se emplea en las revistas. En cualquier caso, al final, la hoja de papel reciclado que tanto preocupa al ambientalista exige un gasto

energético mucho más caro que el provocado por la hoja procedente de materias primas «nuevas».

Sí, pero ¿y los pobres árboles que se talan? A partir de semejantes preocupaciones también es posible medir la propensión del ser humano contemporáneo a creer en los cuentos. En efecto, muchas personas se manifiestan como si estuvieran convencidas de que hay un grupo de mafiosos asalariados, de cínicos «patrones de empresas papeleras» que van por las noches a cortar los árboles de los jardines públicos para conducirlos luego a las fábricas. Por la mañana, mientras los niños lloran, los pobres pajaritos ya no saben dónde hacer su nido...

¿Es posible que estos «consumidores de cuentos» nunca hayan oído hablar de cultivos *ceduos*, es decir, destinados a una tala periódica y programada que mantiene el mismo número de plantas de la misma especie y edad? Existen regiones en el mundo, como Canadá, la Rusia más allá de los Urales, los países escandinavos, pero también muchos otros (incluida Italia) donde se reservan grandes extensiones a plantaciones «científicas» de árboles para papel. Es precisamente el aumento de la demanda lo que, por las leyes del mercado, obliga a ampliar cada vez más esas zonas.

Así pues, el consumo de celulosa de madera no provoca daños sino, por el contrario, es una ventaja para el medio ambiente ya que hay más bosques y más vegetación. Para decirlo con las palabras de *Selezione*: «Los ambientalistas mantienen que cada tonelada de papel reciclado salva diecisiete árboles. Pero, menos papel obtenido a partir de la madera significa menos árboles plantados. Según los estudios llevados a cabo por *Resources for the future*, una sociedad de investigación independiente de Washington, el efecto “perverso” del reciclaje de papel a escala mundial sería la disminución de los cultivos arbóreos y de las zonas boscosas, por la reconversión a otros usos menos ecológicos del terreno.»

Con estos hechos deberían enfrentarse quienes ensalzan el lema «recuperar, evitar el derroche». Pues, aun a costa de ser considerado como un cínico despilfarrador por el voluntarioso *milieu* católico (que demasiado a menudo hoy día sustituye a «sus» viejos profetas, los auténticos, con otros muy sospechosos), tampoco mañana entregaré mi saco de papel a los

«voluntarios parroquiales por el medio ambiente» sino al menos perjudicial basurero municipal.

A los jóvenes que toman en serio a algunos «maestros», les recuerdo que la irracionalidad está emboscada detrás de otras presuntas verdades, como esa —siempre en la línea del reciclaje— según la cual los productos «de usar y tirar» dañarían el medio ambiente mucho más que los reutilizables. Habitualmente sucede lo contrario: por ejemplo, los pañales infantiles de un solo uso no precisan agua. Una vez, y fuera. En cambio, los que se lavan la necesitan en gran cantidad, y, como es sabido, el agua es un bien cada vez más escaso y precioso. Hasta el punto que en algunas zonas del sur y el oeste de Estados Unidos afectadas por la sequía, las autoridades suplican a los ecologistas que se olviden de sus extravagancias y vuelvan a guardar en el cajón de la abuela los retales de tela con los que envuelven a los niños.

La misma súplica se dirige a las mujeres que creen que contribuyen a la salvaguarda del medio ambiente rechazando el uso de los absorbentes higiénicos desechables y retornan al uso de los paños de tela, lavables, para sus ciclos menstruales. La buena voluntad es indudable, el *surplus* de fatiga también, pero el resultado es el contrario del que cree una mitología de la que deberían protegerse al menos los creyentes.

10. Papel reciclado/2

El mensaje era claro: «No tengo interés en pasar por ecologista, vista la demagogia, el fanatismo y la irracionalidad de buena parte de los denominados “verdes”. En cualquier caso —con los datos en la mano—, el verdadero ecologista soy yo, que tiro el papel de estraza junto a los demás residuos. Si lo pusiera para ser reciclado (como exige el dogma que ya ha entrado en la mentalidad del hombre medio) cometería una mala acción contra el medio ambiente porque lo dañaría más de lo que contribuiría a protegerlo.»

Esto es lo que escribí en uno de los artículos que han provocado más reacciones. Todas emotivas, a decir verdad: los datos que yo proporcionaba (basándome más en el sentido común que en la «ciencia» de los verdes,

habitualmente engañosa y variable como las estaciones) no eran impugnables.

La única objeción que me ha llegado de los lectores con una apariencia de credibilidad ha sido en realidad una deducción, económica que no ecológica: si es verdad que producir papel reciclado supone, entre otros aspectos negativos para el medio ambiente, consumir más energía, ¿cómo es que su precio de venta es inferior?

La respuesta es sencilla: porque la materia prima es casi gratuita para la industria, proporcionada por el generoso compromiso de los recogedores (muchos de los cuales son militantes del mundo católico; y era en esto en lo que yo pensaba, lamentándome de que se invirtieran en causas como éstas tanta energía y tantas esperanzas). Así pues, las empresas papeleras pueden permitirse mantener más bajos los precios del papel reciclado sin renunciar por ello a sus beneficios.

Además, muchos gobiernos conceden ayudas¹ a las industrias que practican el reciclado, lo cual es un ejemplo del dinero público despilfarrado con fines dañinos, por la ruidosa presión de los *lobbies* verdes. Éstos, entre otras actividades (creo que ya mencionamos este punto en esta columna), primero lucharon para que los gobiernos penalizaran a toda costa los motores diésel, basándose, según decían, en sus «estudios científicos». Luego tuvieron que admitir que no eran en absoluto «científicos». Y ahora, aquí tenemos a los mismos *lobbies* verdes solicitando, con la consabida agresividad y el típico tono apocalíptico, lo contrario de lo que antes querían: promocionar los motores diésel y penalizar los motores de gasolina...

Ahora, nos damos cuenta del gran daño ecológico causado por la desatinada campaña llevada a cabo contra las bolsas de plástico, que ha llevado a un gobierno como el nuestro, siempre bajo control de los prepotentes que gritan más alto, a aprobar una ley que penalizaba ese objeto «maldito» para sustituirlo por las bolsitas de papel. Y todo de acuerdo con una palabra mágica: «biodegradabilidad».

Pero también aquí basta el sentido común: lo que es «biodegradable» se deshace en el agua. Y eso es lo malo del papel: al disolverse en el agua se liberan las múltiples sustancias tóxicas empleadas para su fabricación. Esto es algo que no sucede con el plástico, cuyo daño es *estético*

(realmente no es agradable ver flotar envases y bolsas), mientras que el daño ocasionado por la bolsa de papel es *químico*.

Mientras tanto, todavía está por retirar el premio de un millón de libras esterlinas ofrecidas por un diario inglés a quien encuentre un solo delfín ahogado por una bolsa de plástico, una suerte que según nuestros defensores del medio ambiente les estaba reservada a millones de peces, aunque en la práctica nadie ha visto a ninguno de esa guisa...

Pero volviendo a ese papel reciclado por el que casi he sido lapidado por esos jomeinistas de lo verde, aunque también por lectores de buena fe, que no podían resignarse a la idea de que esos hermosos domingos pasados en compañía y dedicados a movilizar quintales de periódicos viejos eran tan importantes para consolidar amistades como nocivos para el medio ambiente.

Y retomamos el tema también porque desde hace un tiempo la «biblia» local del ambientalista, la publicación mensual *Nuova ecología*, ya no publica sus casi 150 páginas, en color y cargadas de publicidad, en un feo papel grisáceo, explicando en cada número que «el uso de papel reciclado cien por cien ha preservado 46 álamos de cuatro años». Ahora, el papel es de un blanco luminoso y ligeramente satinado. También ha desaparecido la conmovedora proclama sobre los pobres álamos y, en su lugar, aparece una diminuta inscripción: «Papel libre de cloro.»

Como explica el semanario *L'Europeo* en una concluyente investigación, tras esa inscripción se esconde una vez más la aceptación de haber cometido un error clamoroso. En resumen, «papel sin cloro» quiere decir *papel no reciclado*, para cuya producción se necesitan cantidades de cloro que, en combinación con la lignina, producen nada menos que la letal dioxina. Y ésta es una de las mayores bestias pardas del ecologista.

Así, hasta *Nuova ecologia*, con ese papel del que estaba tan orgulloso («¡46 álamos preservados!»), contribuía gravemente a una contaminación desastrosa. Aunque se hayan guardado muy mucho de explicarlo a los lectores desinformados, el aviso de ahora, «papel libre de cloro», significa en conjunto lo contrario del anterior: nosotros somos verdes y, por tanto, ¡NO usamos papel reciclado! Incluso los ultrafanáticos de *Greenpeace* han tenido que rendirse e imprimen sus publicaciones con esas fibras de madera cuyo consumo se imputaba a los demás como un pecado imper-

donable. Y pensar que el mismo *Greenpeace* había estado asediando durante años —con el envío de decenas de miles de postales— a los periódicos americanos para que se convirtieran al reciclado... Y ahora, a la chita callando, asistimos al giro radical de las posturas. Como con el diésel, o con las bolsas de plástico, o como con tantas otras causas hinchadas.

En el «vivero» que dedicamos al tema del papel reciclado, decíamos que, como observaban fuentes de confianza, entre los «efectos perversos» de la reutilización masiva estaría la disminución de las zonas verdes del mundo. Muchas regiones que ahora están ocupadas por bosques para responder a la demanda de papel se convertirían a usos menos ecológicos. Finlandia, por ejemplo, dispone de algo así como cuatro hectáreas y media de bosque por habitante (mientras que la media europea es solamente de 0,3 hectáreas por persona), gracias precisamente al hecho de que su economía se ha especializado en las sustancias derivadas del árbol para papel. Si la demanda de fibras «vírgenes» se derrumbase a causa del reciclado, además de las dioxinas y otros males, nos encontraríamos frente a un «caso Amazonas» también en América del Norte y en Rusia; las enormes plantaciones *ceduas* de Canadá y de más allá de los Urales se destruirían con toda probabilidad para pasar a las «delicias» de los venenos de la agricultura química.

No sólo esto: el equilibrio ecológico de los bosques especializados en papel «nuevo» sigue activo también por otra razón. Al envejecer, los árboles consumen más oxígeno del que producen y emiten cantidades crecientes del peligroso anhídrido carbónico. Así que el bosque «ecológico» es el bosque «industrial», formado por árboles jóvenes que son continuamente talados y sustituidos, mientras que los bosques antiguos resultan fascinantes, pero el equilibrio de oxígeno resulta más negativo que útil para el medio ambiente, a menos que intervenga el hombre para su renovación.

En resumen: ¡qué lejos está —también aquí— la verdad de los eslóganes de «ciudadano políticamente correcto»!

V. EL DESAFÍO DE LOS PROBLEMAS DE CASA

1. En misa

La oficina de estadística de una importante diócesis publica una encuesta sobre la «práctica» dominical, de la que resulta que la frecuencia de ésta disminuye al aumentar el nivel de instrucción. Es decir, todavía van a misa, y en un porcentaje notable, aquellos que sólo han acabado la primaria, o ni eso. Luego, la frecuencia disminuye hasta la cota mínima cuando se refiere a quienes poseen un título de enseñanza media. A partir de aquí, sin embargo, la curva, que había ido en descenso, se eleva hacia arriba cuando hace referencia a los licenciados, y todavía aumenta más en la medida que lo hace el nivel de instrucción.

De acuerdo, la frecuencia de asistencia a misa no es una prueba por sí misma de una fe que sólo Dios puede inquirir. No obstante, hoy día es un indicio significativo: ir a misa es un acto de inconformismo, en cualquier caso, una elección libre.

Aclarado esto, parece que la curva de frecuencia, tan elevada en las «cotas bajas» de instrucción, confirma la advertencia del Nuevo Testamento sobre el privilegio otorgado a los «sencillos», a los «ignorantes para el mundo».

En cuanto a la elevación correspondiente a los «niveles altos» viene a la memoria lo que ya en el siglo xix escribía John Henry Newman: «Un poco de cultura puede alejarnos de Dios, un poco más de cultura puede reconducirnos a Él.» Y a Jean Guittou: «El cristianismo no teme a la cultura, sino a la media cultura. Teme la superficialidad, los eslóganes, las críticas de oídas; pero, en general, quien puede hacer la “crítica de la cultura” puede volverlo a descubrir o seguir siendo fiel.»

En resumen, parece que sea ese «barniz», ese simulacro de cultura «general» que proporciona el sistema escolar occidental el que hoy día fomenta más la crisis de la fe, de la que la práctica festiva sólo es un indicio.

2. Eufemismos

Sucede durante la misa, en una ciudad extranjera. El sacerdote (perdón: «el oficiante pastoral») nos tranquiliza de inmediato: el suyo no será realmente un sermón sino «un enfrentamiento dialógico con los usuarios del ágape fraterno». Eso incluye, atención a los eufemismos, que no pretende «meter en un gueto a nadie».

Es sabido que en Estados Unidos existe una traducción feminista de la Biblia: «En el nombre de la Madre, de la Hija y de la Espiritu Santa.» Mientras nuestro «oficiante pastoral» hablaba, yo pensaba en cómo sonaría otra versión del Evangelio realizada por otros «oficiantes», esta vez «de la exégesis», «sensibles», como exigen los tiempos, «a los derechos de las minorías».

Veamos: «En aquel tiempo, Jesús curó a un portador de impedimentos, dos discapacitados, un no oyente y tres invidentes. Luego impuso las manos a un hanseniano y a un enfermo terminal. Ante esta visión, un grupo de colaboradoras domésticas, de paramédicos y adeptos a las actividades ícticas decidieron unirse a él. Juntos, dieron preferencia a los pertenecientes a las capas de la marginación y el malestar social...»

Todo resulta más claro de este modo. Y, sobre todo, gracias a los giros léxicos «no discriminatorios». ¿Quién niega que, como nos enseñan las locutoras de televisión, para quien tiene la desventura de ser sordo es estupendo que le llamen «no oyente»? Es evidente que a semejante versión del Evangelio debería añadirse una parábola en la que los traductores exclamarían: «Te damos gracias, Padre, porque nosotros no somos como los evangelistas, esos toscos, esos ofensores que se permiten llamar “loco” al loco y no como nosotros, más civilizados, “inadaptado sociomental”.»

Ésta no es una ironía barata hacia los hermanos que se esfuerzan en hablar así por motivos de buena voluntad. Existe una duda no menos importante que quisiéramos expresar. ¿De verdad somos más solidarios hacia los necesitados rechazando la verdad y el realismo del lenguaje bíblico, adecuándonos a la hipocresía de un mundo obligado a esconder, también a nivel verbal, el lado oscuro de la vida que trastorna sus reconfortantes esquemas y para el cual no tienen respuesta?

Un san Camilo de Lellis, un san Juan de Dios, un san José Benedicto Cottolengo no llamaban «discapacitados» ni «minusválidos» a sus lisiados, paralíticos y enfermos de cáncer; tal vez por esta razón supieron ayudarles con tanta eficacia. Según el ejemplo, por cierto, de ese Jesús que, tras la imploración del ciego, «escupió en la tierra, hizo barro y lo extendió con la mano sobre mis ojos y lo curo». Es decir, lo socorrió en su necesidad, no lo consoló de forma barata llamándolo «invidente».

3. Teología

A aquellos que en el seno de la Iglesia se congratulan por el actual boom de inscripciones en las escuelas de teología, los realistas les recuerdan que no pocas veces se estudia teología sin tener antes la humilde pero indispensable base del catecismo. En efecto, no falta quien diserte con entusiasmo acerca de la última y provisional verdad de algún teólogo o exégeta de moda, afectado tal vez de problemas de «picor (en las orejas) por oír algo nuevo» (2 Tim. 4, 3) y replica indignado («¡nacionismo anacrónico!») si se le plantea una pregunta que juzga demasiado sencilla; «de catecismo», exactamente: «¡No se ofenda! ¿Somos o no somos ya cristianos adultos?»

Puede. Y sin embargo, no parecen haber perdido su actualidad las palabras admonitorias de 1; Epístola a los Hebreos. «Nuevamente necesitas que alguien os enseñe los primeros componentes de los oráculos de Dios, y os habéis vuelto menesterosos de leche y no de alimentos sólidos» (5, 12).

¿Cómo no alegrarse de esta nueva y creciente demanda» de teología? Pero, ¿cómo no temer más la confusión que la certidumbre, la crisis de la fe más que su robustecimiento, dado que (como parece que está por suceder) se levantan casas empezando por el tejado?: «¿Quién de vosotros, al querer construir una torre, no se sienta primero a hacer los cálculos?» (Lc. 14, 28). En efecto, todas las encuestas indican que en estos años tormentosos para la Iglesia, entre aquellos que «militaban» seriamente en el catolicismo, quienes mejor la representan se sitúan en dos polos opuestos: los indoctos y los verdaderos sabios. Ha desaparecido el «centro», la categoría de los que «tocan de oído», el reino de los «barnices de cultura», de los frequentadores de «cursos» dirigidos por intelectuales clericales de

fe indudable, pero a los que no deseáramos que se les aplicase el sermón de Pablo: «Y por tu ciencia se anilina el débil, ¡un hermano por quien ha muerto Cristo!» (1 Cor. 8, 11).

Si realmente la verdad se encuentra en la fe de la *Catholica*, ésta es frágil («guardamos este tesoro en vasijas de yeso», 2 Cor. 4, 7); normalmente se halla inerme («la verdad es débil en el mundo», Newman); es compleja (en ésta *tout se tient*, cada aspecto deriva de uno anterior y sostiene al que le sigue); y, en cierto modo, es «ambigua» como «ambiguas» son las Escrituras de las que deriva, tras un esfuerzo milenario de síntesis, de decantación y de profundización («La Biblia contiene muchas cosas que parecen contradecirse entre sí», Pascal).

Así, mientras la marca de la «herejía» (que, no por casualidad, viene del verbo griego «escoger») es el *aut-aut*, «o esto o aquello», un signo de la ortodoxia es el difícil *et-et*, «esto y aquello». Se trata de un equilibrio delicado por cuyo logro y conservación se produjeron en el curso de la historia turbulentos concilios, debates teológicos, documentos del Magisterio, excomuniones recíprocas, cismas, desviaciones heréticas, prefiriendo a veces el enfrentamiento a tener que sustituir una palabra. Y sólo puede escandalizarse con estas «guerras de palabras» quien haya perdido la noción de la naturaleza íntima de la Revelación («El Reino de los cielos es un tesoro escondido en un campo... es como un mercader que va a la búsqueda de perlas preciosas...» Mt. 13, 44 ss).

Así como en la medicina del cuerpo una gota de compuesto de más o de menos puede llevar a la sanación o a la muerte, así ocurre con ese *remedium animae* que, según los Padres, es el Evangelio y su traducción en «formaciones de palabras» pesadas en las balanzas de sabios farmacéuticos, y que son las fórmulas de la fe. ¿No es ésta la conciencia de la complejidad y delicadeza de la visión católica la que parece faltar hoy día a tantos de nosotros, «embadurnados» de teología, de exégesis, de moral, de liturgia, de historia del cristianismo? ¿Por qué se elude la humildad, la conciencia de los propios límites personales, el respeto a un trabajo que cuenta con dos milenios y al que se han dedicado sabios que a menudo también eran santos, por qué se esconde esto mientras prolifera la arrogancia de los «en mi opinión» (en lugar de lo que es propio de la fe, el

«en nuestra opinión») en tantas cosas de las que se leen en estos últimos años en la Iglesia?

¿No estaría bien que, si bien animando a estos estudios de teología tanto como sea posible, se apelara a la humildad (que también es realismo) a tantos maestros improvisados que corren el riesgo de olvidar, que, siempre y en cualquier lugar, —pero aquí de modo especial—, el diletantismo es peligroso? En efecto, como se ha dicho, «diletante es aquel que no sospecha lo complejas que son siempre todas las realidades».

4. Burocracia clerical

Ciertamente, es útil el servicio de esos colegas que los diarios llaman «vaticanistas». Como muchos otros, yo mismo me sirvo de su trabajo; pero, aun respetándolo como se merece, siempre me he negado a ejercerlo. Ya que cada persona tiene su pequeña historia, en mi caso me hace retroceder ante la perspectiva de dedicarme a tiempo completo a un «Vaticano», y, en general, a estructuras y *Nomenklaturas* clericales. Del «Palacio» religioso me interesan, más que las salas y sus ornamentos, sus sótanos, los cimientos que lo sostienen.

En el «Vaticano» (entendiendo en este término la también necesaria organización institucional de la Iglesia) vislumbro un *efecto* concreto de una *causa* que no es en modo alguno previsible: la verdad del Evangelio. Es esta verdad la que me interesa sondear, casi a la manera del ferroviario que golpea con su martillo (en este caso, la razón, la historia, la experiencia de la vida) las ruedas del tren (los artículos del *Credo*), para interpretar el sonido.

Me cuento entre aquellos que no saben adaptarse al cristianismo; que vagan por ese edificio, más que como cronistas que describen los hechos, como investigadores inquietos que desean comprobar si el permiso de construcción es legítimo o abusivo.

Por tanto, también en estos fragmentos, lo que me empuja es el primitivo problema de la *credibilidad* de la fe de la Iglesia. No el que se deriva de la *estructura*, de sus funcionarios, de las posibles reformas de un aparato para el que los técnicos de restauración tienen un deber primordial: hacerlo lo menos molesto y lo más transparente posible para que dé

testimonio de la verdad del Fundador y Jefe, y no de la gloria de la Compañía.

Precisamente por esta razón (no por interés en las disputas clericales), me parecen justificadas las preguntas de quien se interroga con preocupación sobre la creciente burocratización de la Iglesia. Es un fenómeno alarmante, y que, sin embargo, cuenta con muchos defensores, convencidos de que a mayor número de estructuras clericales, más «progresista», «adecuada al signo de los tiempos» y fruto de la «nueva Pentecostés posconciliar» será.

Tomemos un caso ejemplar, el de Francia. En ese país existe una Conferencia Episcopal que cuenta con 125 miembros con voto deliberativo, a los que de vez en cuando se añaden «participantes» e «invitados» con voto consultivo. Calcando la estructura estatal, la Conferencia se ha dotado en estos años de unos quince «ministerios», llamados Comisiones episcopales, que se ocupan *de universis rebus* con nombres habitualmente enigmáticos. Así, ¿a qué se dedicará el «ministerio» llamado de los *Milieux Indépendants (Medios independientes)*? Junto a esta estructura se sitúan el Consejo permanente y el Consejo de los Cardenales franceses. Hay también una secretaría para los estudios doctrinales, y un número impreciso de comités episcopales encargados de problemas que no son de la competencia de las quince comisiones.

Pero, además, Francia está dividida en nueve regiones apostólicas, cada una de las cuales posee su propia estructura burocrática y tiene en la cima a un obispo como presidente de la misma. A este armazón van a parar una red formada por otros organismos, institutos, entes, comisariados, consultores oficiales y oficiosos que hacen aún más compleja la gran maquinaria. Naturalmente, al bajar del vértice a la base, cada una de las 125 diócesis reproduce a su nivel dicho aparato burocrático; que no se acaba, porque la estructuración en comisiones, consejos y comités, aprisiona a cada una de las parroquias.

Todo esto se halla al servicio de una Iglesia que, justo en los veinte años en que se ha dotado de tan robustas estructuras burocráticas, ha bajado el número de sacerdotes de 40000 a 27000 (y uno de cada tres cuenta con más de sesenta y cinco años) y el año 1986 ordenó un total de 94,

mientras que en 1970 —un año ya crítico— fueron 285. Diócesis como las de París o Lyon, el año pasado sólo tuvieron tres nuevos sacerdotes. Mientras tanto, a lo largo de esos veinte años citados, la práctica dominical bajó del 25-30% al 3-5%, tanto en los barrios populares como en los burgueses. En algunas zonas urbanas sólo la mitad de los pocos niños nacidos de padres «católicos» aún recibe el bautismo.

¿Es culpa de la maldad de los tiempos? No se diría, dado que al decaimiento católico se une el crecimiento tumultuoso de las sectas, de los cultos de todo tipo, de las «nuevas Iglesias», mientras se hace importante el número de ex cristianos que se pasan al islam. El domingo, entre los pocos que acuden a misa, se realizan desconcertantes colectas para ayudar a los viejos y nuevos discípulos de Mahoma a construir nuevas mezquitas. Mientras tanto, en el seno de esa misma Iglesia ha nacido incluso el cisma lefebvriano.

Pese a todo, no falta quien proteste indignado si se sospecha una relación entre el crecimiento descomunal de la estructura burocrática (que, por otro lado, absorbe a buena parte del poco clero que subsiste) y su escasa fecundidad, como si esos funcionarios perdiesen el tiempo produciendo documentos kilométricos surgidos a partir de laboriosos trabajos en equipo, cuya continua superposición casi siempre pasa desapercibida o se ve con indiferencia, tanto «dentro» como «fuera» de la Iglesia.

Al margen de la relación entre el árbol burocrático y los fallidos frutos pastorales, es innegable que el amoldamiento católico de estas últimas décadas a la estructura estatal corre el riesgo de inutilizar una de las más valiosas singularidades de la Iglesia. En ésta, a diferencia de lo que sucede en el «mundo», el poder no se ejercía nunca de manera *anónima* sino *personal*. Desde el papa a los obispos o los párrocos, siempre era una persona concreta la que poseía derechos, pero que asumía como propios deberes y responsabilidades. A cualquiera de los niveles de la estructura le correspondía un nombre y un rostro. El anonimato del ministerio, de la comisión, del comité, de la plantilla de expertos forma parte de lo que se ha llamado «el rostro demoníaco del poder» (para la teología, ¿no es el diablo la no-persona por excelencia?).

El sentido de opresión e impotencia que se siente ante cualquier tipo de burocracia tiene como componente esencial la imposibilidad de personalizar «quién» decide y manda de verdad, detrás de estructuras colectivas que, respondiendo a todo, no responden a nada. También en esto, la Iglesia era «diferente».

¿Estamos seguros de que enjaular el Espíritu en organigramas de «sagrado *management*» cada vez más complicados es realmente un progreso, que corresponde a la intención de renovación de los Padres conciliares, como afirman sin vacilar tantos neoclericales?

5. Creyentes creíbles

A propósito de modas. Me encontraba en Bolonia con motivo de una entrevista con el arzobispo de dicha ciudad, el cardenal Giacomo Biffi, quien, por su origen milanés, ha tomado de Ambrosio el lema de su obispado: *Ubi fides, ibi libertas*, donde hay fe hay libertad. En efecto, decía aquel santo algo que se demuestra siempre actual, y hoy más que nunca: «¡Cuántos amos acaban por tener aquellos que no quieren reconocer a Jesucristo como único amo!»

Afortunadamente, el arzobispo de Bolonia parece pertenecer al que Giuseppe Prezzolini llamaba «el club de los *àpotoi*» en relación al término griego que significa «los que no la tragan», aquellos que quieren reservar sus energías y entusiasmos a causas más duraderas, más serias y, sobre todo, menos dañinas de las que periódicamente quisiera imponernos el «mundo», por las buenas o por las malas.

Así, aquí tenemos un cardenal alérgico a las frases hechas, a los eslóganes y a los adjetivos que también están de moda en el mundo clerical: como ese dicho según el cual el primer deber de la Iglesia de hoy día sería ser «creíble» para los hombres de nuestro tiempo.

«Pues no —me decía Biffi—, hoy como siempre, la Iglesia debe esforzarse en primer lugar en ser *creyente*. Querer ser *creíble* a toda costa significa preocuparse excesivamente por la escala de valores dominante en ese momento; significa ponerse a remolque del mundo y sus humores, aceptarlos como amos siempre cambiantes. Intentemos ser verdaderamente

creyentes, es el único modo seguro, y permitido a los cristianos, de resultar *creíbles*.»

6. Novísimos

El ritmo parece cada vez más acelerado. Ya no pasa una semana en la que no se anuncie la presentación de algún documento eclesiástico, de algún laborioso destilado procedente de comisiones clericales, de todas las categorías y sobre todos los temas. El mecanismo es el de siempre: una conferencia de prensa para anunciar el parto en la que participan los mismos informadores de siempre, luego una noticia en los periódicos, que suele ser desorientadora porque sólo recoge (o se deforma) un único aspecto, una sola palabra. El resultado suele comportar un aumento de la confusión en lugar de aportar mayor claridad. De todos modos, todo acaba ahí, a la espera del próximo documento destinado, como los demás, a los archivos.

Ya hemos hablado del tema (y numerosos sacerdotes, y también obispos, nos escribieron para darnos su aprobación): la multiplicación de las palabras —palabras que suelen estar faltas de rigor por ser frutos de intercesiones y compromisos, temerosas de provocar la susceptibilidad de cualquiera—, la nube gris de los documentos, probablemente no son ese signo de vitalidad que los optimistas a ultranza fingen que es. Por el contrario, tal vez sean una señal inquietante de incertidumbre, cuando no de desorientación.

Con toda seguridad son el nuevo estilo con que el «aparato burocrático» clerical justifica su existencia, lo cual poco tiene que ver con las exigencias del «pueblo de Dios».

Es más, se corre el riesgo de hacer creer que el cristianismo es algo complejo, laborioso, incierto, una construcción inacabada, en la que antes de juzgar el bien y el mal es preciso dedicarse a investigar en los archivos los infinitos «documentos» precedentes, examinando toda la literatura sociológica para pasar posteriormente al debate y a la búsqueda de compromisos en los grupos de expertos. Y, al final, no se sabe cómo actuar en la práctica, quedando, pues, a la espera del siguiente documento, que será «más avanzado».

Existe una constante histórica según la cual un sistema político en crisis (el italiano, por ejemplo) multiplica la producción legislativa y enmaraña las leyes. Pero esa misma constante es aplicable a cualquier institución humana (y la Iglesia *también* lo es): se multiplican las palabras, las (rases elaboradas y sopesadas, presentadas como remedio instintivo, aunque ilusorio, para no afrontar de cara los problemas de fondo. Son esos problemas que exigirían algo distinto al *soft* de las frases que afirman y niegan a la vez, exhibiéndose con reverencias ante cualquiera, es decir, precisarían de un bisturí o hasta del hacha, una elección clara de campo, esa nitidez en las posiciones que, no se sabe por qué, hoy parece poco «caritativa», mientras que, en cambio, es el corazón de la caridad del Evangelio.

¿Acaso no está escrito: «Que vuestras palabras sean: sí, sí y no, no; lo demás es obra del Maligno» (Mi. 5, 37)? ¿Y no está también escrito: «Que vuestro sí sea sí y vuestro no, no, para no incurrir en el pecado» (Sant. 5, 12)? Son palabras del Nuevo Testamento pero, por lo que parece, ya no se citan por temor a incurrir en sospechas y acusaciones de «integrista», de «falta de espíritu dialógico», olvidando que el diálogo auténtico— tiene como presupuesto la claridad de las posiciones. El respeto y la caridad hacia el adversario consisten en decirle con exactitud lo que se aprueba y lo que se condena, no lo que se cree y lo que se rechaza.

Hay que volver a utilizar pocas palabras, y claramente. Si es necesario, habrá que recurrir a las palabras «fuertes», escandalosas; pero, precisamente por esto, más eficaces. Incluso, la más impronunciable de todas: «infierno».

Pensaba en ello mientras hojeaba (leer, aunque sólo sea por deber, es hoy imposible, esta cantidad de papelorio se puede «hojear» como mucho) uno de los mejores, hay que reconocerlo, documentos eclesiásticos, dedicado en esa ocasión a la producción y al consumo de pornografía. Es un buen texto, que incluso a ratos es insólitamente vigoroso, ajeno tanto como le es posible a ese bla-bla del sociologismo y psicologismo de «experto en ciencias humanas».

Pero, ¿por qué detenerse en un punto concreto y renunciar a ir hasta el fondo, hasta esa precisa «obra de misericordia espiritual» del viejo

catecismo que habla de «amonestar a los pecadores»? Y amonestarlos con fraternal dureza, como hubiera hecho Jesús en persona.

Si realmente se desea escribir estos documentos, habría que intentar volver a poner sobre la mesa las cartas de la fe: «Estad atentos, queridos hermanos, porque —por el Evangelio en el que creemos— algunas vías, como la de la pornografía (o la de la droga, la criminalidad o la opresión) pueden llevar a la condena eterna, a las llamas inextinguibles, a lo que llamamos infierno.»

¿Es que ya no creemos en ello, dado que ya nadie, en ninguna categoría eclesiástica, se atreve a hablar de este misterio terrible de la justicia de Dios que, si bien de una manera en la que no podemos tratar de penetrar, acompaña al misterio de su amor? «Que teman al menos a Dios, si han dejado de temer a los hombres», decían los maestros de la espiritualidad clásica. Es el temor de Dios —palabra de la Biblia— el principio de la sabiduría: si los hombres no van a llegar a «sabios», que al menos se vuelvan reflexivos, que sean prevenidos.

Que los pastores respeten su deber de no ocultar nada de la fe, pues ésta será su contribución a toda la sociedad, a la que serán mucho más útiles que convirtiéndose ellos mismos en sociólogos o sindicalistas, de los que ya hay demasiados en el mundo. Su deber es volver a anunciar la recompensa eterna para los buenos y recordar el riesgo de la perdición eterna a los malvados; recordar el paraíso y el infierno, pues, además de la fidelidad a la totalidad del Credo, para los cristianos supondría una contribución a una convivencia humana cada vez más amenazada por los demonios del dinero, el poder, el egoísmo y la prevaricación.

El aspecto «social» de los *Novísimos* (muerte-juicio-paraíso-infierno) es un tema de actualidad en un momento en que vastos sectores de la Iglesia los tocan casi avergonzados, pensando que su contribución a la comunidad de los hombres consiste en decir y hacer aquello que el mundo sabe decir y hacer mejor que ellos, y desde hace más tiempo. Con el resultado que, sin embargo, está a la vista de todos.

¿Quién dice que sería ineficaz? Pero, ¿es que acaso son eficaces los elogios a las dramáticas plagas de nuestro tiempo y a sus responsables, los análisis, las exhortaciones, los asistentes sociales, las comisiones de estudio, las tediosas llamadas a nobles e ineficaces «valores»? En

cualquier caso, tenga efecto o no, la verdad en la que cree el cristiano queda clara; recordemos que, a menos que desee renunciar a su fe, el cristiano no puede creer que los fallos y peligros de los comportamientos culpables sólo se limitan a este mundo, a esta vida.

El pecado es llamado por su nombre, sin escamoteos sociológicos, para que al final todos sean culpables e inocentes y nadie deba pagar más que los otros. Y no se puede hablar de pecado sin que ello remita al día en que el justo Juez «dará a cada uno según sus méritos y sus faltas».

Pero, para volver a la eficacia, no estaría yo tan seguro de la irrelevancia de una vuelta a la predicación, a la «justa» predicación. El mundo todavía está lleno de «don Rodrigos», petulantes en el ejercicio del mal (al menos, mientras va bien), y aparentemente reacios a toda exhortación, pero (como dice Manzoni) en nada exentos de los «secretos horrores», de los «lejanos y misteriosos espantos» de don Rodrigo, si un fray Cristóbal cualquiera todavía encontrase el valor, tras inútiles intentos por las vías del diálogo y la misericordia, de alzar el brazo en la llamada evangélica: «Escuchad bien lo que yo os prometo. Llegará un día...»

7. El grano y la cizaña

Tomábamos nota de una película famosa para reflexionar sobre el caso de Camboya. Es decir, sobre uno de los intentos más ejemplares (y más trágicos) de «perfeccionar» la sociedad, de hacerla «racional» de acuerdo con un plan teórico. Entonces observábamos que semejantes proyectos en carne humana constituyen una moderna maldición.

Por esta razón, cuando se me pregunta cuál de las enseñanzas del Evangelio me parece más actual y valiosa en el campo político-social, no vacilo. Respondo que lo más importante —también para los muchos cristianos tentados de seguir las desastrosas utopías surgidas a partir del iluminismo dieciochesco— sería volver a meditar sobre la parábola del grano y la cizaña del capítulo trece de Mateo. Es una parábola que realmente resulta básica, hasta el punto de contarse entre las pocas explícitamente narradas por Jesús a los discípulos. El Maestro termina su explicación con una advertencia que es una confirmación ulterior de que

en ese momento nos hallamos ante un punto decisivo: «¡El que tenga orejas que oiga!» (Mt. 13, 43).

El sentido de la parábola es la necesidad de aceptar la imperfección de este mundo que vive bajo el régimen del pecado; no ceder a la tentación (que parece tan noble) de querer extirpar a toda costa la cizaña que, en la historia de la humanidad, crece ahora y siempre junto al grano. Se trata de rechazar, pues, el deseo de una humanidad «perfecta» en la época de la «cosecha». Para decirlo con las palabras de Cristo: «La cosecha representa el final del mundo y los cosechadores son los ángeles. Entonces, así como se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así sucederá con el fin del mundo» (Mt. 13, 39-43).

Es también Jesús quien reprocha duramente a los discípulos cuando (casi como doctrinarios de Pol Pot) se sienten invadidos por el deseo de «perfeccionismo» social y, frente a quienes no quieren escucharles, preguntan: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y acabe con ellos?» (Lc. 9, 54).

Los utópicos políticos, los «ingenieros sociales», los revolucionarios de cualquier pelaje (pero también los buscadores de «reformas» cada vez más sofisticadas) son quienes —una vez ha quedado abandonada la paciencia evangélica basada en la fe en otro mundo inmaculado, pero que no es para ahora— nos atormentan y atropellan desde hace dos siglos, tratando de extirpar la cizaña, de hacer bajar el fuego sobre un mundo que no corresponde a su modelo. Son «camboyanos» de todo tipo siempre dispuestos a exterminarnos a todos porque no correspondemos (ni lo podremos hacer nunca) al plano «racional» de perfección.

Por eso ha sido tan grave el abandono —o, al menos, el olvido— por parte de tantos católicos de su verdadera doctrina social, que como tal (así lo escribe uno de los mayores expertos, el sociólogo y luego cardenal Joseph Höffner) «tiene el deber decisivo de poner en guardia contra cualquier forma de utopía social. Antes de la ascensión, los discípulos preguntaron: “Señor, ¿es éste el tiempo en que restablecerás el reino de Israel?” (Ac. 1, 6). La historia ha visto a una sucesión de sectarios y herejes reclamar o prometer el paraíso en la tierra. Pero, la doctrina social de la Iglesia sabe que antes del juicio final no habrá ningún paraíso terrestre. Ni siquiera los apóstoles más diligentes estarían en situación de

crear organizaciones sociales ideales, ya que “el mundo está en poder del maligno” (1 Jn. 5, 19). Al final de la historia, ni siquiera las mejores instituciones terrenales habrán alcanzado la perfección, sino que serán superadas y juzgadas por el Cristo venidero».

Para continuar con las palabras del cardenal Höffner: «La auténtica y realista doctrina social católica es tolerante con la debilidad humana y se aleja de peligrosos perfeccionismos: mira con humildad y tenacidad la instauración de un orden social que permita al ser humano cumplir de la mejor manera posible la voluntad de Dios y conducirlo a una vida cristiana. Es una doctrina, pues, que rechaza tanto el utopismo como un espiritualismo de gueto que no reconozca a la fe ninguna capacidad ordenadora en el campo de lo social y abandone el mundo a su destino.»

El mundo es mejorable con nuestro compromiso, pero no como piensan los «revolucionarios», es decir, haciendo tabla rasa y reorganizándolo todo desde el principio. Es mejorable solamente si se acepta su esencial imperfección frente a cualquier ideal inspirado y diseñado desde la teoría. Lo será si se acepta la idea (intolerable también ésta para todos los «revolucionarios») de que en la vida social existen aspectos «naturales» establecidos por una voluntad misteriosa por no ser humana, que los hombres no pueden trastocar impunemente.

Para seguir con el ejemplo más vistoso: lo que une a todos aquellos revolucionarios (igual a marxistas que a nazis: estos últimos son hijos legítimos de la ideología moderna) es el intento de erradicar la familia en su acepción «natural» y, por lo tanto, también cristiana. En efecto, desde el punto de vista de la «ingeniería social», la institución de la familia entendida de este modo no resulta «racional» sino que es una fuente de disipación y origen de egoísmo.

¿Acaso no disminuirían los costes sociales y aumentaría el sentimiento de pertenencia a la sociedad en su conjunto rompiendo el «encierro» familiar, organizando de manera colectiva los servicios domésticos y quitándole la prole a la pareja para confiársela a una autoridad común, gestionada por las autoridades públicas? En efecto, todos los «reorganizadores» han puesto el énfasis en este punto, presentando sus planes para la reproducción y la cría de la especie humana.

Pero cada vez que se ha pasado a la acción se ha producido el desastre: hasta el punto de que en cada ocasión, apenas se produce la liberación de la represión autoritaria, la gente retorna espontáneamente al modelo familiar de siempre, por «irracional» que pueda parecer.

El cristiano sabe por qué sucede y halla la explicación desde el primer libro de las Escrituras, en el Génesis, y luego en las palabras del Nuevo Testamento. El no creyente puede no aceptar el hecho de que aquí nos encontramos frente a uno de los aspectos de ese plano divino que no se consiente al hombre manipular. Pero, también para quien no cree debería servir la lección de la experiencia que siempre ha mostrado que destruir a la familia (y eso sirve para tantos otros aspectos, como la propiedad individual que todos los «ingenieros sociales» quisieran abolir y que, en cambio, se revela condición esencial para que el hombre se convierta en persona), por imperfecta que resulte esta institución, destruir a la familia para volcarse en otros experimentos conduce a la catástrofe.

En cambio, todas las generaciones cuentan con sus teóricos dispuestos a soñar y, en el peor de los casos, a intentar transformar ese sueño en una pesadilla concreta: ¡por el bien de la humanidad, se entiende! Como desgraciadamente nos enseñan y enseñarán las tropas de Camboya de ayer, de hoy y, ciertamente, de mañana.

6. Carta abierta a Hans Küng

Querido padre Küng:

Usted es sacerdote, se acerca a los setenta años de edad, entró en el seminario cuando era niño, lo conoce todo y a todos en el mundo clerical. Así pues, también usted habrá oído esas historias divertidas que circulan en el *milieu*, y de las que usted es protagonista. Una, por ejemplo, es la de los cardenales reunidos en cónclave que —al no encontrar entre ellos a nadie bastante «progresista» y, por tanto, capaz de guiar la barca de Pedro hacia el «sol del porvenir»— le envían un emisario a Tubinga para saber si está dispuesto a subir al solio pontificio. Y usted responde: «¿Yo papa? ¡Es una provocación vaticana! Si fuera papa, dejaría de ser infalible, lo que ahora, como teólogo de vanguardia, soy y quiero seguir siendo...»

Una historia divertida —y ha de admitirlo¹ que lleva en sí una verdad. Leyendo sus cosas —por lo menos desde hace quince años siempre iguales, pero con un índice de agresividad que a veces se convierte en insulto—, uno tiene realmente la impresión de que usted quiere atribuirse ese carisma de infalibilidad que niega a aquel y a aquellos a los que Cristo ha garantizado la asistencia del Espíritu.

Ahora, usted, con sus *Tesis sobre el futuro del papado*, llega a desear —constato con tristeza— la rápida intervención de la muerte que, al llevarse a Juan Pablo II, libere la barca de la Iglesia de un «capitán» que está por echarla a pique. Al periodista de *II Corriere della Sera*, que le pregunta si desea que el papa dimita, vista su insistencia en un cambio de la cúpula de la Iglesia, responde con decisión que no. En efecto, explica que, aunque dimita, pero siga con vida, «este papa [cito textualmente] haría de todo para apoyar un sucesor en el espíritu del wojtylismo y del Opus Dei. Es preciso, por tanto, garantizar que los cardenales puedan elegir un sucesor sin sufrir manipulaciones, guiados únicamente por el Espíritu Santo».

Un Karol Wojtyła vivo sería, pues, «un manipulador», un obstáculo intolerable a la acción del Paráclito: así, que se muera y lo antes posible. *Raus!* Naturalmente, mi esperanza —y la de todos los que, sea cual fuere su fe o su incredulidad, no están cegados por el *furor theologorum*—, nuestra esperanza, decía, es que hayamos comprendido mal, que usted no quería decir esto, que no quería llegar tan lejos.

Lo espero como hombre y como hermano en la fe. En efecto, a pesar de los insultos que he recibido de usted en la prensa internacional (primero por mi libro-entrevista con el cardenal Ratzinger, luego por el otro con el papa Juan Pablo II y por la traducción alemana de otros escritos míos), a pesar de las palabras ofensivas que me ha dedicado, he escrito varias veces que, a pesar de todo, tengo por usted un sentimiento de simpatía. En el sentido etimológico: «padecer con».

Küng no corre el riesgo de ser «vomitado» por ser «tibio», «ni frío ni caliente», por citar el tercer capítulo del Apocalipsis. Se puede —mejor dicho, creo que se debe, y con firmeza— disentir de la terapia suicida que usted propone para el catolicismo en particular y para el cristianismo en general.

Estoy convencido de que, si precisamente se sigue el rumbo que usted propone, la barca de Pedro se rompería contra los escollos o quedaría desierta, abandonada por los últimos ocupantes. Y, sin embargo, a pesar del tono cada vez más desagradable e intolerante que usa usted, nunca le he negado la buena fe, la lealtad de las intenciones: en usted hay pasión, no «tibieza». Hay (así, por lo menos, nos parece a muchos como yo, a los que usted ha insultado: sucede a menudo que quien habla demasiado de «diálogo» cree que está libre de practicarlo), hay en sus invectivas un diagnóstico equivocado, pero está también el tormento por la causa de la fe en el mundo de hoy.

Pero justamente éste, padre Küng, me parece que es el punto decisivo: ¿está usted tan seguro de que este mundo está habitado por personas que esperan de la Iglesia lo que usted imagina? Quien, como el que le escribe (permítame una alusión personal en esta carta que quiere ser personal), viene de lejos, que se ha formado —o deformado— no en cerrados ambientes clericales sino en esa cultura ilustrada que tanto le fascina, a duras penas frena una reacción irónica al leer estas «tesis» suyas, presentadas como nuevas y que en cambio se han repetido cien veces.

Profesor, ¿le ha asaltado alguna vez la duda de que se yerra el tiro al buscarle un lugar al cristianismo —a toda costa, incluso con el peligro de deformarlo— en las categorías «modernas» que le obsesionan, pero que muestran su anacronismo con mil señales? Usted es un apologista; y lo digo con solidaridad, aunque para usted este apelativo forma parte de esa categoría de lo «políticamente incorrecto» que le aterroriza. Pero, para quien conoce cómo ver el mundo de la verdad, esta apologética suya parece más adecuada al pasado en el que usted se formó, a los años sesenta conciliares, que levantaron su fama y que marcaron el ápice y al mismo tiempo el comienzo del declive de la modernidad.

Hemos entrado en una tierra desconocida que, a falta de términos mejores, llamamos «posmoderna». El hombre de hoy —ese al que usted se dirige— está cansado y muere de lo que usted quiere proponerle otra vez: desacralización, desmitificación, profanidad, racionalismo, libertinaje, ilustración, socialización, democratización.

Busca a tientas —le escandaliza, por supuesto, pero no la tome con quien no hace más que describir— Sagrado, Símbolo, Misterio, Tradición,

Disciplina, Religión, Autoridad, Milagro, Mística, Gregoriano, Prodigio, Ángeles, Videntes... Y así hasta la saciedad.

El mítico «hombre de hoy» sobre el que usted fantasea (y que, si alguna vez existió, pertenece a una modernidad muerta) no asiste a los debates —sobre todo si los animan teólogos «ilustrados»— y corre a donde se esparcen voces de apariciones: se niega a leer los documentos, aunque sean sofisticados, de las infinitas comisiones y grupos de trabajo clericales y escucha con avidez cuando se le habla de Sábana Santa, Lourdes, Fátima o Medjugorje, de prodigios, de ángeles buenos y malos, incluido el demonio; abandona las parroquias, reducidas a centros «democráticos» de comités y asambleas, con elecciones y organigramas, y llama a la puerta de carismáticos, gurús, sectas e iglesiuchas donde hallar lo «sagrado» y la «religión», y no sociologías o ideologismos; respeta, tal vez, aunque los abandona a sus asuntos, a sacerdotes y religiosas disfrazados de «gente como las demás», de las que hay gran abundancia, y ansiosamente va a buscar hombres y mujeres «diferentes», «de Dios». Al padre Pío, para entendernos y por citar a uno que nada sabía de «planes pastorales» ni de «nuevos planteamientos kerigmáticos» y que de las lecciones del profesor Küng poco o nada hubiera entendido; pero, que, justamente por esto, atrajo en su vida a más almas que todas las facultades teológicas juntas en su historia pasada y futura.

Participaba una vez en una fastuosa conferencia de prensa organizada por el grupo de sus editores para presentar su enésimo libro donde —como de costumbre y con su acostumbrada impetuosidad virulenta— pedía para la Iglesia católica lo mismo que sigue pidiendo con estas últimas «tesis» suyas. Sacerdotes casados; mujeres-sacerdote; divorciados admitidos a nuevos matrimonios; homosexuales venerados, métodos anticonceptivos libres, aborto aceptado, párrocos, obispos y papas elegidos por todos; cismáticos y herejes puestos como modelos; ateos, agnósticos, paganos acogidos no sólo como hermanos en humanidad sino como maestros de vida y pensamiento de los que aprender todo... En resumen, el acostumbrado rosario de lo «teológicamente correcto». Los mandamientos del nuevo conservador, las «valerosas reformas» del conformista occidental medio.

Perdóneme, pero a duras penas contenía los bostezos. A mi lado le escuchaba con atención un pastor protestante que, al final, tomó la palabra: «Es muy hermoso y edificante, profesor Küng. Tiene usted razón, éstas son las reformas que el catolicismo debería poner en práctica. Pero, dígame: ¿por qué nosotros, los protestantes, tenemos todo lo que usted pide, y desde hace mucho tiempo, y sin embargo nuestros templos están menos llenos que sus iglesias?»

No sólo usted no respondió a la pregunta, que desde el cielo de las teorías «pastorales», óptimas para los semestres académicos, bajaba a la brutal realidad de los hechos, estos maleducados que no quieren entrar nunca en nuestros esquemas, sino que veo en su artículo de *Il Corriere della Sera* que sigue impávido: así, el pecado imperdonable de este papa sería sobre todo el «no haber introducido en la Iglesia católica las instancias de la Reforma y de la modernidad».

En cuanto a la «modernidad», ya hemos hecho alusión a algunas cosas. Respecto a la Reforma, ¿es posible que uno como usted, que vive entre Suiza y Alemania, que conoce ese norte de Europa, que se pasó (a menudo por la violencia de los príncipes) al verbo de Lutero, Calvino, Zwinglio, es posible, decía, que no constate el verdadero estado de Iglesias que antaño estuvieron tan vivas? ¿Es posible que sus viajes por el mundo no le hayan mostrado que el único protestantismo que hoy parece tener un futuro es ese protestantismo «enloquecido», agresivo, intolerante hacia todo ecumenismo, representado por miles de sectas y de iglesiuchas?

¿Se pueden proponer hoy para la Iglesia romana —casi como si fueran novedades taumatúrgicas— reformas que la que a sí misma se llama «Reforma» descubrió y adoptó hace cinco siglos y cuyos rebultados están a la vista de todos los que sepan leer sin los anteojos de la abstracción? Por poner sólo un ejemplo, este año más de once mil anglicanos de Gran Bretaña han pedido entrar en la Iglesia católica. Dentro de algunos días, el arzobispo de Londres ordenará sacerdotes católicos a muchas decenas de pastores anglicanos. Son hermanos (y hermanas) cuya conversión ha sido provocada por la decisión de la jerarquía anglicana de ordenar a las mujeres. Una decisión que no les ha atraído ningún católico (¡ni ninguna católica!), mientras que ha provocado un éxodo importante

hacia el catolicismo. Profesor Küng, por lo menos en este caso, ¿no son los hechos exactamente lo contrario de lo que afirman sus teorías?

¿Qué dice, por ejemplo, de esa Holanda que antes del Concilio era quizá el país del mundo con la más ferviente vida católica, que inmediatamente después del Concilio se convirtió en la esperanza y La Meca del progresismo clerical, que llevó a cabo lo que era posible realizar de las reformas que usted invoca, cubriendo de desprecio «la arcaica teología romana», y que en breve tiempo fue reducida a un desierto donde las iglesias que no caen en ruinas las transforman en supermercados, porno-shops o hamburgueserías? Padre Küng, ¿no le ha revelado nunca nadie que si el más católico de los continentes, el latinoamericano, se está pasando rápida y masivamente a las sectas «enloquecidas» que citaba antes o regresa a los cultos afroamericanos es porque busca en esto lo que ya no le da cierto clero católico, que (formado a menudo en la escuela de sus facultades alemanas) dice que «ha elegido a los pobres», mientras que «los pobres» no lo han elegido a él?

Tal vez usted contraponga otros hechos a los míos. Los examinaré con atención: el único carisma que me atribuyo es el de la falibilidad; creo, sin embargo, que no me equivoco al recordar que —«remontando», como decía el viejo 68 que sólo sigue vivo en la Iglesia como usted nos testimonia— lo que le divide a usted de los que insulta es, al fin y al cabo, la concepción misma de la Iglesia. La cual no es un club donde los socios pueden cambiar a su gusto el estatuto para «adaptarlo a los tiempos», no es un círculo de lectores del mismo viejo Libro, donde cada uno defiende su interpretación: no es ni siquiera una asamblea donde el «en mi opinión» de cada uno tiene el mismo valor que el de los demás. Este papa al que (repeto: espero que su pensamiento haya sido malentendido) usted parece desear una muerte liberadora, no es amo sino siervo y administrador de una Escritura y una Tradición que no son suyas, al igual que no lo son de ningún hombre. Me detengo inmediatamente porque me sentiría algo ridículo si fuera más allá de la simple alusión al problema con quien, como usted, conoce mucho mejor que yo no sólo la eclesiología católica, sino también la comparada.

Y, precisamente porque la conoce —y tan bien—, permítame decirle que de la Iglesia institucional, de los hombres de Iglesia, veo todos los lí-

mites, todos los defectos (que son también los míos: como todo bautizado, ¿acaso no soy yo también «la Iglesia»?); que conozco y apruebo la vieja sentencia sobre la *Ecclesia semper reformanda*-, que estoy tan lejos de todo tipo de triunfalismo que soy sospechoso para muchos que sospechan también de usted.

Y, sin embargo, tal vez precisamente porque no he nacido en esta vieja Iglesia, en ella he hallado —experimentando su vida concreta— un lugar de humanidad, libertad, sabiduría y esperanza que en vano había buscado en otras partes. También —y sobre todo— en esa «modernidad» que le obsesiona y que usted quisiera imponernos y cuya salida buscan los hombres a tientas para no morir asfixiados.

Sepa perdonarme, profesor Küng, respeto sus «nuevos paradigmas» que he meditado en tantos libros suyos, pero —por lo que me atañe— se los dejo con gusto. Si a la fuerza debo equivocarme, más que en su compañía, prefiero hacerlo en compañía de esos muchos para los cuales ese papa «polaco» —como lo llama— no es una carga sino un don; no es un amo contra el que rebelarse sino un padre; no es el presidente de un club sino el sucesor de Pedro en la dirección de una Iglesia que, por la fe, no es sólo ni en primer lugar «el Vaticano» sino que es el Cuerpo mismo de Cristo.

¿Periodista de corte? ¿Diletante y autodidacta de la teología? ¿Laico abusivo entre los clérigos «conocedores»? Quizá también esta vez me lo gritará desde sus periódicos. En cualquier caso, aquí tiene un hermano que, aunque alérgico a toda retórica, le confirma su estima y se siente solidario —*malgré tout*— con su, si bien trastocada, pasión apologética y misionera en un mundo que no soporta a quienes como nosotros son sospechosos de «tomarse demasiado en serio» la causa del Evangelio.

VI. EL DESAFÍO DE LO SOBRENATURAL

1. Lourdes/1

Era jueves el 11 de febrero de 1858. Han pasado ciento tres años y tres días desde aquella mañana lluviosa en la que, entre el Gave de Pau y el canal del molino Savy, una muchacha de catorce años semianalfabeta y ya minada por la tuberculosis sintió «un golpe de viento, como un trueno». Bernadette sólo poseía un rosario, que extrajo del bolsillo al divisar a *Aqueró*, «Aquélla». No poseía una Biblia, por lo que ignoraba la señal del día de Pentecostés: «De repente llegó desde el cielo un estruendo, como de viento potente» (Ac. 2, 2). Aunque ella lo desconocía, no era el caso del sacerdote al que se confió, quien al oír sus palabras advirtió de inmediato un aroma de Evangelio. Y nada más que el Evangelio (en estado puro, casi en su quintaesencia) se reveló en todo lo que siguió, hasta el día de hoy. Pobreza, humildad, ocultamiento, es cierto. Pero también fue un grano de mostaza que se hizo árbol frondoso: con sus cincuenta mil camas, Lourdes es en la actualidad el segundo centro hotelero de Francia y está a punto de superar a París, apuntando a la primacía europea e incluso mundial.

Las palabras de una hermana de la misma orden hablan del estilo de la joven que alguien definió como «la obra maestra de María, casi confiada a la Trinidad de acuerdo con un proyecto que la hacía instrumento ideal para acoger y divulgar el Mensaje». («Es Bernadette misma, más aún que las curaciones —dijo su confesor—, el milagro que prueba la verdad de Lourdes.») Aquella monja declaró: «Tenía una debilidad por todo lo pequeño.» También aquí se muestra el Evangelio en estado puro. Pero el Evangelio es una paradoja: así como, por ejemplo, aquél que quiso ser el más pobre y acabó enriqueciendo su ciudad, Asís, con el arte más valioso y el prestigio más universal; así aquella que amaba «todo lo que es pequeño» ha transformado la oscura aldea en una gigantesca terminal para más de cinco millones de peregrinos al año. El pueblo de los Pirineos ha superado en número de visitantes a las más ilustres y orgullosas metrópolis del mundo, gracias a la más insignificante y mísera de sus hijas.

Pensándolo bien, es la lógica del *Magnificat* que María sigue aplicando a sus benjamines.

He observado durante horas a los peregrinos, con la solidaridad cómplice de uno de ellos, pero también con la curiosidad del cronista, en mis estancias en el Gave. Una vez estuve allí precisamente en un gélido 11 de febrero. Bajo la gruta sólo hay un banco y, cosa rara, pude encontrar sitio sin quitárselo a algún viejo o enfermo. Una pequeña cola de personas avanzaba lentamente transformándose todo el tiempo: caminaban muy lentamente, como si quisieran disfrutar más tiempo de la cercanía de esas rocas, brillantes por el contacto de millones de manos. También ellos las tocaban y luego las besaban. Muchos buscaban con los labios las gotas que resbalaban por la roca. Todos restregaban medallas, rosarios, fotografías, objetos de todo tipo. Una vez llegaban al centro de la gruta, echaban una nota con un mensaje en una cesta: un contenedor para el dolor y la esperanza del mundo.

Los miraba y pensaba en la miopía intelectual de aquellos, sin excluir a los muchos teólogos que se autodescubren «adultos», que quisieran convencernos de que ese hombre sobre el que especulan no sabría qué hacer hoy día con las «devociones», y que sentiría como «superadas» o consideraría como «supersticiones» —rechazándolas, pues— las señales religiosas de siempre. Y en cambio, aquí tenemos al «hombre contemporáneo» —el real, no el del modelo académico o de la propaganda ideológica— frotando medallas y boca contra la roca, llenando botellas, encendiendo velas, escribiendo notas. Por la indumentaria, por el aspecto general, es fácil darse cuenta de que la mayoría de quienes desfilaban no eran en modo alguno esos «residuos de una subcultura católica en vías de extinción» de la que hoy día hablan, a propósito de los que frecuentan santuarios, no solamente los «incrédulos». Las personas que iban delante de mí eran los hombres y mujeres (y muchísimos jóvenes) del Occidente posindustrial, personas que se las veían con la electrónica en su trabajo.

Miraba yo aquella gente —«moderna» en todo, pero que necesitaba adorar, mostrar con señales concretas el sentimiento religioso, al igual que sus abuelos y, seguramente, que sus futuros bisnietos—, miraba y pensaba el modo en que la historia había desaprobado la pompa de quien predecía que ya no habría lugar para cosas semejantes en la ciudad seglar de la

tecnología, de la instrucción y los beneficios sociales. Pero iba pensando también en la ingenuidad, que se confía sea de buena fe, de cierta *intelligentsia* clerical que se ocupó y se ocupa de «desmitificar» el cristianismo, para «depurarlo de cualquier aspecto mágico», para convertirlo en algo mental, de aspecto «científico», presentable en la universidad. Y ésta, según sus palabras, sería la condición indispensable para «hacerlo de nuevo comprensible y creíble».

En cambio, como demuestra la experiencia, con semejantes disfraces profesoraes no disminuye la suspicacia y la ironía de los «laicos» y el resultado no satisface a los creyentes. Éstos no han cesado de acudir a los Lourdes del mundo en un número cada vez mayor. Tanto que, al parecer de algunos, la afluencia a los santuarios (antiguos y nuevos) es en la actualidad una rebelión en cierto modo de nosotros los laicos, de nosotros, «el pueblo de Dios» hacia una parte del clero, incluso hacia un cierto episcopado que ha caído en la trampa racionalista o que está aterrizado por la posibilidad de desagradar a los *demi-savants* que controlan los medios de comunicación.

Así, con la autoridad de quien es el mayor especialista mundial en estos temas, René Laurentin recordaba que (en los que llama «los años brumosos», de 1965 a 1976) «no hubo ningún reconocimiento de curaciones milagrosas en Lourdes a causa de una hipercrítica teológica por la que los mismos obispos no se atrevían a confirmar los casos ya reconocidos también por los médicos de la Comisión internacional». El mismo Laurentin recuerda cómo en ese tiempo, mientras la práctica religiosa se derrumbaba, Lourdes fue en Francia el único punto de resistencia, e incluso de expansión, hasta el punto que el arzobispo de París, el cardenal Marty, constataba: «Todo está en decadencia, excepto las peregrinaciones.» Sin embargo, me dijo Laurentin con amargura, «estoy convencido de que en nuestros días cierta teología actual conseguiría impedir el reconocimiento de Lourdes. Temo que Bernadette no sería creída en la Iglesia actual».

Se puede reflexionar que los «signos de los tiempos» frecuentemente son distintos de como se los imaginan algunos.

2. Lourdes/2

Un apunte más para un posible discurso sobre el misterio de Lourdes, hoy día. En efecto, aquí (para decirlo con las palabras del papa Juan, que fue un gran devoto) «de repente se ha abierto una ventana hacia el cielo: sería imprudente, además de falto de generosidad, no asomarse para descubrir los mensajes y las luces que confirman el Evangelio y que al mismo tiempo nos lo actualizan».

Como señalábamos, circula hoy una actitud de suficiencia cuando no de infravaloración, también por parte católica, de estos hechos. Pero no ha sido un estudioso retrógrado, sino el mismo Karl Rahner (maestro de la «nueva teología», el benjamín de cierto «progresismo» y, en consecuencia, bestia negra de cierto «tradicionalismo») quien ha puesto en guardia sobre el minimalismo clerical: «Si —escribió el teólogo alemán— la aparición posee todas las credenciales de la credibilidad, si la Iglesia se ha comprometido en un reconocimiento solemne, concediéndole incluso una liturgia adecuada, si papas y obispos han recomendado la devoción y se han dirigido al lugar como peregrinos; si esto se comprueba (y se ha confirmado tanto en el caso de Lourdes como en el de Fátima), no se entiende, entonces, que pueda haber diferencia entre el consentimiento de fe debido a esta “confirmación y actualización de la Revelación” y el consentimiento debido a la Revelación “oficial”.» Para Rahner, pues (como para otros prestigiosos teólogos de hoy día), en ese reconocimiento eclesiástico se encuentra —como en las canonizaciones de los santos— algo que parece comprometer la infalibilidad: obediencia de fe, pues, al Hijo de Dios que se revela en Palestina; pero igualmente si la Madre de Dios aparece en una gruta de los Pirineos o en el campo portugués.

Son debates teológicos en los cuales nosotros, pobres cronistas, no osamos intervenir, pero que indican que, con *aggiornamento* o sin él, Lourdes y similia no son en la economía católica pintorescos remanentes folclóricos, sino temas muy cercanos al corazón de la fe.

Pero, ¿por qué allí, en el departamento de los Altos Pirineos? ¿Por qué allí y no en otro lugar tenía que apuntar el *digitus Dei*?

Aun manteniendo un total respeto hacia el Misterio, colocad sobre el mapa un compás y al hacerlo girar descubriréis la sorprendente posición

central de Lourdes respecto a la Europa suroccidental, que es la «católica»: en línea de flotación se encuentra casi exactamente equidistante de Roma, Cádiz, Lisboa, Bruselas, Munich, Venecia, Palermo... ¿Quizá la que recomendó «venir aquí en procesión» casi pretendía asegurar —mediante la distancia idéntica a recorrer por el peregrino— una especie de equidad: el mismo tiempo, el mismo cansancio y los mismos gastos entre las personas a las que se dirigía la invitación? Es sólo una hipótesis, por supuesto, pero muy sugerente.

Respecto a los milagros, al recalcarse casi exclusivamente los «físicos», los propios creyentes a menudo se han amoldado a la mentalidad racionalista de quien sólo ve el cuerpo. Pero, para sanar a éste suele bastar con un buen médico o tal vez un guru o un chamán. Es la sanación del alma el verdadero prodigio para el que se necesita al Dios de la Biblia. «¿Qué es más fácil de decir: “Han desaparecido tus pecados” o “Levántate y anda”?» (Mt. 9, 5). Lo primero es lo más difícil. Pero, entonces, no hay que olvidar que a tenor de las estadísticas, Lourdes es el lugar del mundo donde se practican más confesiones y se dispensan más absoluciones. En esta secreta y cotidiana fuerza —capaz de doblegar el alma de los hombres que suele ser más dura que el hierro— se encuentra el verdadero y gran Milagro de la gruta. Amigos sacerdotes que han tenido la suerte de confesar en esos lugares me hablaban de su maravillamiento estupefacto por este prodigio siempre recurrente.

Es un milagro «oculto», sí, pero así es el Evangelio, cuyo Protagonista divide la historia en dos y, en cambio, casi no deja huella en los anales históricos del tiempo. Lourdes muestra su conformidad al Evangelio también en esta forma suya de ser una realidad imponente y oculta a la vez. Abrid, por ejemplo, la reciente y gran *Cronología Universal* editada por la Utet. Para el año 1858 encontraréis dos páginas henchidas de acontecimientos, también menores y curiosos, desarrollados durante ese año. Pero no se encontrará ningún rastro de Bernadette y de Lourdes. ¿Sectarismo de los redactores? No lo creemos así; si acaso, la consabida lógica de «ocultamiento» de lo que realmente es conforme a Cristo y al destino escogido para Sí y para los Suyos.

Volviendo a esos milagros «físicos» que sólo son signos esporádicos y en el fondo menores del prodigio espiritual —que es el superior y

cotidiano—, no hay que creer que se libre uno con la banalidad resabiada, todavía vigente, de que siempre se trata de curaciones «nerviosas» atribuibles a alguna fuerza «psíquica» natural, aunque sea desconocida todavía. Como ha constatado Auguste Vallet, un médico estudioso del problema, «la medicina no conoce ninguna enfermedad que, al menos una vez, no haya tenido en Lourdes una curación instantánea y verificada por las comprobaciones científicas del *Bureau Médical*». Decía irónicamente Émile Zola al contemplar los exvotos colgados en la gruta: «No veo piernas de madera...» En realidad, al menos en un par de casos (nosotros mismos, con todos los visitantes, hemos visto la documentación del *Bureau*) han crecido también de golpe los huesos.

Ya unos veinte años antes de que Zola escribiese su frase, el 7 de abril de 1875, Peter Van Rudder, un campesino flamenco que desde hacía ocho años tenía la pierna derecha fracturada, al punto que el muñón salía al exterior desde una herida, se curó repentinamente con una cicatrización completa y además con el crecimiento instantáneo de algunos centímetros de hueso.

El caso Van Rudder es especialmente singular: ante todo porque fue tan evidente que alcalde, gendarmes, jueces, médicos y demás notables de su pueblo, Jabbeke, quisieron firmar un documento oficial —puesto en las actas del municipio— que atestigüase cómo era el campesino «antes» y «después»; en segundo lugar, porque las universidades belgas siguieron el caso durante veintitrés años, hasta la muerte del beneficiado, cuando quisieron proceder a la autopsia, que mostró restos clarísimos tanto de la soldadura instantánea como del crecimiento del hueso (la relación científica se rinde a la hipótesis de lo que denomina «un cirujano invisible y misterioso»).

Pero luego: «Las excitaciones del viaje, las oraciones, los cantos, la fuerza psíquica que emana de la ferviente multitud», compondrían el clima que desencadenaría las energías que llevarían a esos «hechos nerviosos» que los crédulos devotos considerarían prodigios. Ahora bien, se da el caso de que Van Rudder no viajó y se hallaba solo y en silencio ese 7 de abril, ya que no sanó en Lourdes sino ante la imitación de la gruta construida por algunos devotos en Oostaker, en el mismo Flandes.

Las objeciones son banales y repetitivas: Patrick Marnham, un inglés nacido en Jerusalén, ha publicado recientemente un ensayo sobre Lourdes, con una visión, obviamente, «laica». Visita la gruta, ve que por un hueco se entrevé el cielo y, de repente (también él es uno de los que «se las saben todas»...), cree haber comprendido todo: hay una luz que se filtra. Por lo tanto, apariciones = ilusiones ópticas. El 21 de febrero de 1858, diez días después de la primera aparición, se levanta el expediente del interrogatorio del comisario Jacomet: «Un reflejo de luz en la gruta te ha engañado.» Y Bernadette (este pequeño David victorioso contra muchos Goliats, esta ignorante que verifica la verdad de la promesa: «Cuando os arrastren ante los tribunales, no os preocupéis de lo que tenéis que decir, porque se os sugerirá en ese momento», Mt. 10, 19), Bernadette, pues, dijo: «Pero yo he visto a *Aquero* muchas veces cuando estaba oscuro. Y, además, los reflejos de luz no hablan...»

A propósito de la vidente ¿no solemos olvidar que ésta es una historia toda de mujeres? Decenas de millones de personas, papas incluidos (Pío XII estaba a punto de personarse en avión por sorpresa, el año 1958, con motivo del centenario, pero los médicos se lo impidieron) van allí a orar bajo el testimonio de una chiquilla que dijo haber visto a otra mujer, igualmente joven. También aquí está presente el Evangelio. ¿Acaso no fueron femeninos los primeros testimonios sobre el Resucitado? Puede que también esta Iglesia sea «machista», pero, ¿en qué otro ambiente humano las mujeres han sido tomadas —en los hechos, en la práctica— tan en serio? ¿Quiénes son en realidad los verdaderos misóginos: esos católicos que veneran a Bernadette como a una santa y a partir de su palabra se ponen en camino, o esas feministas que, también recientemente, han publicado libros de aspecto erudito para demostrarnos que éste es sólo el consabido y vulgar caso de «histeria femenina»?

Extraño mundo en el que las feministas difaman y hacen burla del testimonio de una mujer; donde los «demócratas» que se excitan con el mero sonido de la palabra «pueblo», se mofan despectivamente de ese pueblo genuino que desde hace 130 años recorre los caminos que llevan al santuario; donde políticos e intelectuales sólo pronostican «lugares de asociación», «momentos de socialización», y pretenden ignorar lo que en este campo representó y representa Lourdes, lugar donde los «últimos» están realmente en el centro, donde quien está encerrado en su dolor es

arrancado a la soledad, donde pobres y ricos, enfermos y sanos, hombres y mujeres, se mezclan espontáneamente hasta formar una sola humanidad.

3. La uva de La Salette

Las «apariciones» son un terreno minado, ya lo sabemos. Pero resultaría muy poco coherente que, por un lado, la Iglesia todavía apruebe cultos, favorezca el surgimiento de santuarios, exhorte a peregrinar a los lugares que, a veces solemnemente, ha proclamado privilegiados por una misteriosa manifestación de lo Sagrado. Y que, por otro, rechace examinar críticamente las credenciales de las mismas.

Por ejemplo, ¿qué hay de las «predicciones», de los «anuncios proféticos» que tan a menudo aparecen ligados a las apariciones? Tomamos una que hoy día nos parece de las menos estimadas por un cierto espíritu racionalista, pero que ha sido aprobada oficialmente por la jerarquía, que desde hace casi siglo y medio promueve y aprueba las peregrinaciones: la aparición de la Virgen en las montañas de La Salette. Como es sabido, María anunció en aquella ocasión calamidades causadas por comportamientos irreligiosos. Dijo, entre otras cosas: «Harán penitencia con la carestía. Las nueces se enmohecen y *las uvas se pudrirán.*»

¿Qué ha sido de esa predicción? Estas palabras se pronunciaron el 19 de septiembre de 1846. Hurgando en los manuales de viticultura e historia agraria se descubre que justo un año después llegó de América a Francia un devastador y hasta el momento desconocido flagelo para la vid. En efecto, en 1847 se manifestó la criptógama (llamada «oídio» o «mal blanco»), un hongo parásito que hace exactamente que las uvas «se pudran». Eso era solamente el principio, porque —empezando también allí, en Francia— en 1868 se manifestó de forma imprevista la filoxera (una pulga microscópica) que, como observa el *Larousse*, «alcanzó en Francia las proporciones de un desastre nacional: más de la mitad de los viñedos quedaron destruidos y la producción se redujo en dos tercios, sin que durante mucho tiempo se lograra contener el flagelo». Aún no había acabado la cosa: en 1878 aparece la peronospora, también ésta una plaga desconocida hasta el momento. Seguimos con el *Larousse*: «La enfermedad, originaria de América, llegó a Europa —y concretamente a

Francia— y se expandió luego por todos los países donde se cultivaba la vid, provocando gravísimos daños.»

Paul Claudel escribió: «También la uva se estropeará. Aquí es fácil comprobar que la profecía se ha cumplido al pie de la letra. ¡Cuántas enfermedades han caído sobre la pobre vid desde el día de La Salette en adelante!» Las consecuencias de las imprevistas invasiones de parásitos fueron tales que, hoy día, en Europa (y especialmente en Francia) no existe quizá ninguna especie de vid que sea anterior a 1847. Y, repetimos, el anuncio de lo que iba a ocurrir era del año anterior.

¿Sería pecar de «lesa ciencia», incluso para hombres de fe, proponerse la investigación metódica del cumplimiento concreto de las «predicciones» incluidas en mensajes que la misma Iglesia ha aprobado? ¿Acaso no es un problema de coherencia antes que una cuestión «devocional»?

4. Las hostias de Siena

En el día que la Iglesia dedica al «Cuerpo del Señor», a ese misterio de la fe que es la Presencia Real en la eucaristía, resulta oportuno no olvidar Siena.

Es oportuno sobre todo en épocas como ésta, cuando algunos sabios, incluso en el seno de la Iglesia, se doblegan ante el mundo e intentan hacer «razonable», a la medida de las pequeñas categorías humanas, ese escándalo que es la fe eucarística católica en su totalidad. Se realizan, pues, repetidos intentos para «espiritualizar», tal vez para reducir a «símbolo», el hecho de creer (convertido hoy en intolerable para cierta teología) en la asombrosa «materialidad» del pan y el vino consagrados. Una tendencia denunciada desde 1965 por Pablo VI, cuando ya se advertían síntomas de algunas «relecturas» reductoras del dogma de la Presencia Real.

Decía, pues, el papa Montini en el Congreso Eucarístico de Pisa: «*Así es*. Lo repetimos: nosotros sabemos enunciar un misterio. *Pero es así*: Cristo está *realmente* presente en el sacramento eucarístico. Decimos esto también con objeto de disipar dudas que han aparecido recientemente tras el intento de ofrecer interpretaciones elusivas a la doctrina tradicional y

autorizada de la Iglesia. Cristo está *realmente presente*, vivo y oculto en la señal del sacramento. No son palabras vanas, no es una sugestión supersticiosa ni una fantasía mítica: es verdad, y aunque aparezca en un plano distinto, no menos real que las verdades que todos nosotros, educados por la cultura moderna, vamos explorando y afirmando sobre las cosas que nos rodean y que, por ser conocidas, proporcionan la sensación de las verdades seguras y positivas, es decir, las verdades científicas.»

Para recalcar sus palabras, Pablo VI se remitía a una perturbadora «señal» concreta: la de Siena. También hará lo mismo Juan Pablo II, que se dirigirá a Siena como peregrino el año 1980 para celebrar los 250 años de esa misma «señal» y arrodillarse ante ella en recogida adoración.

Muchos lectores habrán intuido a qué «señal» aludimos.

Otros probablemente no, dado que el olvido parece cubrir realidades que en otro tiempo fueron del conocimiento de todos los creyentes. Un motivo más para refrescarnos la memoria, recordando ese prodigio en tierra toscana que el gran escritor danés convertido del luteranismo al catolicismo, Johannes Joergensen, célebre biógrafo, entre otras obras, de Francisco de Asís, definió como «una de las mayores maravillas de Cristo en la Tierra».

Todo empieza el 14 de agosto de 1730, cuando unos ladrones, cuya identidad sigue ignorada, roban de la iglesia de San Francesco de Siena, oficiada por los Menores Conventuales, un copón que contenía 351 hostias consagradas. Al descubrirse el hurto, es tal el malestar que, en una decisión casi sin precedentes, la ciudad decide suspender hasta el Palio de la Asunción. Tres días después, el 17 de agosto, en la cajita para las limosnas de la Colegiata de Santa Maria in Provenzano, a poca distancia de la basílica donde tuvo lugar el robo, aparecen todas las hostias.

Transportadas en medio de una solemne procesión a la iglesia de la que habían sido extraídas, no fueron consumidas —como prescribía el derecho canónico— porque los fieles expresaron el deseo de adorarlas con fines expiatorios. Pero, al parecer, también porque al haber sido introducidas en una cajita que se abría una sola vez al año, llena, por tanto, de polvo y telarañas, razones higiénicas desaconsejaban comulgar con ellas, pese a los intentos de limpiarlas.

Con el paso del tiempo en cierto modo se «olvidaron» y sólo casi cincuenta años después se descubrió que habían permanecido absolutamente intactas hasta en su aspecto, no habiéndose descubierto siquiera una coloración diferente a la que tenían cuando se fabricaron (empleando un hierro especial que demuestra que las hostias en cuestión eran exactamente las que se robaron en 1730).

Ya han pasado 291 años desde la fecha del robo y las hostias todavía se conservan tan frescas como el primer día en el artístico copón de la basílica de San Francesco de Siena. El número de 351 hostias se ha reducido a 223, pero no porque las que faltan se hayan destruido con el tiempo, sino porque entre las muchas «pruebas» que se realizaron se cuenta la de hacer comulgar con ellas a algunas personas para que probaran su sabor. El resultado de esta prueba demostró que también permanecía inalterado.

Obviamente, no se limitaron a este tipo de experimento práctico. Entre otras pruebas, en 1914, un químico universitario muy apreciado, el profesor Siró Grimaldi, procedió a una serie de análisis y exámenes con los medios puestos a disposición por la ciencia. Ésta, en lo que respecta a este tipo de experimentos, no ha cambiado mucho desde entonces, dado que lo que había que concretar era muy sencillo: ¿estaban fabricadas las hostias a base de harina ácima de maíz?, ¿habían sufrido alguna alteración?

En su relación, Grimaldi escribió que, al cabo de los 184 años transcurridos desde entonces, había encontrado las partículas «brillantes y lisas, con bordes limpios, no deshilachados ni chafados. No hay presencia de carcoma, ácaros, telarañas, mohos o cualquier otro parásito animal y vegetal propios de la harina de maíz de la que están compuestas. Y, sin embargo, no hay nada más frágil y susceptible de alteración que las ligeras hostias de pan ácimo. Por su naturaleza tienen indiscutiblemente la cota máxima de alterabilidad. La harina de trigo es el mejor terreno de cultivo de microorganismos, parásitos animales y vegetales, de fermentación láctica y pútrida». Continuaba anotando el especialista: «Las hostias de Siena se encuentran, por tanto, en perfecto estado de conservación, contra cualquier ley física y química y a pesar de las condiciones totalmente desfavorables en que han sido halladas. Un fenómeno absolutamente anormal: las leyes de la naturaleza se han invertido. El cristal del copón en

que se han conservado se ha convertido en receptáculo de mohos, mientras que la muy perecedera harina se ha revelado más refractaria que el cristal.»

En efecto, no sólo según el saber de todos los químicos sino también por la experiencia práctica (más de una vez se realizaron contrapruebas en Siena, poniendo en un recipiente junto a las hostias prodigiosas otras no consagradas y recién hechas, que en poco tiempo se vieron alteradas y hechas migas), se sabe que al cabo de seis meses la harina ácima se estropea gravemente y, en el curso de un par de años como mucho, se reduce a escoria y luego a polvo. Las hostias de Siena no se han visto ni siquiera amarillear por efecto del tiempo, a pesar de que jamás se haya ejercido acción alguna para asegurar una custodia protegida de los agentes atmosféricos o de gérmenes ulteriores derivados de los infinitos rozamientos manuales.

No es por casualidad que todos los que se han informado con seriedad acerca del acontecimiento —entre ellos muchos papas, pero también muchos científicos— no han vacilado en hablar de «evidente prodigio». Lo acaecido en Siena es un *unicum* extraordinario, incluso entre los numerosos milagros eucarísticos sucedidos a lo largo de los siglos. Es un caso de conservación de la materia que desafía a cualquier ley natural; una señal, pues, de esa transformación de la materia en la que cree la fe, pese a los desafíos que ésta plantea a la ciencia.

Si, como muchos dicen, realmente lo que hoy amenaza con especial fuerza al catolicismo es el enemigo de siempre, el espiritualismo gnóstico (la fe reducida a sabiduría, a símbolo, a norma ética desencarnada), erraremos al descuidar el milagro de Siena. Justo ahora nos resulta más necesario para recuperar la dimensión sanamente «materialista» de un Evangelio que no anuncia la salvación de las almas, sino del hombre entero, en cuerpo y alma. La materia incorrupta tras casi tres siglos de las 223 hostias puede darnos una experiencia tangible y concreta de esta escandalosa «materialidad».

5. Teresa Neumann

En 1939, inmediatamente después de empezar la guerra, se distribuyó a todos los alemanes una tarjeta anual. El racionamiento de la comida duró en Alemania hasta casi el año 1948.

Durante esos nueve años, un solo ciudadano —mejor dicho, una ciudadana— no tuvo derecho a esa cartilla: le había sido retirada rápidamente con el argumento oficial de que no la necesitaba, dado que no comía ni bebía nada. Sin embargo, se le concedió doble ración de jabón, habiéndosele reconocido la necesidad de lavar cada semana la ropa teñida de sangre.

De este modo, hasta la pedante e impersonal burocracia germánica —¡incluso la del Tercer Reich nazi!— daba testimonio de uno de los «casos» más misteriosos de todos los tiempos: el de Teresa Neumann, de Konnersreuth (Alta Baviera), la campesina que durante 36 años sólo se alimentó de la hostia consagrada, y que, cada semana, desde la noche del jueves hasta la mañana del domingo, revivía en su carne todo el misterio de pasión-muerte-resurrección de Jesús.

Teresa murió en 1962, a los sesenta y cuatro años de edad. ¿Por qué hablar de ella ahora? En primer lugar porque, tras el minucioso proceso llevado a cabo en su diócesis, la de Ratisbona, está a punto de lograrse la meta solicitada por miles de personas devotas a su recuerdo y agradecidas por su intercesión. Hablamos de la introducción en Roma de la causa de beatificación y canonización. Luego, porque, ante la perspectiva de la augurada beatificación, una conocida escritora y periodista, laica pero abierta a la posibilidad del Misterio, Paola Giovetti, acaba de publicar en Edizioni Paoline una biografía de la mística, basándose en gran parte en documentos y testimonios de primera mano.

Hija de un pobre sastre y de una jornalera del campo, Teresa Neumann, buena católica pero ajena a toda beatería, alegre, vivaz, amante de las bromas inocentes (a lo largo de toda la vida le seguirá la sospecha de «no conseguir ser seria», buena señal ésta de credibilidad, vista la seria hostilidad que suele acompañar a mistificadores y maníacos religiosos), sufrió a los veinte años —nació en 1898— una lesión en la espina dorsal mientras corría en auxilio de unos vecinos a los que se les había

incendiado la granja. La lesión derivó primero en una parálisis de las piernas y más tarde, a causa de otra desgraciada caída, quedó totalmente ciega.

El padre, soldado en el frente occidental, le había llevado la estampa de una joven carmelita todavía poco conocida en Baviera: una tal Teresa del Niño Jesús, del monasterio de Lisieux. La joven inmobilizada y ciega empezó a rezarle. El 29 de abril de 1923, día de la beatificación de la pequeña francesa, su homónima alemana, Teresa Neumann, acostada en su cama de paralítica, recuperaba de golpe la vista. Dos años después, el 17 de mayo de 1925, mientras en Roma Pío XI declaraba santa a la carmelita de Lisieux, también esta vez repentinamente, recuperaba el uso de las piernas.

Un año después, en época pascual, otro golpe de efecto: aun siendo totalmente ignorante del fenómeno de la estigmatización y muy lejos de desearla (sólo por necesidad acabaría por aceptar su extraordinario y pesado destino), la joven campesina descubría que en las manos, los pies, el costado e incluso la cabeza tenía marcadas las señales de la Pasión. Desde entonces y durante treinta y seis años, hasta su muerte, cada noche de todos los jueves «entraba» literalmente en los episodios evangélicos que empiezan en la Última Cena. Como si fuera «en tiempo real», acompañaba a Jesús hasta la muerte, a primera hora de la tarde del viernes, sangrando copiosamente de las heridas y derramando sangre abundantemente hasta por los ojos.

A pesar de que sólo conocía el dialecto de la región, Teresa Neumann repetía en voz alta los largos diálogos que oía en arameo, griego y latín. Innumerables especialistas en lenguas antiguas, sentados a la cabecera de su cama, se asombraban de la exactitud de esas lenguas exóticas, totalmente desconocidas para ella. Desde las tres de la tarde del viernes caía en un sueño profundo del que despertaba (alegre, con las heridas cerradas y el cuerpo fresco) la mañana del domingo, reviviendo la escena de la Resurrección.

Desde el tiempo de la curación de la ceguera y la parálisis, cada vez sentía menos deseo de alimentarse. A partir de la aparición de los estigmas y las visiones, es decir durante 36 años, no comió ni bebió nada, aceptando solamente la hostia de la comunión, que tomaba cada día a las seis de la

mañana. Naturalmente, se intentó todo para desenmascarar la simulación, pero todos los médicos enviados para controlarla llegaban con su escepticismo para ir a parar a clamorosas conversiones frente a la enigmática verdad. La diócesis de Ratisbona llegó a instituir una comisión compuesta por médicos y cuatro religiosas bajo juramento que se turnaban durante semanas para no perder de vista a Teresa ni de día ni de noche, no dejándola nunca a solas.

Otras comisiones «laicas» llegaron a la misma conclusión a la que había llegado la eclesiástica: era cierto que la mujer se alimentaba solamente con la eucaristía (rechazando instintivamente la hostia cuando, para ponerla a prueba, le presentaron muestras no consagradas). Así, como dijo su párroco, «en ella se cumplió literalmente la palabra de Jesús: “Mi carne es el verdadero alimento y mi sangre la bebida”; o la otra: “No sólo de pan vivirá el hombre”, como si Cristo quisiera demostrar que alimentarse místicamente de Él es suficiente para la vida física».

Hay que añadir que aparte de los días de la Pasión y la Resurrección, la Neumann hacía vida normal: trabajaba en el jardín y a veces en los campos, se movía por los alrededores, recibía gente, consolaba, solía curar a miles de peregrinos y respondía personalmente a un gran número de cartas. Su aspecto era tan fresco y sonrosado como el de cualquier ama de casa bávara, ajena a las poses mistificadoras; su cuerpo poseía todas las funciones normales pero ninguna excreción, ni sólida ni líquida, a excepción del sudor y la sangre. Su peso disminuía casi cinco kilos entre el viernes y el domingo, pero en seguida se recuperaba, sin alimentarse, volviendo al peso normal, entre 55 y 60 kilos.

Los Neumann, pese a ser tan decididamente antinazis como casi todos los católicos bávaros, no fueron molestados por orden personal de Hitler, que, supersticiosamente, temía a aquella mujer y, sobre todo, temía las visiones que anunciaban su *dies irae*.

Casi con seguridad, podemos decir que el nombre de Teresa se inscribirá pronto en el libro de los beatos (se le han atribuido decenas de milagros por intercesión postuma). Pero, ¿todavía hay lugar para las Neumann en cierta Iglesia actual? ¿No son precisamente «casos» como el suyo los más extraños y embarazosos para algunas de nuestras formas actuales de entender la fe?

6. Nostradamus

Algo avanzada la mitad del siglo xvi, el médico y astrólogo Michel-de-Nostre-Dame, conocido por el sobrenombre latino de Nostradamus, escribió en su libro *Centurias y Presagios* este cuarteto:

*De noche vendrá a través del bosque de las Reinas
Dos partes, doblada, Heme, la piedra blanca.
El monje negro y gris dentro de Varennes.
Escogido jefe causa tempestad, fuego, sangre, corte.*

Casi doscientos cincuenta años después, el 21 de junio de 1791, *de noche*, el rey de Francia Luis XVI, que huye de París vestido de criado, con librea *gris*, tras haber atravesado el bosque de Bondy, llamado de las *Reinas* (María Antonieta, que se encontraba con él, pero también Blitilde, reina merovingia asesinada en esa selva mil años antes), es arrestado en *Varennes* (un oscuro pueblo hasta entonces totalmente desconocido para la historia). El rey fue devuelto a París para ser encerrado en el monasterio de los *Monjes negros* (los Hospitaleros de Jerusalén) y, poco después, a causa de un *jefe escogido* (Robespierre), entre la *tempestad* y el *fuego* de la revolución derramaba su *sangre* por la cabeza, *cortada* con la guillotina.

Hasta ahora sólo hemos utilizado tres de los cuatro versos de Nostradamus. ¿Y el otro, el segundo: *Dos partes, doblada, Herne, la piedra blanca*? Muchos historiadores que han estudiado ese episodio coinciden en que, poco antes de Varennes, en una elección que se reveló fatal, el cortejo de fugitivos se dividió en *dos partes*: la del rey *dobló* (giró) hacia la Champaña, un territorio productor de yeso todo de *piedra blanca*. En cuanto a Heme, tal vez sea posible interpretar la unión (según un procedimiento empleado con frecuencia por Nostradamus) de las letras comunes a los dos nombres *Reinas*, la reina María Antonieta, y *Fersen*, su favorito, el conde sueco que había organizado la fuga.

El cuarteto era muy conocido por los estudiosos e intérpretes de Nostradamus. Pero a éstos se les considera (y a veces, hay que reconocerlo, no sin razón) como excomulgados por la ciencia oficial, por la cultura académica.

Obviamente, las cosas cambian cuando es esta misma cultura la que se vuelve hacia Nostradamus. Es lo que ha ocurrido con ese gran especia-

lista recientemente desaparecido, George Dumézil, una celebridad de los estudios indoeuropeos en cátedras tan prestigiosas como la de la *École de Hautes Études* y del *Collège de France*. Su libro (que toma el título del tercer verso del cuarteto: *El monje negro en gris dentro de Varennes*) ha sido publicado en su lengua original por la famosa editorial Gallimard y ahora, en su traducción italiana, por Adelphi, que ha sustituido a Einaudi en el papel de editorial símbolo de un cierto tipo de cultura.

Aclarémoslo: para colar los contenidos, Dumézil juega con los trucos elegantes del asunto, guiña el ojo al lector diciendo que su estudio —que en realidad es una muestra de gran erudición sólo es el *divertissement* de un viejo sabio; y, para decir las cosas que le interesan, imagina un coloquio entre un estudioso y sus jóvenes amigos. Todo ello no impide que sus conclusiones sean muy claras: a menos que se mantenga la hipótesis de una «casualidad» que la estadística presenta como al límite de lo imposible, una sola oportunidad de «adivinar» contra muchos millones; a menos, pues, que se prefiera refugiarse en lo irracional por fidelidad a un esquema teórico de «razón», es cierto que en este caso Nostradamus *vio* lo que sucedería siglos después. Y no sólo vio los acontecimientos y los lugares con sus nombres, sino también con sus colores: el blanco, el negro, el gris, el rojo de la sangre.

Es una evidencia que todavía resulta más firme e impresionante cuando Dumézil examina otro cuarteto que sigue poco después en el mismo libro de las *Centurias y Presagios*. Aquí, además, el vidente renacentista da el nombre (Saulce) del vicealcalde de Varennes que arrestó al rey, indica la especialidad del oficio y une el nombre del conde de Narbona, directamente implicado en ese dramático caso por haber escoltado a París, en calidad de ministro de la Guerra, al rey fugitivo. Por si no bastase, esos mismos versos aluden al palacio de las Tullerías, residencia real en el siglo XVIII, que en tiempos de Nostradamus ni siquiera existía.

Con este repertorio de nombres concretos, el cálculo de las probabilidades se eleva a uno contra muchos millones. De tal suerte que Dumézil habla de «vértigo». Porque en este caso, dice (o, por pudor, hace que digan sus *alter ego*), no hay más remedio que «admitir otra forma de conocimiento más allá del llamado científico». Y, por lo tanto, añade,

«¡cuántas consecuencias embarazosas, cuántos problemas!» También porque no ignora que en 1550 (dieciséis años antes de la muerte de Nostradamus), el canónigo Richard Roussat publicaba en Lyon el *Livre de l'état et mutations des temps* (*Libro del estado y las transformaciones de los tiempos*) donde textualmente escribía: «Ahora hablaremos de la gran y maravillosa conjunción que los señores astrólogos dicen que acaecerá en tomo a los años de N. S. *mil setecientos ochenta y nueve*, que si el mundo dura hasta ese tiempo, ocurrirán grandes y espantosas mutaciones y alteraciones, y esto en lo que concierne a doctrinas y leyes...»

Al final, Dumézil pone en boca de uno de sus dialogantes la conclusión explícita: «En fin, respecto a nuestro profeta, considero sencillamente que vio, oyó y pensó por gracia de un Dios. ¿O de Dios? Si preferís...»

En cuanto a nosotros, para lo que sirve, no nos obligamos a tanto. A nosotros nos basta con esta confirmación, fascinante e incontestable, de que los creyentes ya no resultan tan ridículos al admitir la posibilidad de la profecía, entendida en el sentido de previsión de los actos futuros. Primero para los judíos y luego para los cristianos, las Escrituras son sólo un dechado de profecías, de vaticinios. Desde el Génesis al Apocalipsis, todo el texto es una transmisión al futuro en forma de predicciones. Hoy día muchas personas creen que este aspecto de la Biblia es inaceptable, como si tomárselo en serio fuera indigno del «hombre adulto». Y, en cambio, hay que abandonar esa actitud apriorística de quien (en palabras de Dumézil) «quiere alejar, ignorar, negar lo que no consigue explicar».

Como mucho, Nostradamus provoca nuestra curiosidad. Lo verdaderamente importante es que también a través de él (curiosamente, se trata de un judío) puede abrirse una frontera para otorgar carta de ciudadanía a esos profetas y a sus vaticinios, que tantas y tantas veces Jesús en persona refiere a sí mismo. Existen otras formas misteriosas de conocimiento y admitirlo no significa ser supersticioso sino estar abierto a la realidad, incluso a esa a la que nuestros manuales no dan crédito porque no consiguen explicarla.

CARTA ABIERTA A JUAN PABLO II CON MOTIVO DEL CINCUENTENARIO DE SU ORDENACIÓN SACERDOTAL

Santidad, concédame a mí también el unirme a los muchos, a los muchísimos (quizá a todos los hombres de buena voluntad, cualquiera que sea su fe o incredulidad) que en estos días se congratulan por sus «cincuenta años»: por el medio siglo de Su sacerdocio.

Le escribo en la misma habitación y con la misma vieja máquina portátil de la que, bien entrada la noche de un día de 1993, extraje una lista de preguntas. Y tal como estaba —toda llena de correcciones, de añadidos, de borrones— la puse en el fax y compuse en el teclado un número de la Ciudad del Vaticano.

Déjeme decir ahora que —mientras lo pienso— todavía me avergüenza un poco. Esos garabatos no sólo eran «estéticamente» impresentables (¿se dan al papa folios embarullados, como los que yo usaba en esas viejas redacciones en las que me formé, o deformé?). Más aún: esos garabatos eran el fruto de muchos años de reflexión acerca de las razones del creer y el no creer. Así pues, el contenido estaba muy pensado, pero no así la forma, elaborada a toda prisa, sin ninguna preocupación estilística.

¿Cómo no avergonzarse cuando, de repente, varios meses después supe que Su Santidad había pasado muchas horas de sus noches, ya de por sí cortas, volcado en ese embrollado borrador mío? La cuestión es que esos trozos de papel los había concebido como un esquema previo para mi uso en la que debía ser una entrevista televisiva, y no, desde luego, como un texto a presentar (y a tan largo plazo) a un Sumo Pontífice...

En fin, espero que sabrá comprenderme —y excusarme paternalmente— si aprovecho estas líneas para liberarme de una especie de peso que de vez en cuando vuelve a mi mente para crearme malestar. También si me consuela y me tranquiliza, con ese estilo de sencillez —señorial y al mismo tiempo «popular», en el sentido más noble del

término— que le caracteriza y que la gente advierte. Éste es uno de los muchos motivos por los que Le estimo, instintivamente, desde que le conocí.

Cincuenta años, pues. Y en un siglo en el que la historia parece haber sufrido una aceleración que hace que un año, por la acumulación de acontecimientos, tenga el valor de un número impreciso de años de épocas anteriores. En los tiempos de Su laboriosa —y heroica— formación clandestina para el sacerdocio, todavía estaban muy vivas, enfrentándose de modo sangriento, las ideologías poscristianas que parecían tener para sí todo el futuro.

El colapso comunista. Una de éstas, la «negra», en el momento de Su ordenación había descendido hacía poco, pero para siempre, al sepulcro de la historia, en medio del fulgor del Walhalla pagano del Berlín en llamas. Quedaba la otra, la «roja», aparentemente triunfante y muy viva. También ésta ha muerto. Y sin la menor grandeza, sin ni siquiera un aroma de tragedia: se descompuso, se derrumbó «bajo el peso de sus propios errores, abusos, hipocresías; cayó sola, por su propia debilidad inmanente». Utilizo aquí las palabras con las que quiso responder a mi pregunta sobre el colapso comunista. Naturalmente, Su Santidad no quiso añadir eso que es una verdad objetiva y que la historia registrará por los siglos de los siglos. «Cayó por sí misma», dice; pero, en cambio, contribuyó a acelerar la caída la intervención de alguien, el ya súbdito de una «república popular» convertido en Pontífice romano...

Pero, siguiendo la imperiosa orden del Evangelio, «deja que los muertos sepulsen a los muertos», Su Santidad, en el día de Su jubileo sacerdotal tal vez piensa más en el presente y en el futuro que en el pasado. Quizá medita sobre esa constante de la historia, que se ha manifestado a lo largo de casi veinte siglos de experiencia: el mundo (en el sentido bíblico, juanista) conoce dos estrategias en su eterna lucha con la Iglesia y el mensaje que debe anunciar.

La primera es el intento de *eliminación* y es la que en Su propia carne ha visto en acción, tanto con el nazismo como con el marxismo-leninismo. Pero existe una segunda estrategia, puede que hasta más peligrosa y seguramente más insidiosa: es el intento de *asimilación*. Y es lo que precisamente ahora se halla en activo en un Occidente (pero, ¿qué rincón

del mundo no es hoy «Occidente»?) que «asimila» la dimensión religiosa entre sus mercancías, sus aficiones, sus conformismos, sus hipocresías edificantes. Un mundo que está dispuesto a aplaudirle si Usted respeta la tabla de valores de los nuevos bienpensantes; pero aparece listo para abuchear a Su Santidad, e incluso a insultarle, cuando propone exigencias morales que no casan con los cánones de lo que va siendo «políticamente correcto».

No será el papa quien se sorprenda o se lamente, porque sabe que ésta es la ley del Evangelio donde Jesús recuerda a los suyos que «no vino a traer la paz sino la división». Siempre ha sucedido y siempre sucederá así.

Pero ahora —y Su Santidad lo sabe mejor que nadie— existe un hecho nuevo e inquietante: son los tabús y las obsesiones del «mundo» y sus perspectivas, frecuentemente antievangélicas pero presentadas como las únicas verdades dignas del mítico «hombre de hoy», como sus nuevos dogmas; y bien, todo esto ha penetrado en el mismo seno de la Iglesia, también ha contaminado lo que queda de la cristiandad. Usted sabe, Santidad, que son Sus adversarios más obstinados y más temibles, porque mantienen las apariencias y viven hoy día en cierto *milieu* clerical. El tosco materialismo que ha tenido que afrontar de los penosos jefes del «socialismo real» le preocupaba menos, le dolía ciertamente menos que la hostilidad (que ni siquiera se manifiesta más que como una «contestación», como en los pasados años) que actúa contra Usted dentro de la misma Iglesia.

No añado más porque no querría sumar a mis otros errores ese un tanto grotesco de pretender recordar al papa lo que conoce mejor que nadie. Si he aludido a dicha situación es para exponer —en lo que vale— tanto mi solidaridad como, a pesar de todo, la de muchos, muchísimos otros. Es decir, de quienes no ven en el papa, en todos los papas (y en Usted, permita estas palabras, con mayor evidencia), un peso sino un regalo; no un patrón contra el que rebelarse sino un padre al que seguir confiados; no el repetidor sacro de provisionales «verdades» al uso, sino el Maestro de esa Verdad que nos enseñó Dios mismo pagándolo con la cruz.

Ese día en Cracovia. Usted, Santidad, ha estudiado filosofía, e incluso la ha enseñado en prestigiosas escuelas. No ignora, pues, el

significado profundo de las palabras murmuradas por Martin Heidegger en su lecho de muerte: «*Sólo un Dios...*»

Sólo un Dios —el Dios de Abraham y de Jesucristo— puede salvarnos de nosotros mismos, de nuestros errores, de ese afán de poseer, de gozar, de poder, que parece habernos trastornado. Nadie está tan convencido como Usted: éste es el hilo que une toda Su vida y que parece poseer rasgos fabulosos y míticos. Desde su nacimiento en una digna pobreza en Wadowice hasta ese primer día de noviembre de 1946, cuando Adam Stefan Sapieha, arzobispo metropolitano, lo consagró «*sacerdos in aeternum, secundum ordinem Melchisedech*» en la capilla del arzobispo de Cracovia. De las palabras del Maestro, Su Santidad oyó resonar sobre todo la última, antes de la despedida de los discípulos: «*Id por todo el mundo a predicar el Evangelio a todas las criaturas.*»

El joven sacerdote, luego el joven obispo, y finalmente el joven papa fueron como devorados por aquello que Pascal, autor que aprecia, veía como el signo distintivo del cristiano: *la passion de convaincre*, la pasión de convencer a todas las personas de que nos aman, de que estamos salvados, de que estamos llamados a una alegría eterna. Esta urgencia es la razón que le empuja a recorrer todo el mundo, a gritar en todas las plazas que la Esperanza existe y tiene fundamento, que tiene un rostro y un nombre, que se llama Jesucristo.

Muchas son —palabras del Evangelio— «las habitaciones en la casa del Padre». Gracias a Dios, hay muchos tipos de curas, todos legítimos. Está el contemplativo, el estudioso, el constructor, el carismático, el organizador, el confesor... No es un gran descubrimiento —es evidente a quien sepa ver y escuchar— que en Usted predomina el misionero. Esa «nueva evangelización» que es el programa de Su pontificado— y que es el primero en llevar a la práctica— significa para Usted volver a empezar desde el principio. Pero con el *kérygma*, «el grito del pregonero» que resuena en los *Actos de los Apóstoles* y que no dice otra cosa que «*Jesus est Dominus*», Jesús es el Señor. El resto seguirá, lo que importa es reencontrar la raíz, volver a anunciarla «como si fuese la primera vez».

De viaje por el mundo. Éste es el sencillo (y grandioso) «secreto» de Su pontificado: la itinerancia por necesidad interna. Aparece un papa con la mochila y el bastón porque la mies es mucha y pocos los obreros; y

todavía y siempre Jesús llora por los hombres, porque son ovejas sin pastor. Sólo los tontos —que, por desgracia, también se cuentan entre los Suyos— no comprenden Su afán misionero y, desde sus destinos de funcionarios y burócratas de lo Sagrado, contemplan Su caminar por el mundo y sacuden la cabeza. Yo mismo, confieso (¿y a quién nos confesaríamos sino a un sacerdote?), estuve tentado de juzgar excesivo ese ir Suyo de un aeropuerto a otro. Se me ocurrió incluso —la confesión ha de ser completa— pedirle a través de los periódicos menos discursos, menos documentos, menos encíclicas, menos palabras. Invoco como atenuante mi buena fe, la creencia en que la Palabra es más eficaz cuando resulta más espaciada en el tiempo. Pero, así es como piensa el pequeño «técnico de la información»; sin embargo, un padre, un pastor, un cristiano que la Providencia ha escogido como «siervo de los siervos de Dios» no se preocupa de lo que dicen los manuales. Escucha lo que dice su corazón. Y es el corazón el que desde hace cincuenta años empuja al sacerdote Karol Wojtyla a no ser un hombre de aparato sino de misión; no de diplomacias sino de profecías; no de estudios solitarios sino de discursos y homilías; no de *tête-a-tête* sino de multitudes y estadios.

Medio siglo como sacerdote, aunque, siempre y de todas formas, misionero. Don Karol, párroco del mundo, por lo que valen nuestras palabras, que también Le queremos, no escuche nuestras protestas de cristianos mediocres y de corazón estrecho. No nos escuche (como, por otro lado, tan tranquilamente ha hecho hasta ahora); continúe haciendo caso a su necesidad de gritar que Dios existe y que es amor. Don Karol, siga así. Y que el Cristo de quien es Vicario lo permita durante mucho tiempo; sobre todo por nuestro bien.